







300
A.T.V.

388

POR LOS PIRINEOS

—
(NOTAS DE VIAJE)

M. - 3514
R. - 436

A.T.V.
3 P.P.

Francisco Fernández Villegas

(ZEDA)



Sancho el Sabio

POR

Los Pirineos

(NOTAS DE VIAJE)

MADRID

M. ROMERO, impresor. — Tudescos, 34.

TELÉFONO 875

1898

A Don Vicente Barberá Fer-
nández de Villegas,

El Autor.

POR LOS PIRINEOS

I

Motivos de mi viaje.—Camino de Aragón.—Geografía culinaria.—Los Baños de Fitero.—La crueldad de un fondista.

Tiempo hacía que deseaba yo visitar el Pirineo. Encántanme las montañas: es en ellas más sana y pura la vida que en el llano. Tiene razón Guimerá: conviene escapar, siempre que se pueda, de *la tierra baja*. A fin de huir de ella (aunque para volver al cabo de unas cuantas semanas) y de encontrar algo de reposo, un pariente mío, á quien estimo y quiero tanto como si no lo fuese, y yo, *decretamos* nuestro viaje, y, después de madura reflexión, acordamos el itinerario. Primero, por razones de salud, y cumpliendo preceptos facultativos, iríamos á los baños de Fitero; de allí á Pamplona, y de la capital de Navarra á recorrer la parte ma-

yor que pudiéramos de los montes que separan á España de Francia.

Hechos, pues, los preparativos de marcha, una tarde de Agosto, entre dos luces, entrábamos en la estación del Mediodía, y, provistos de sendos billetes para Casetas, tomábamos asiento en un departamento del tren de Zaragoza.

Y antes de partir, ó de comenzar estos renglones, que todo viene á ser lo mismo, he de dejar asentado que no me propongo hacer estudios sobre ninguna cosa, ni descubrir continentes, ni ilustrar á nadie. Mi objeto único es consignar aquí, como Dios me dé á entender, mis impresiones de viaje. En cuanto á los objetos que las motivan, si otros escritores los han descrito, á las obras de ellos remito á mis lectores. Digo de mi mala prosa algo parecido á lo que Espronceda dijo de su incomparable poema:

Allá van versos á do va mi gusto...

Y con esto, basta de preámbulo.

*
* *

Decía que á las siete y media de la tarde salíamos mi compañero de viaje y yo de la estación del Mediodía en el tren correo de

Zaragoza, muy satisfechos de abrir un paréntesis en nuestras cuotidianas ocupaciones, que diciendo cuotidianas, no hay para qué añadir que son penosas.

Nos deparó la suerte, en esta primera etapa de nuestra excursión, un compañero comunicativo y hablador como él solo. Su charla me sugirió una idea, que brindo á cualquier aficionado á los estudios de *re coquinaria*. Consiste la susodicha idea en escribir un libro que pudiera titularse *Geografía gastronómica de España*. ¡Válgame Dios qué erudición tan asombrosa poseía aquel buen señor en lo referente á los *ramos* de comer y beber! Tenía el tal en la uña cuantos productos alimenticios nacen ó se elaboran «desde las cumbres de los montes Pirineos hasta las playas del gaditano mar.» Pasamos por Alcalá de Henares, y el hombre nos hizo un entusiasta elogio de las almendras, elogio que empalmó, cuando llegamos á Guadalajara, con el panegírico de los bizcochos borrachos.

Para él no existían ni monumentos artísticos, ni recuerdos históricos, ni costumbres pintorescas, ni nada. Había recorrido, según nos dijo, toda la Península; pero sólo conservaba de ella «lo comido por lo viajado.» Con verdad puede decirse que tenía la memoria en el estómago. De Burgos elo-

giaba el queso, de Soria la mantequilla, de El Escorial el chocolate, de Valencia la *paella*, de Barcelona la butifarra, de Salamanca los embutidos, de Málaga los boquerones, de Cádiz la pescadilla. Habló de Granada, y ¿qué Alhambra ni qué Cartuja ni qué Vega? Todo esto era, sí, muy bonito; pero ¡oh! ¡le habían servido en la fonda de Siete Suelos unas chuletas!...

Cuando supo que íbamos á pasar por Navarra, hizo grandísimos elogios del carnero.

—Asado y con pimientos de Calahorra, ¡delicioso!...

A todo esto habíamos llegado á Calatayud. Un chusco se asomó á una ventanilla, llamó á un mozo de la estación y le preguntó muy cortés:

—¿Hace usted el favor de decirme dónde vive la Dolores?

El empleado, que había acudido solícito á la llamada del viajero, irritado con el burlón, contestó en forma que no me atrevo á transcribir. Nuestro compañero de viaje, en cuanto oyó el nombre de Calatayud, nos preguntó:

—¿Han probado ustedes las tortas de ese pueblo?

Mi compañero dormía ó fingía dormir, librándose así de la *elocuencia* del gastrónomo. También en éste pudo más el sueño

que su facundia, y yo me recosté en un rincón del coche, contemplando, á la débil luz del amanecer, con ojos fatigados, las cumbres del Moncayo y los fértiles campos y praderas que el canal Imperial de Aragón riega y fertiliza.

En Casetas cambiamos de tren. El viajero se despidió muy cortés de nosotros, haciéndonos muchos ofrecimientos.

—En Fraga me tienen ustedes, por unos días, á sus órdenes...

—¿Va usted á Fraga?...

—Sí, señor. Hay allí unos higos!...

* * *

Dos horas después llegábamos á Tudela y subíamos al desvencijado coche que habia de conducirnos á *Los Baños nuevos de Fitero*. Al pesado trote de las escuálidas bestias que arrastraban nuestro vehículo, fuimos dejando atrás los campos de Tudela, y los pueblos de Cintruénigo, Corella y Fitero. A cuatro kilómetros del último encuéntrase el balneario nuevo, vasta construcción, con la fachada enjalbegada, con balcones pintados de verde, y con una terraza, ó más bien terraplén, al que dan escasa sombra unos cuantos árboles raquíticos. A un kilómetro más allá de los *Nuevos*, están los *Baños Vie-*

jos. A unos y otros acude gran número de bañistas, atraídos por la justa nombradía de las aguas, que, según la fé de Memorias y reclamos, curan todos los males que afligen á la humanidad, y... algunos más.

Dichas aguas son *clorurado-sódicas*, y su temperatura es de 48°. Bajan de un alto cerro, penetran en el Establecimiento, y forman después un arroyo, en el cual los labradores de aquellas cercanías bañan sus caballerías enfermas.

Cuando nuestro coche se detuvo ante la puerta del Establecimiento, acudieron en tropel mozas, bañeros y criados. En el grupo que nos recibía llamó nuestra atención la extraña catadura de un hombrecillo grueso, de ojos saltones, que nos miraba con cierta expresión, que me causó alguna inquietud.

Era el fondista.

—Conozco á ustedes—nos dijo muy amable.—Son ustedes de Madrid, eso se vé á la legua;—y seguía mirándonos como mira el verdugo á su víctima...

*
* *

Cualquiera pensará, como pensaba yo antes de conocer el Establecimiento, que la estancia en un Balneario, al cual acuden en

busca de remedio reumáticos, heridos y gotosos, era vivir en un lugar de tristeza, en una especie de hospital poblado de inválidos, y en cuyo sombrío recinto resonarían de continuo gritos de dolor, ayes y suspiros...

La impresión que experimenté la primera mañana que pasé en el Balneario, confirmó aquel prejuicio. A la hora de los baños los corredores del edificio ofrecían un aspecto terrible. Los bañistas, envueltos en mantas que los cubrían de piés á cabeza, eran llevados en hombros por los bañeros á sus respectivos cuartos. Me aterró aquel desfile de cuerpos humanos, inmóviles bajo sus cobertores, que á mí me hicieron el efecto de cadáveres envueltos en sudarios, llevados en silencio á lo largo de oscuras galerías. Me pareció estar en una ciudad epidemiada, y pensé en los cuadros horribles pintados por Manzoni.

A media mañana el Establecimiento perdía su apariencia terrorífica. Los bañistas de uno y otro sexo iban saliendo *resucitados* de sus cuartos, muy emperegiladas ellas y ellos muy compuestos, á esperar, leyendo los periódicos, la hora de comer. Cierto que había allí enfermos; pero sus males no eran de gravedad, y además cada cual de ellos estaba acompañado de esposa, hermanos, hijos

ó amigos sanos y buenos, que, con su agradable trato y su afán de pasar bien el tiempo, hacían del Balneario una estación veraniega por extremo animada y divertida.

Las noches eran encantadoras. En el amplio salón del Establecimiento improvisábanse conciertos, en los cuales admirábamos el talento músico de la señora de Cerio, esposa del Director de los Baños, y la voz de varias señoritas que una feliz casualidad había reunido allí. Los señores graves jugaban al tresillo, las muchachas bailaban cuando se cansaban de cantar, y las horas pasaban rápidas y agradables.

Lo único ¡ay! cuyo recuerdo me extremece es la mesa del Establecimiento. Decía mi inolvidable compañero Muro que las patatas son el manjar que más guisos admite. Error; si mi pobre amigo hubiera pasado por los Baños Nuevos de Fitero habría rectificado, de seguro, su categórica afirmación. Allí, el carnero—permítaseme la frase—adoptaba más variedad de formas que el mismísimo Proteo. ¡Qué inventiva la del fondista para darnos el carnero en todos los guisos imaginables! En unos cuantos días nos comimos un rebaño: carnero en la olla, carnero en salsa, asado, con arroz, en albondiguillas, en escabeche... Chuletas de carnero, menudillos de carnero, manos de car-

nero... Aquello era horrible. Las listas ó minutas de las comidas nos llenaban de espanto. Algunos enfermos hasta balaban...

En vano acudimos en comisión al fondista. Aquel tirano de nuestros estómagos nos miró con olímpico desdén.

—El carnero es un manjar muy sano...

—De todos modos...

—Yo nada tengo que ver con ustedes. He contratado con el dueño del establecimiento, y cumplo mis compromisos. El que no esté contento, que lo deje.

La arrogancia de aquel marmitón indignó á uno de nuestros compañeros.

—Oiga usted, mamarracho—dijo, metiendo los puños por la cara al fondista,—voy dejar esta casa para librarme de la ponzoña con que usted nos envenena, pero antes voy á arrancar á usted las orejas para hacer con ellas un portamonedas...

—¡Cómo! ¡Á mí!—gritó el envenenador, chillando como si ya le hubieran cumplido la amenaza.

Tuvimos que intervenir, y no sin gran trabajo logramos llevarnos al bañista, mientras el tirano se entraba en la cocina meditando quizá terribles venganzas contra todos nosotros... Cerca del fogón había una mujer... Quizá Locusta.

Por fortuna, para digerir tan monótona alimentación teníamos el recurso de las excursiones. No carecen de atractivo los alrededores de los Baños. En la vega, regada por el río Alhama, casi seco durante la estación de verano, abundan los huertos, poblados de árboles frutales, particularmente melocotoneros, que muestran entre sus hojas verdaderos racimos de su aterciopelado fruto. Altos cerros de forma cónica ostentan en sus faldas extensos olivares, cuyas copas cenicientas contrastan con el verde de los majuelos. Entre estos cerros serpentea la carretera de Castilla, por la cual pasan de cuando en cuando ya numerosos rebaños de sucios carneros, capitaneados por pastores, que guían á su grey á cantazo limpio, ya una pesada galera tirada por larga reata de mulas, ya un campesino al trote atormentador de angulosa jaca, ya una amartelada pareja á lomos de cansino macho, que se aleja lentamente y se pierde en un recodo del camino.

En el cerro frontero á los Baños existe una cueva llamada de *La Mora*, á la cual cueva dedicó Becker una de sus poéticas leyendas. ¡Lo que sudamos para llegar á aquel negro agujero abierto en la montaña, no es para dicho! Al cabo de fatigosa ascensión, ayudándonos á menudo con las manos, lo-

gramos escalar la legendaria gruta. Los expedicionarios, entre los cuales iba una de nuestras más lindas compañeras del balneario, nos sentamos rendidos en el borde de la cueva. En el interior de ésta, cuya profundidad no llega á dos metros, nada hay que evoque los recuerdos que allí creyó encontrar el primero de nuestros poetas líricos modernos.

La tarde era hermosísima; el airecillo que oreaba aquellas alturas llegaba hasta nosotros saturado de olores silvestres; lejos, bañadas por las postreras lumbres del sol, se destacaban las azules cimas del Moncayo, y al pie del cerro veíamos agitarse, como las leves ondas de un mar tranquilo, las hojas de un espesísimo olivar.

—¿Han leído ustedes la leyenda de Becker acerca de esta cueva?—nos preguntó la gentil expedicionaria.

—Yo, si la he leído, no me acuerdo—contesté.

—Cuéntela usted, cuéntela usted...

—Pues, verán ustedes... Ante todo les advierto que quizá levante algún falso testimonio al poeta. En fin, procuraré recordar el cuento con la mayor exactitud. Sobre esa cumbre dice Becker que hubo en otro tiempo un fuerte castillo con recios muros y altas torres. Mandaba como alcaide

en la fortaleza un moro de muy mal genio... Tenía el tal una hija que era un prodigio de belleza.

—Me lo figuro—dijo uno de los expedicionarios mirando á la narradora.—¿Quiere usted que la describa?

—No hace falta—contestó la joven sonriendo.

—Una noche cierto caballero cristiano muy gentil y valeroso, y con ansia de ganar honra y prez, como se ganaban estas cosas entonces, á botes de lanza, estocadas y mandobles, entróse por las tierras anejas á este castillo, resuelto á vencer á todo bicho viviente que le saliera al paso. Mas no favoreció la fortuna al caballero: rota y vencida su gente, aunque él luchó con un valor que dejó maravillados á sus enemigos, tuvo que sucumbir al número de los moros, y al pobre muchacho, que por lo que dice Becker, debía de ser muy guapo y muy *simpaticón*, me lo cogieron y lo encerraron, cargado de cadenas, en la mazmorra más honda y más obscura del castillo.

Yo no sé cómo sería aquello, pero fué el caso que le vió la hija del alcaide y se quedó prendada del prisionero. Al cabo de algún tiempo, el cristiano recobró su libertad, pero se dejó el corazón esclavo de los encantos de la mora.

El pobre caballero no sosegaba: tenía siempre la imágen de su amada ante su memoria. Volverla á ver, oír de nuevo su voz, constituían todos sus anhelos. Ya he dicho que el joven era muy valiente.

—Conquistaré el castillo, se dijo, ó perderé la vida en la empresa.

Y como lo pensó lo hizo. Una obscura noche, seguido de escogida hueste, llegó con gran sigilo á los pies de los muros de la fortaleza, asaltóla y penetró en ella, llevándolo todo á sangre y fuego. La mora perdonó fácilmente al mancebo los estragos que por su causa había él cometido. El alcaide huyó, y los dos amantes, ajenos á todo lo que no era su pasión, no pensaron en que los moros volverían rabiosos, y en gran número, á vengar su derrota y á recobrar el castillo.

Así sucedió. Un enjambre de mahometanos, dando gritos que atronaban todos estos montes y valles, cargaron como lobos furiosos sobre los confiados cristianos. El caudillo luchó heroicamente; pero al fin cayó cubierto de heridas, defendiendo el camarín en donde su dama se ocultaba. De seguro se hubieran apoderado de él los moros, á no ser por la joven que, cogiéndole en brazos, lo cual prueba que la mora tenía buenos puños, le llevó al través de ocultas galerías,

hasta esta cueva, que, por lo visto, tenía comunicación con la fortaleza.

Mientras los asaltantes la recorrían frenéticos buscando al caballero, la mora, en esta misma gruta, inclinada sobre su amante, lloraba desesperada al ver agonizar al caballero.

—¡Agua! ¡Tengo sed!—gimió el herido entreabriendo los ojos.

La mora tendió la vista en derredor suyo. ¿Cómo calmar la sed de su amado? Lejos se oía el rumor del río. Tomó en sus manos el casco del mancebo, salió de la cueva y empezó á descender por esa escabrosa pendiente. La noche era obscura; aquí y allá sonaban los gritos de los soldados ocultos en la maleza. Por las ventanas del castillo salía el resplandor de las antorchas que agitaban en sus manos los moros.

La mora no se intimidó: el amor comunicaba á su corazón extraordinario esfuerzo. Llegó al río, llenó de agua el casco y acometió la subida de la cuesta. De repente, uno de los centinelas mahometanos, que, como he dicho, estaban ocultos entre los matorrales del monte, oyó el ruido de las piedras que la joven hacía despeñar en su penosa marcha, y poniendo en el arco la más aguda de sus saetas, la disparó en dirección al lugar en que el ruido había sonado.

Como un eco del chasquido de la bayesta contestó un ¡ay! de dolor.

La joven se detuvo un momento, sintió que la sangre humedecía su pecho y arrancándose el dardo y oprimiendo con una mano la herida, mientras con la otra seguía sosteniendo el casco del cristiano, continuó trepando, al mismo tiempo que regaba con su sangre estas asperezas.

Al fin, tras inauditos esfuerzos, llegó á la gruta. Al verla el cristiano, juntó las manos en señal de adoración.

—¡Gracias!—dijo con voz débil.

Luego fijó los ojos en la sangre que corría por el pecho de su amada, y estremecido exclamó:

—¡Dios mío! ¿Estás herida?

La joven, ya sin fuerza, cayó de rodillas al lado del moribundo.

—Muero,—dijo—mas á tu lado.

El cristiano se incorporó penosamente, y contemplando con expresión inefable á su amada, murmuró estas palabras:

—Yo también muero. ¿Quieres vivir vida eterna conmigo en mi cielo, en el cielo de los cristianos?

La joven, expirante, movió afirmativamente la cabeza.

Entonces el caballero, pronunciando las palabras del bautismo, derramó sobre la

blanca y marchita frente de la mora el agua del casco...»

*
* *

Esta leyenda que Becker narró en su incomparable estilo y que nuestra linda compañera nos refirió con gracia encantadora, nos animó á buscar con afán alguna reliquia que indicase la existencia del castillo, y la comunicación que, según el poeta, tenía con la fortaleza la cueva de la mora.

Nuestras pesquisas fueron inútiles. Allí no ha habido castillo ni Cristo que lo fundó.

—¿De modo que la historia, preguntará acaso el lector, no es más que un *infundio* del poeta...?

Vaya usted á saber. Allá Becker. Yo, por mi parte, lector, como me lo contaron te lo cuento.

II

El término de Fitero.—Una corrida de toros.—Á Pamplona.—La capital de Navarra.

Está situado el término de Fitero en la intersección de los confines de Castilla, Navarra y Aragón. Cerca del Balneario hay una altura llamada del Tambor, en donde los reyes de los tres Estados, cuando España estaba dividida en reinos, celebraron una conferencia, sin salir de su respectivo territorio cada cual de los monarcas. A unos cuantos metros de los Baños se encuentra el mojón que divide las provincias de Navarra y Logroño; de modo que los bañistas solíamos parodiar á los citados reyes, conversando unos desde Navarra y otros desde la Rioja.

De nuestras más agradables expediciones fué la que hicimos á Fitero. Era tarde de mucho sol; en el coche, «empavesado de sombrillas», íbamos todas las personas útiles del establecimiento. En pocos minutos corrimos, ó, mejor dicho, corrieron los caballos de nuestro vehículo, los cuatro kilómetros que separan al Balneario del pueblo.

—¡Calle!—dijimos al divisar las primeras casas,—los balcones están adornados con colgaduras!

No era así: lo que habíamos tomado por adorno eran grandes ristras de guindillas y orejones, que desde lejos nos parecieron bandas de telas con los colores nacionales. «Todo júbilo era el día aquel, la gran Fitero.»

Como que la Plaza de Toros, recién acabada, se inauguraba con gran solemnidad. El empresario había hecho todo género de sacrificios—según él mismo declaraba en elegantes y vistosos carteles—para que el espectáculo fuese digno del público: toros navarros, toreros afamados de Madrid, Plaza nueva... En fin, un día de imperecedera memoria para la villa de Fitero.

Cuando llegamos nosotros faltaban aún algunas horas para que comenzase la corrida; así que decidimos emplear el tiempo en visitar la iglesia, templo en que domina la

arquitectura románica, obscuro como una cueva, y cuyas tinieblas más entristecen que alumbran algunas lámparas eléctricas de corriente continua. El templo está adosado á un ruinoso edificio, que fué en otro tiempo convento de frailes Bernardos. Más de una hora empleamos en recorrer aquellos venerandos lugares: el patio del Monasterio, en cuyo centro, en medio de viciosas yerbas, destacábase el brocal de un pozo, cuya agua es muy celebrada; sus galerías desiertas, sus celdas deshabitadas y sus salones actualmente utilizados en escuelas públicas, regentadas por Hermanas de la Caridad.

La persona que hacía de *cicerone* nos preguntó:

—¿Van ustedes á los toros?

—Sí—le contestamos.

—¡Milagro será—nos dijo—que no tenga alguien que sentir!...

—Siendo los toros de muerte y bravos...—contestó uno de los convidados.

—No me refiero al peligro de los toreros, sino al de los espectadores.

—¡Cómo! - exclamaron las señoras asustadas.

—No pueden ustedes figurarse cómo está el pueblo. Hay en él dos bandos que se odian de muerte, y que no esperan más que

un pretexto cualquiera para andar á tiros y puñaladas... El empresario pertenece á uno de los partidos, el liberal, y los del otro, los del carlista, están que arden... ¡Milagro será que no haya esta tarde la de Dios es Cristo!...

—Volvámonos á los Baños—dijo asustada una señora.

—¡Qué lástima!—exclamaron las muchachas, las cuales iban todas muy peripuestas con mantillas de blonda ó de madroños, y adornados con rosas y claveles pecho y cabello.

Discutióse durante breves momentos la conveniencia de marcharnos ó de quedarnos, y al fin la mayoría optó por arrostrar el peligro. ¡Á los toros!—gritó la gente joven,—y echamos á andar hacia la Plaza, haciendo abrir tanta boca á los *fiterenses*, que se quedaban embobados contemplando la gallardía y gentileza de nuestras compañeras de excursión.

*
* *

Y no ocurrió nada, por lo menos á los espectadores. El primer espada casi perdió un ojo; pero esto, lejos de perturbar la alegría de la fiesta, contribuyó al mayor *brillo* del espectáculo. Como que el *hule* es el digno

coronamiento de la fiesta nacional. La corrida, en suma, fué buena; la tarde hermosa, y no hubo en el público ni una mala bronca. Ante la fiesta de toros, los rencores de las dos fracciones rivales tuvieron una tregua...

Esto trae á mi memoria un hecho, del cual varias veces fuí testigo en mi infancia.

Era en los días que siguieron á la revolución de Septiembre, y en mi pueblo, cuyo nombre no hace al caso, como en todos los de España, había un motín cada lunes y cada martes. Ya se quemaban las casetas de consumos, al són del himno de Riego; ya acudían al Ayuntamiento grupos numerosos, gritando: «¡Abajo las quintas!»; ya se andaba á palos ó á tiros con motivo de elecciones... Las gentes pacíficas estaban, como puede suponer el lector, con el alma en un hilo.

Por fortuna teníamos un Alcalde que conocía á fondo á sus administrados, y cuando la muchedumbre, dando desaforadas voces y llevando á la cabeza la banda municipal, se apiñaba furiosa ante el Consistorio, abría-se el balcón del Ayuntamiento, aparecía el Presidente, y con unos pulmones más fuertes y vigorosos que los del propio Estentor, decía sobre poco más ó menos:

—Hijos míos, ya sé lo que queréis: ¡Mañana toros!

La multitud prorrumpía en aclamaciones y vivas al Alcalde; cada mochuelo se iba á su olivo, y... hasta otra. Ante la expectativa de una corrida de toros, disolvíanse, como nieve al sol, los furoros del pueblo soberano.

Lo mismo sucedió en Fitero la tarde de mi relato. El pueblo, después de la corrida, ofrecía el aspecto de una balsa... de vino, y nadie se preocupaba de otra cosa que de comentar, entre trago y trago, los lances de la corrida.

* * *

Al día siguiente, bien saturados mi compañero y yo de agua clorurada y bien nutridos de carne de carnero, montábamos en la banqueta del coche que había de conducirnos á Castejón, cambiando cariñosos saludos con los amigos que dejábamos en los Baños Viejos, y cuya amistad me hace recordar una frase de Balzac, que parece paradógica, pero que encierra una verdad profunda: «Hace diez años que conozco á un amigo, á quien quiero como si no le hubiese tratado más que una semana.»

En Castejón tomamos el tren que une la

línea de Zaragoza con la del Norte, y á eso de la media noche llegábamos á Pamplona, en donde, por virtud de no sé qué ley, muy molesta para los que viajan, nos registraron el equipaje como si penetrásemos en un reino extranjero. Después que los carabineros llenaron este enojoso requisito, subimos en un ómnibus, y luego que el carruaje fué dejando aquí y allá viajeros, como hace el coche de las Ursulinas con las niñas del colegio, llegamos á la fonda de la Perla, excelente hotel que compite con los mejores de la península.

La capital de Navarra es una de las ciudades más tristes de España. Rodéanla fuertes murallas, y su horizonte está limitado por altos cerros, en uno de los cuales se ha construído recientemente una fortaleza. El carácter navarro, grave y formal, contribuye no poco á dar á su capital cierta austeridad, que sólo se interrumpe, según mis noticias, el día de San Fermín, festividad en la cual echan los pamploneses la casa por la ventana.

No son muchos ni muy notables los monumentos de Pamplona. Ni su catedral es una maravilla, ni ninguno de sus edificios antiguos ó modernos tiene extraordinario valor artístico. Merece, sin embargo, visitarse la Diputación, en la cual, además de

algunos cuadros que no carecen de mérito pueden verse parte de las cadenas que rompió Sancho el Fuerte en las Navas de Tolosa, y la *laya* con que en sus mocedades labraba las tierras de Idocin el célebre guerrillero de la Independencia, y después ilustre General de nuestro Ejército, D. Francisco Espoz y Mina.

Allí está el retrato del héroe, su *laya*, como he dicho, su espada vencedora y un ejemplar de sus *Memorias*. Con respeto nos descubrimos ante la imágen de aquel caudillo que, con un puñado de héroes, supo resucitar las glorias de Viriato é imponer la ley á los ejércitos franceses. Al ver su altiva frente y sus ojos serenos, acostumbrados á mirar la muerte frente á frente, viene á la memoria aquel mensaje al General Reyle, en que el labriego navarro exigía al caudillo francés buen trato para los prisioneros españoles, bajo pena de severas represalias en los prisioneros franceses, y con peligro «del emperador é individuos de su familia».

Viendo el retrato de Espoz y Mina, recordamos también las hazañas de su sobrino Francisco Javier Mina, el *Mozo*, una de las figuras más interesantes de nuestra gloriosa guerra de la Independencia, espíritu tan valeroso como inquieto, aventurero á la manera de aquellos que conquistaron

América, que luego de realizar en la Península hazañas increíbles y de dar en el nuevo continente pruebas de valor heróico, había de morir fusilado en Méjico, atravesado por las balas de sus mismos compatriotas!...

En los primeros años de este siglo era Javier Mina en la Universidad de Zaragoza una copia exacta de los estudiantes de los siglos XVI y XVII de las Universidades de Salamanca y Alcalá. Nadie como él para acuchillar una ronda de corchetes, para imaginar burlas contra los tenderos, para enamorar muchachas y para pulsar la vihuela. En toda empresa atrevida en que fueran menester travieso ingenio y esforzado ánimo, era Mina el primero. Tras de un semblante de niña y un exterior débil, se ocultaba un alma de héroe. Los hombres le respetaban y las mujeres le adoraban.

Cuando el pueblo de Madrid el día 2 de Mayo se alzó con sublime energía contra las tropas de Murat, Mina sintióse arrebatado de amor patrio, y al frente de otros jóvenes esforzados, corrió á luchar en los campos de Navarra por la independencia de su patria. Los montes y valles de aquella noble provincia fueron testigos del valor indomable del valeroso guerrillero. Hoy la patria, agradecida, olvida los extravíos de los últi-

mos años de su breve vida, con harta severidad castigados, y el juicio de la historia tiene más en cuenta sus hazañas en pro de la libertad de España, que sus hechos de armas en pro de la independencia de Méjico.

III

Desde Pamplona á Burguete.—Demetrio.—Camino de Valcárclos.—Arnegui.—Francia y España.—Roncesvalles.—El canto de Altabiscar.

Desde Pamplona á Burguete, pueblo próximo al de Roncesvalles, hay una distancia de más de 50 kilómetros, que los excelentes coches de la casa de Maisonave recorren en unas siete horas. A las dos en punto de la tarde se emprende la marcha: cinco minutos antes tomaba yo posesión de un asiento en la delantera del carruaje, teniendo al lado á mi compañero de excursiones.

Sonaban dos campanadas en el reloj de Pamplona, que, diga lo que quiera el refrán, apunta y da, cuando el conductor del coche subió al pescante, empuñó las riendas y restalló el látigo. El coche, arrastrado por tres poderosas jacas, empezó á rodar por la carretera de Francia. Oyendo siempre el

tintineo de los cascabeles, salimos del recinto de la vieja ciudad por la puerta de San Nicolás, no lejos del baluarte en que fué herido San Ignacio de Loyola; atravesamos el Arga, cruzamos la feraz campiña pamplo-nesa, y pronto dejamos á nuestra espalda, ocultos por los cerros del Perdón, Alaiz, Miravalles y Servil, los baluartes y torres de la ciudad y los caseríos de sus cercanías.

A uno y otro lado de la carretera, muy bien cuidada por cierto, extiéndense verdes viñedos cuajados de racimos, huertos poblados de árboles frutales y frondosas alamedas, cuyas caprichosas curvas denuncian el cauce del río, enriquecido en Villaba por las corrientes del Zubiri y el Mediano. Al cabo de tres leguas el paisaje cambia, el viñedo va siendo cada vez más escaso, las colinas más elevadas, y lejos, más allá de los cerros que limitan la vista por el lado Norte, asoma un alto y azulado picacho.

—¡El Pirineo!—nos dice señalándolo el mayoral.

Ante nosotros se destaca, á trechos, la cinta blanca de la carretera, que aparece y desaparece según las ondulaciones del terreno. De cuando en cuando crúzase con nuestro coche, ya una pesada galera arrastrada por larga reata de recias mulas, ya un arriero que dormita en su macho, ya un

mendigo que con su zurrón á la espalda y grueso garrote en la mano apresura el paso en busca de incierto albergue donde descansar durante la noche. Una pareja de guardias civiles se detiene y nos saluda, y un velocipedista pasa disparado, levantando con su máquina una nube de polvo.

—¡Qué interesante sería — me dice mi compañero—un libro que pintase la vida errante de toda esta gente que recorre sin cesar las carreteras! De seguro que no le faltarían al autor que acometiese tal empresa tipos y costumbres que estudiar.

En efecto, la carretera es un mundo aparte, habitado por una población *sui generis*, y entre la cual se encuentra mucho todavía de aquel elemento picaresco que con tanto ingenio nos presentan en sus novelas Hurtado de Mendoza, Cervantes, Quevedo, Mateo Alemán y tantos otros.

*
* *

A todo esto habíamos entablado conversación con el mayoral, un guapo mozo de veintiocho años, serio, grave, vestido con el traje del país, alpargatas, pantalón de pana labrada, blusa ceñida á la cintura con ancha faja morada, y boína azul graciosamente derribada á un lado.

Diez y siete años ha que hace el servicio del correo entre Pamplona y Burguete. Durante nuestro viaje ni una sola vez salió de sus labios una de esas frases que han hecho proverbial el lenguaje de los carreteros y mayores.

—¿Es muy rudo el trabajo?—le pregunté.

—En este tiempo, no. Allá por Noviembre, cuando empiezan las nieves, comienzan también las fatigas. Ocasiones hay en que tiene que ser llevado el correo por peatones, porque ni las caballerías más acostumbradas á recorrer malos caminos pueden andar por estos. En los seis meses de invierno el aire que sopla del Pirineo, corta; los caballos se hunden hasta los pechos en la nieve... Se pasan entonces muchos trabajos... Ahora da gusto.

La media luz del crepúsculo invadía ya los campos. En toda la extensión que la vista alcanzaba no se advertía más señal de vivienda humana que una casa, perdida en el fondo de un valle. Por una abrupta peña, no distante del camino, trepaban unas cuantas cabras, de las cuales la delantera, encaramada ya en lo alto, se destacaba esbelta á la tenue claridad de la tarde, que moría.

Cuando anocheció, como el fresco aumentaba, desenvolvimos nuestras mantas y nos

cubrimos con ellas hasta los ojos. Demetrio encendió el farol del carruaje mientras el coche rodaba, siempre al compás de las campanillas del ganado... Después se puso á cantar á media voz el *Guernicako Arbola*. Su acento, bien timbrado, fresco, varonil, subió de tono, y las notas vigorosas del himno vasco resonaron potentes en medio del silencio de la noche.

Extasiados oíamos aquel canto de libertad, cantado en las faldas del Pirineo por un hijo de las libres montañas de Navarra.

Animado por nuestros elogios, el mayoral siguió cantando.

—La jota, cante usted la jota—le dijimos.

Y el joven lanzó al viento esta copla *regionalista*:

Leones tiene León,
Castilla torres y almenas;
pero más gloriosas son
de Navarra las cadenas.

Después entonó el siguiente cantar, cuya belleza no necesita de alabanzas:

Esta paloma te traigo,
que en el monte la cogí.
Iba buscando á su madre
como yo te busco á ti.

Tampoco faltaron entre sus coplas algunas tan intencionadas como la que sigue:

No quiero tomar café,
porque el café quita el sueño;
sólo quiero tomar té,
que tomando té me duermo.

Tan agradablemente divertidos íbamos, que cuando paró el coche, y Demetrio, apeándose de un salto, nos dijo:—«Estamos en Burguete»,—nos quedamos sorprendidos de haber llegado tan pronto al fin de nuestra jornada.

*
* *

A las cinco de la mañana, un golpe dado á la puerta de nuestro dormitorio nos anunció que era la hora de levantarnos. Treinta minutos después estábamos instalados en el pescante del coche de Valcarlos. Compónese todo Burguete de una larga calle, cuyas casas, aisladas unas de otras, como las de la antigua Roma, están cubiertas de tejados plomizos de gran inclinación. Salimos del pueblo, pasamos por una larga avenida, bordada de frondosos árboles, dejamos á la izquierda la aldea de Roncesvalles y nos engargantamos en el histórico desfiladero.

Entre los montes de Altabiscar é Ibañeta, moles enormes, cubiertas de seculares bosques de hayas, corre un torrente, de continuo, engrosado por los hilos de agua que

bajan de lo alto, saltando de peña en peña. De cuando en cuando las selvas se aclaran, formando aterciopeladas praderas, en las que pastan centenares de vacas. En los linderos de la carretera que, formando complicados lazos flanquea el abismo, entre la hierba húmeda que tapiza el suelo de aquellas intrincadas asperezas, junto á las corrientes de agua viva que brotan de los peñascos, millares de millares de flores silvestres amarillas, moradas y rojas forman caprichosos dibujos y delicadas cenefas en la verde alfombra de las montañas.

Acontecía que al volver de un recodo nos encontrábamos de repente con una casa de afilada techumbre, que parecía colgada al borde del precipicio. Una mujer plantada á la puerta esperaba el paso del coche, y en lengua vasca hacía un encargo al conductor, que contestaba en el mismo idioma.

Los encargos son tantos, que mi compañero pregunta al mayoral:

—¿Se acordará usted de todos?

El conductor, que, según él mismo nos dice, habla mal, es vasco, y que además destroza el castellano, contesta:

—De todos me acordaré... Y eso que luego gracias no te darán...

Para aquellas gentes que viven en las soledades del abrupto desfiladero, el único

lazo que con el resto del mundo las une es el coche de Burguete á Valcarlos. En la época de las grandes nieves el aislamiento de los montañeses de Roncesvalles es completo y dura meses enteros.

Del fondo de los valles levantábanse pesadas nieblas, que lentamente iban trepando por las laderas de los montes como una legión de fantasmas; al cabo, después de arrastrarse mucho, como para subir se arrastran algunos hombres, ganaban las cumbres y lanzábanse por último al espacio, dejándose enganchados en árboles y peñas pedazos de gasa semejantes á flotantes harapos de desgarradas vestiduras.

Conforme nos acercábamos á Valcarlos, ensanchábase el valle, que, libre ya de brumas, se nos mostraba con toda su espléndida belleza. ¡Qué cuadro más hermoso! Extensas llanuras sembradas de caseríos por cuyas chimeneas se escapaban ténues y perezosas espirales de humo; molinos por cuyas presas se precipitaba el agua, formando caprichosos juegos de espuma; pueblos lejanos, cuyas torres nos mandaban, á guisa de saludo, el argentino son de las campanas. A la terminación del desfiladero está Valcarlos, poéticamente recostado en una ladera del monte y protegido por él de los vientos; su temperatura es tibia y su ambiente está

aromatizado por las plantas y flores de la sierra.

*
* *

Ansiosos de gozar de la hermosura del paisaje, más pintoresco á medida que se avanza hacia la frontera francesa, almorzamos en un abrir y cerrar de ojos, y tomamos á pie el camino de Arnegui. La bajada á lo largo del Níve es muy suave, el país pobladísimo, y el día muy templado.

A mitad de camino, en un rincón formado por dos altísimas montañas, por cuya arista baja despeñado un torrente, vemos un molino; unas cuantas palomas se arrullan en el caballete del tejado, y en el remanso que forman las aguas después de la presa, navega una escuadra de patos. Las rocas en que el molino está enclavado, muestránse tapizadas de un delicado encaje de hojas diminutas. En pié, junto á la espumosa corriente, una muchachuela, descalza, con un niño en los brazos, nos mira con asombrada curiosidad.

Á poco más de un kilómetro se encuentra Arnegui, primer pueblo de Francia por aquella parte; un puente pequeño une las dos naciones; el *talbeg* del río forma la frontera. Nos detenemos un momento en la lí-

nea divisoria de los dos pueblos, y no pude menos de pensar en su diversa suerte. Á nuestra derecha Francia, próspera y rica, gozando de todos los beneficios de la paz; á nuestra izquierda España, arruinada, pobre, teniendo que sostener guerras cruentas que la desangran y aniquilan.

Las mujeres que lavan sus ropas en la margen derecha del Nive no tiemblan ante el temor de que sus hijos, sus amantes ó sus esposos puedan morir en extrañas tierras. En cambio los jóvenes que del otro lado del río cultivan la tierra ó guían sus ganados, quizá dentro de unos cuantos días, mañana acaso, se alejarán de su amada tierra con el morralillo á la espalda y las lágrimas en los ojos, para morir, quizá traidoramente, macheteados en la manigua ó víctimas de la fiebre en la sala de un Hospital de apestados.

*
* *

En nuestro regreso á Valcarlos empleamos poco tiempo; nos aguijoneaba el apetito, estimulado por la fatiga del camino y el aire puro de las montañas. En la posada, sobre blanco mantel, esperábanos humilde pero sabrosa comida, servida, es cierto, en el *plebeyo barro mal tostado*, pero que á mí me supo mucho mejor que los delicados man-

¡ares que Fornos ó Lhardy ofrecen á sus predilectos parroquianos.

—¿No monta usted en el coche?— me preguntó en su lengua el mayoral, disponiéndose á emprender la vuelta á Burguete.

—No; quiero subir el puerto á pie.

Y como, por lo inclinado de la pendiente, tenía el carruaje que caminar con suma lentitud, complicada con las detenciones del mayoral, que en las casas del camino iba cumpliendo los encargos que le habían dado por la mañana, hube de adelantarme un gran espacio. Solo ya, en medio del desfiladero que densas nubes envolvían, vino á mi memoria cuanto de histórico ó fabuloso he leído acerca de la famosa rota de Roncesvalles.

Enfrente de mí destacábase confusamente el monte de Altabiscar, donde, según Ambrosio de Morales, en su *Crónica general de España*, «los vascones, allá por el año 778, pusieron sus emboscadas contra el ejército de Carlo-Magno, dándoles grande aparejo para ello las espesas arboledas de que todos los montes están llenos». Las peñas, que parecían amenazar con desplomarse sobre el camino, han repetido los sonos desesperados de la bocina de Roldán, cuyos ecos, al decir de la famosa *Chanson*, se oían á treinta leguas de distancia; junto al to-

rrente que, sin verlo, oía yo bramar en el fondo del barranco, fueron aplastados bajo las rocas que los vascos lanzaban desde lo alto, Enghinard, prepósito de Carlo-Magno; Anselmo, conde Palatino; el buen caballero Oliveros, y el Obispo Turpín, con lo más lucido del ejército imperial.

Apócrifo ó no, el *Altabiscar cantua* pinta con enérgica poesía la rota de Roncesvalles.

«¡Qué bosques de lanzas! ¡Qué de banderas de diversos colores! ¡Cómo brillan las armas!... ¿Cuántos son, mozo? Cuéntalos bien: uno, dos, tres, veinte, ciento, mil...

¡Huyen! ¡Huyen!... ¿Qué se hizo de aquel bosque de lanzas? ¿Dónde están las banderas de colores? Ya no resplandecen sus armas, manchadas de sangre. ¿Cuántos son, mozo? Cuéntalos bien. Mil, ciento, veinte, tres, dos, uno...

¡Ni uno siquiera hay ya! Se acabaron, Etcheco Joana; ya puedes retirarte á abrazar á tu esposa y á tus hijos, á limpiar tus flechas y á dormir sobre ellas...

Por la noche las águilas vendrán á comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente.»

IV

El veraneo en Burguete.—La colegiata de Roncesvalles.—Recuerdos históricos.—Sancho el Fuerte.—La Virgen de Roncesvalles.

Un viajero francés, León de Rosny, autor de un libro titulado *Tureaux et mantilles*, asegura que en España, casi sin excepción, las fondas son horribilmente sucias, que los manteles que en ellas se usan están atacados de hidrofobia, esto es, que aborrecen el agua, y que para librarse en la cama de los ataques de los insectos antropófagos, necesita el viajero acostarse en ella metido en un saco. Aunque no carecen en absoluto de fundamento las afirmaciones del escritor francés, es justo consignar aquí que no rezan con Navarra. En las más humildes aldeas, aisladas en valles que no se comunican con el resto de España más que por sen-

das de las que llaman las gentes del país *carreteras de perdices*, he encontrado comida sana y limpia mesa. En cuanto á las camas, puede, sin peligro, prescindirse del talego.

La fonda de Burguete, cuya apariencia más es de posada que de hotel, tiene aseadas y cómodas habitaciones; la comida es buena y abundante, y en ella, aunque por regla general domina, como en toda Navarra, el carnero, del cual conservo tristes recuerdos, no faltan sabrosas perdices, sustancioso jamón, delicadas truchas y verduras excelentes. El vino del país, aunque un poco áspero, tiene la ventaja de no haber entablado aún relaciones de ninguna especie con los modernos adelantos de la química. Se me olvidaba decir que la ropa de cama, blanca como la nieve, de grueso hilo casero, exhala suave olor á membrillo.

En la fonda, como en varias casas de Burguete, suelen veranear durante los meses más ardientes del estío, varias familias de Pamplona y de Madrid. Y ciertamente es aquel un hermoso lugar para la estación de los grandes calores. Pocos sitios hay en España de aires más puros, y, por consiguiente, más sanos que los que se respiran en estos montes; ni paisajes más pintorescos que los que ofrecen á la vista del viajero las cañadas y valles pirenaicos.

Mi buena suerte me proporcionó tener por compañeros de hospedaje á D. Eladio Maisonave, con su bella esposa, y á las dos hijas del senador por Navarra, Sr. Martínez (D. Wenceslao), dos niñas encantadoras, la mayor en ese hermoso período de la adolescencia que aparece la mujer cuando aún no se ha desvanecido en ella el encanto de la infancia. Las dos hermanas hacían atrevidas excursiones al través de los bosques, trepaban á las cumbres de las montañas y visitaban los más famosos lugares de aquellos contornos. Era cosa de verlas, á la hora del crepúsculo, regresar alegres á Burguete, con el color de la salud en el semblante y flores silvestres en los cabellos.

*
* *

No era posible alejarse de Roncesvalles, sin visitar su antigua Colegiata. Ya estaba alto el sol, cuando nos dirigimos á pie á la aldea de aquel nombre. Los copudos árboles que en doble hilera dan sombra á la calzada, nos servían de escudo contra los «rayos de Febo», que este día calentaba más de lo justo. Dos bosques de hayas ó mejor dicho, uno extensísimo, propiedad de los canónigos de la Colegiata, cortado por la carretera, nos mostraba sus frescos y oscuros

senderos, de los cuales puede decirse con el poeta:

«que en el día más sereno
no es enojoso el estío.»

En la arboleda de la izquierda del camino está la fuente de Roldán, que, según la tradición, brotó al hincar el héroe franco en el suelo la hoja de su espada Durindaina. Cerca ya del pueblo yérguese la *cruz de los peregrinos*, ante la cual oraban estos antes de penetrar en el santuario. La cruz erigida en el siglo XV ostenta, á guisa de escudo, la letra griega THAU, cruzada con un báculo terminado en forma de hoja de espada, símbolo de aquellos tiempos en que los mitrados lo mismo repartían bendiciones que cintarazos. Igual forma tiene la insignia verde que lucen en el convento los canónigos de Roncesvalles. Esta Colegiata, que pertenece á la Orden de San Agustín y cuenta hoy con once de aquéllos y seis beneficiados, y aunque no posee, como en otro tiempo, terrenos tan extensos (que en ellos podía, según es fama, caminar un hombre de sol á sol sin salir de los dominios del Monasterio), todavía es dueña de lo suficiente para que no deba considerársela como pobre.

Fué el objeto principal del susodicho Mo-

nasterio proteger y amparar á los peregrinos y viajeros que se extraviaban por aquellas asperezas cubiertas de nieve, y defenderlos de los ataques de los montañeses del Pirineo; porque es de advertir que los habitantes de aquellas fragosidades no eran entonces, como son ahora, de noble y humanitaria condición, sino brutales y feroces, á tal punto que saqueaban sin escrúpulo á cuantos viajeros caían en sus manos, y abusaban de ellos hasta el extremo de obligarlos á que les sirviesen de cabalgaduras. Como se vé, no era cosa fácil ni divertida, en aquellos *felices* tiempos, viajar por la cordillera Pirenáica.

El monasterio primitivo no estuvo en el lugar que hoy ocupa la Colegiata; fué ésta construída por Sancho *el Fuerte*, el Monarca que con su famosa hazaña en las Navas de Tolosa dió á Navarra las cadenas de su escudo. El edificio actual muestra en la variedad de sus estilos las huellas de varias generaciones: la estructura general del templo pertenece al arte gótico, al cual corresponde también una hermosísima capilla, construída sin duda para panteón, y en cuyo centro, en el interior de una especie de jaula de madera, yace la estatua en piedra de Sancho *el Fuerte*. Lleva el héroe larga túnica, ancha espada, en cuya vaina

apoya la mano izquierda, la derecha descansa sobre el pecho: le faltan los piés. El sacristán mayor de la Colegiata, que nos servía de amable *cicerone*, nos aseguró bajo su palabra que Sancho *el Fuerte* había sido un gigantón del tamaño, ni una línea menos, que la estatua que acabo de describir.

—Como ustedes ven, fué un buen mozo el tal D. Sancho—nos decía el sacristán.— Los hombres de aquella generación—añadió sentenciosamente—parecende otra raza.

Cierto—pensé yo;—al lado del valeroso Monarca, el más grande entre los grandes de nuestros días, D. Alberto Aguilera, por ejemplo, es un insignificante pigmeillo.

* * *

Cuentan, en efecto, las crónicas que era D. Sancho hombre de aventajada talla, vigoroso y forzado como pocos. Sin duda estas cualidades físicas, unidas al valor y gentileza del Monarca, interesaron vivamente á la hija de Jacub-ben-Jusuf, emir de los almohades, porque es el caso que la Princesa, que por lo visto no era corta de genio, hizo entender á su padre que, si no la casaba con el Rey de Navarra, se echaría un dogal al cuello; que para nada quería ella la

vida si no había de consagrarla al corpulento caudillo cristiano.

El emperador almohade, movido por las palabras de su hija, accedió á sus ruegos, y entonces mediaron entre los dos soberanos tratos y embajadas que salieron de ojo al rey de Castilla D. Alfonso, quien, celoso del engrandecimiento del navarro, acudió nada menos que al Papa para que impidiese el proyectado enlace. Pero como declarase D. Sancho que al casarse con la princesa mora, ésta recibiría las aguas del bautismo, el Pontífice se dió por satisfecho y el monarca de Navarra con lucido séquito se dirigió á Africa á fin de obtener la blanca, ó más bien morena mano, de la princesa almohade.

Estaba de Dios que no se había de celebrar el casamiento. Cuando D. Sancho llegó á Marruecos, Jacub-ben-Jusuf había muerto: su hijo, de corta edad, estaba bajo la tutela de un tío suyo, el cual resolvió no entregar su sobrina al cristiano; y cádate que D. Sancho, que acababa de abandonar su reino, guiado por su espíritu caballeresco, vióse obligado á servir de auxiliar del imperio marroquí, realizando allí grandes hazañas. Por fin, después de tres años, volvió á su patria *compuesto y sin novia*.

¿Y la princesa?

No sé lo que fué de ella. ¿Murió de amor? ¿Logró estrechar alguna vez entre sus brazos al monarca navarro? ¿Se ahorcó quizás con su ceñidor de seda en algún camarín de su palacio...? Mis noticias no han podido aclarar el misterio. Sólo sé que D. Sancho se volvió á sus tierras soltero y con ánimos de combatir á los moros, como se vió más tarde, cuando en las Navas de Tolosa mostró cuánto era el valor de su corazón y el esfuerzo de su ánimo.

*
* *

Otra estatua de Don Sancho *el Fuerte*, en actitud parecida al *mármol* de D. Luis Mejía en la escena del panteón, colocada sobre un sepulcro del lado del Evangelio, hace sonreír al que la contempla: el monarca luce ferreruelo y golilla, ni más ni menos que un cortesano de Felipe IV.

Una hermosísima portada gótica pone en comunicación la iglesia con un patio ojival. Aparte de este patio, de la portada y del Panteón, el mérito artístico de la Colegiata es escaso. En cambio guárdanse allí joyas de gran valor, por su riqueza unas, por su remota antigüedad otras. Y no me refiero á las zapatillas del Obispo Turpín, que ni son de Turpín, ni zapatillas, ni de la época en

que, según la tradición, vivió el famoso Prelado, ni á las mazas de Roldán, tan auténticas como las zapatillas. Lo verdaderamente digno de ser admirado son las ricas vestiduras de los antiguos Abades, sus casullas y sus mitras de extrañas formas; un valioso relicario con primorosas miniaturas; un magnífico evangelario, sobre el cual juraban, al subir al trono, los reyes de Navarra; un trozo de las cadenas que defendían en las Navas la tienda del emir de los almohades; un lienzo de la escuela Rafaellesca, que representa una Sagrada Familia, y un tríptico de Jerónimo Bosco, en el cual tríptico están pintadas, con el candor propio de los pintores primitivos, las trágicas escenas del Calvario.

*
* * *

Objeto de profunda veneración, en diez leguas á la redonda, es la milagrosa efigie de la Virgen de Roncesvalles. D. Pedro Madrazo, parafraseando al Padre Juan de Villafañe, autor de un *Compendio histórico de las imágenes de la Santísima Virgen en España*, la describe en estos términos: «Está la Santa Madre de Dios sentada en su trono sobre un almohadón bizantino, primorosos ambos por sus labores y su materia... Sos-

tiene la Virgen á su Divino Hijo en su brazo izquierdo. Jesús, apoyando uno de sus pies en las rodillas de su Santa Madre, y como en genuflexión la otra piernecita, le pone la mano derecha en el pecho, y tiene en la izquierda un pomito redondo; clava en ella su mirada con gesto ruseño, y ella también le mira con expresión grave y devota. En la diestra mano tiene Nuestra Señora un canastillo para poner flores. Mide esta santa imagen una vara escasa de altura, y cree el Padre Villafañe que debe ser de madera de cedro ú otra materia incorruptible, porque habiendo estado siglos enteros en lugar húmedo y cubierta de tierra, pasando después por ella desde su aparición tantos años, lo natural era que se hubiese de algún modo destruído; y por el contrario, no hay en ella la menor señal de deterioro.

El hallazgo de esta efigie tiene los caracteres maravillosos que han solido acompañar á los descubrimientos de otras imágenes, la de Nuestra Señora de la Peña de Francia, ó al de las reliquias del Apóstol Santiago en Galicia, ó las de San Antolín en Palencia. Fué el caso que en los tiempos de cierta reina, llamada nada menos que Doña Oneca, los pastores de la montaña vieron repetidas veces un ciervo que, con luces en

las astas, cruzaba los bosques y se dirigía hacia una fuente que brotaba entre altas peñas. Maravillados de aquel portentoso suceso, varios atrevidos zagales siguieron al ciervo, y quedáronse espantados cuando, al llegar á la fuente, oyeron el canto celestial que salía de las breñas.

Pronto llegó la noticia á los frailes de Ibañeta y á oídos del Obispo de Pamplona, quien acompañado de los susodichos frailes, de muchos clérigos, próceres y gentes de aquellos poblados, acudieron en procesión á la fuente del ciervo, y «hallaron un arco de piedra, y bajo su clave la imagen de Nuestra Señora, ante la cual, postrados todos, con fervientes voces clamaron: *Salve, advocata nostra*, respondiendo la fuente con su murmullo: *Mater misericordiosa, spes nostra, salve!*...

Desde entonces, la imagen de Nuestra Señora de Roncesvalles es objeto de ferviente culto. Ante ella se han prosternado no sé cuantas generaciones; varios reyes han inclinado en su presencia sus frentes coronadas; millares de millares de peregrinos, desde remotas tierras, han acudido en el transcurso de los siglos á los piés de la sagrada efigie, y con lágrimas en los ojos, despedazada el alma por inenarrables dolores, la Infanta doña Blanca, la infortunada

hermana del Príncipe de Viana, á la que esperaba muerte violenta del otro lado del Pirineo, allí depositó ante la Virgen milagrosa su apelación suprema contra las injusticias é impiedades de que fué al cabo víctima aquella infortunada Princesa.

Todavía, en la festividad de la Ascensión, los habitantes de los Pirineos Navarros van procesionalmente, descalzos unos, con pesadas cruces en los hombros otros, entonando cánticos religiosos, á otrecer á la Reina de los Cielos el tributo de su amor y de su fé. Ella es la estrella matutina que los guía en las tribulaciones de la existencia, la torre mística que los defiende de todo mal, la puerta que les deja ver los resplandores de la gloria...

V

Camino del Roncal.—La bajadica de Jaurrieta-Ochagavía.—El hogar navarro.—El valle de Salazar.

Durante los días que permanecemos en Burguete, á todas nuestras preguntas relativas á la manera cómo podríamos ir al Roncal, se nos contestaba invariablemente:

—Eso, Quirico.

—¿Quién será Quirico?—nos preguntábamos, deseosos de echar la vista encima á aquella especie de Director de Comunicaciones pirenaicas.

Por fin, la víspera de marchar se nos presentó Quirico, hombre como de cuarenta y cinco años, de rostro y cuerpo enjutos, labios delgados, nariz afilada y ojos vivos y un tanto socarrones.

—Quisiéramos saber—le dijo mi compañero—cómo y por dónde podríamos ir al Roncal.

—Pues al Roncal se puede ir por varias partes.

—Bueno—le dije yo;—pero lo que deseamos es que usted nos diga cuál es el camino más corto.

—Lo más cómodo—contestó Quirico dando vueltas á su boina—sería que volvieran ustedes á Pamplona y allí tomaran el coche para Isaba.

—Pero tendríamos que dar un rodeo larguísimo.

—Vayan ustedes por Aoiz.

—También es largo ese camino—dije yo después de consultar el mapa de Navarra.

—Si ustedes se atrevieran á ir por Ochagavía...

—¿Por qué no?—preguntó mi amigo.

—Porque hay muy malos pasos... Sobre todo la *bajadica* de Jaurrieta, que... vamos, no es un camino real.

—Precisamente viajar por terrenos escabrosos es lo que buscamos—saltó mi compañero.

—Bueno; si ustedes están decididos iremos hásta Ochagavía, y allí ya encontraré yo quien les acompañe hasta el valle del Roncal.

Y después de varios dimes y diretes acerca del precio, nada económico, que nos pedía Quirico por sus servicios y el de sus

caballerías, convinimos en que al día siguiente, á las dos de la tarde, estaría él con tres mulos á la puerta de la posada.

A la hora convenida, Quirico, con una larga vara en la mano y tres mulos cogidos por los ronzales, nos anunció que había llegado «el momento de partir». Cargáronse nuestras maletas en una de las bestias, cabalgamos en las otras mi compañero y yo, y precedidos de nuestro guía, que marchaba gentilmente á pie delante de nosotros, emprendimos hacia Ochagavía nuestra caminata.

*
* *

La primera parte del camino, unos seis kilómetros, fué de carretera. No habíamos andado doscientos pasos, cuando Quirico, deteniéndose, nos mostró con la vara un reptil amarillento con manchas negras que se arrastraba por el polvo de la calzada.

El guía cogió una piedra y aplastó la cabeza del reptil, el cual se quedó en medio de la carretera agitándose con furiosas convulsiones.

—Es una víbora—nos dijo Quirico.—¿Las hay también por Madrid?

—¡Oh! Ya lo creo; pero aquellas son de otra manera... y mucho más dañinas.

El camino, separándose de la calzada, sigue por un valle que riega el Irati, no lejos de una larga cadena de montañas, cuyo flanco, cortado á pico y blanco como de mármol, tiene el aspecto de un largo murallón. A la vuelta de un recodo nos encontramos en un sombrío paraje, en cuyo centro se alza altísimo peñasco.

—Es la peña de Guarralda—nos dijo el guía.—Desde esa altura, un vecino del pueblo, del mismo nombre que la peña, arrojó á su suegra, que quedó despedazada entre esas piedras que forman el cauce del río.

—¡Buen hijo político!—exclamé yo.

—Es que las suegras—contestó sentenciosamente Quirico—son mal ganado.

Poco á poco, porque nuestras cabalgaduras eran de *carácter* pacífico y nada inclinados á salir de su grave paso, subiendo y bajando cuestas, dejando atrás aldeas miserables que parecían deshabitadas, bajo un cielo encapotado, llegamos á una meseta desolada y triste, un verdadero páramo, en el cual varias mujeres, con las faldas rezagadas y envueltas las piernas en trapos para resguardarlas del frío, removían el suelo estéril con el hierro de la laya.

—Hay que apretar el paso—nos dijo Quirico—para que no nos coja la noche en la cuesta de Jaurrieta.

—¿Tan mala es esa cuesta?

—Pché... Una bajadica un poco difícil.

Obedeciendo las indicaciones del guía, aguijamos á nuestros mulos y logramos caminar con alguna menor lentitud. No había aún anochecido cuando cruzábamos el pueblo de Jaurrieta, y nos internábamos en intrincado bosque en el cual empieza la bajada.

La senda que seguíamos, abierta entre los carrascos y robles del monte, cuyas ramas ponían á menudo en peligro nuestros ojos, es, más bien que camino, una torrentera, cuyo cauce está lleno de cantos rodados en los cuales tropezaban de continuo nuestras bestias. Conforme avanzábamos, la pendiente era mayor, más escabroso el suelo y más áspero el bosque. Lejos sonaban los cencerros de los ganados y una voz de mujer que cantaba un melancólico zortzico. La selva termina y la bajada sigue formando zic-zac al borde de un precipicio, por cuyo fondo corre un torrente, que la avanzada oscuridad de la noche no nos permitía ver, pero que oíamos rugir en el fondo de las tinieblas.

—¿Y á esto llama usted una bajadica?

—Pues todavía nos queda media hora de camino para llegar al valle.

No volvimos á hablar palabra, muy pre-

ocupados con el paso de nuestras cabalgaduras, las cuales, con maravilloso instinto, se deslizaban por la abrupta pendiente.

—¡Gracias á Dios!—exclamamos al sentir que los mulos apoyaban los cascos en el blando cesped de la ribera. Tres kilómetros más de terreno llano, un puente y luego el pueblo de Ochagavía.

*
* *

Recorrimos varias tortuosas y resbaladizas callejuelas completamente á oscuras, y dimos, por fin, con nuestros huesos, á la verdad algo quebrantados, en la posada del lugar. Un roble entero ardía en la cocina, bajo cuya ahumada campana pendían de un extraño aparato, parecido á la armadura de hierro de los pozos, negras llares que sostenían un ancho caldero. Al amor de la lumbre tomamos asiento mi compañero y yo, en tanto que el patrón envasaba un pellejo de vino, y la posadera, asistida de otra mujer, revolvía cacerolas y disponía nuestra cena.

En ninguna parte de España tiene el hogar tanta importancia como en estos pueblos de los montes navarros. Aislados del resto del mundo, sus habitantes conservan sin mezcla las costumbres de sus antepasa-

dos; allí, al lado de aquel fuego que tiene algo de sagrado, puesto que simboliza el amor de la familia, ventílanse los más arduos asuntos; allí se comentan los lances del trabajo y se hacen cálculos para el porvenir.

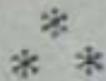
Durante las largas veladas del invierno, el abuelo, sentado cerca de la lumbre en el ancho escaño de nogal, cuenta historias de brujas, de dragones vencidos por atrevidos caballeros, de encantamientos y prodigiosos talismanes, cuentos fantásticos, que escuchan con tanta boca abierta mozos, mozas y chiquillos. Además de la propensión que el corazón del hombre, aun el más escéptico, tiene siempre á lo maravilloso, se une en los habitantes de las montañas la influencia de los lugares en que viven. Los montes, cubiertos de nieve durante la mayor parte del año; los hondos precipicios, las pavorosas cuevas que abren sus negras bocas en las ríscosas eminencias; los bosques como el de Irati, que mide diez leguas cuadradas de extensión, y en cuyo intrincado seno vagan sin peligro manadas de lobos; sus espumosos torrentes, sus ventisqueros, sus nieblas, todo contribuye á poblar la imaginación de aquellos montañeses de quiméricas historias, de leyendas fantásticas, reminiscencia acaso de una mitología olvidada y de consejas de remotos siglos, de las cuales quedan

aún huellas, siquiera sean borrosas y confusas.

El espíritu castellano es poco soñador, su tierra llana no ofrece misterios. «Ancha es Castilla,» se repite inconscientemente cuando, desde la meseta central de España, se extiende la vista por dilatados horizontes, que ninguna altura importante interrumpe. Lo quimérico no tiene allí donde ocultarse. En cambio, los montañeses del Pirineo, rodeados de altas cumbres, parece que viven en el seno de los misterios de la naturaleza. Los navarros creen á pié juntillas que legiones de brujas celebran todos los sábados sus aquelarres en las alturas de Zargaramundi. Que tales creencias hicieron siempre entre el pueblo vasco valor de absoluta certidumbre, demuéstrole el auto de fe celebrado en Logroño en 1610 «para desengaño de los engaños de Satán.»

Seis, entre brujas y brujos, fueron quemados vivos en la *piadosa* solemnidad, y á cerca de cincuenta personas se castigó con diversas penas, por supuestas abominaciones cometidas en aquella especie de Valpurgis. Las declaraciones de los infelices sentenciados, arrancadas, sin duda, por el tormento y por el temor á la hoguera, han servido de base al Sr. Campión para su fantástica leyenda titulada *Grachina*.

Pero la superstición no acobarda á los navarros. Pese á brujos, trasgos, demonios, duendes y fantasmas, los vascones atraviesan en las noches más oscuras del invierno los siniestros parajes de la montaña, á fin de pasar á hurto de los carabineros unas cuantas cargas de contrabando. Al presente, los contrabandistas, á causa de lo elevado de los cambios en Francia, *trabajan* poco, aunque, á decir verdad, su *industria* sigue siendo la principal riqueza de los pueblos de aquellas montañas.



Cerca del fuego se nos sirvió la cena en una tabla, que pudiéramos llamar mesa *levadiza*, como los puentes de los antiguos castillos, porque cuando no hace falta, se la adosa en sentido vertical á la pared por medio de unos goznes, y se la coloca, como es consiguiente, para utilizarla, en sentido horizontal.

Mientras despachábamos con apetito digno de Gargantúa un cazolón de sopas de ajo, una fuente de judías verdes, un par de huevos pasados por agua (platos los tres obligados en toda cena navarra), y un pollo tan tierno como la manteca en que había

sido envuelto para ser asado, acompañado todo ello con rebanadas de un enorme pan casero, un poco duro, pero muy sabroso, y regado con recio vino del país, tomaron asiento frente al hogar nuestro patrón, hombre silencioso que solamente lanzaba de tiempo en tiempo, en dos golpes, una carcajada que tenía algo de fatídica, y el médico, huesped también de nuestra posada, joven de veintiocho á treinta años, muy franco y comunicativo.

Elogiamos el rico queso del Roncal que se nos sirvió de postre, y entre sorbo y sorbo de café, mejor y más aromático que la infusión de cacahuets y achicorias con que «lenta, pero continuamente», envenenan á sus parroquianos los cafeteros de la corte, entablamos larga conversación con el médico, quien nos dió curiosos pormenores acerca del pueblo de Ochagavía y del pintoresco valle de Salazar.

—Ochagavía—nos dijo—tiene unos 1.300 habitantes; está situada, como verán ustedes mañana, al pie del cerro de Musquilda, en cuya cumbre hay una ermita que deben ustedes visitar, porque desde ella se descubre un hermoso panorama. A dos pasos de la villa, juntan sus aguas el Anduna y el Santoya, formando el Salazar, que dá nombre á todo el valle.

—Aquí—pregunté—¿habrá muchos carlistas?

—No lo crea usted. En Ochagavía no se encuentra uno para un remedio. Claro es que en la última guerra, algunos hijos de este pueblo tuvieron que formar en las filas de D. Carlos, pero iban en ellas á regañadientes. En cambio, en los pueblos del valle de Izalzu, Escaroz, Jaurrieta, Ripalda, Esparza, Uscarrés... y otros muchos, domina el partido tradicionalista.

—Lo que hemos advertido—apuntó mi compañero—es que no hay mendigos.

—En efecto, aquí son pocos los ricos; pero tampoco se encuentran pordioseros. El que más y el que menos gana lo bastante para vivir. Además, los navarros son muy altivos, y la limosna siempre humilla al que la recibe.

Nuestro amable interlocutor nos habló también de la riqueza pecuaria del valle, de las aguas sulfurosas que brotan cerca de Ochagavía, y que bien explotadas podrían competir con otros renombrados manantiales; y, por último, de las fiestas que se celebran en el pueblo. Entre éstas me pareció muy curiosa la *corrida de la torta*. Después de celebrada una boda, dos mozos, uno en representación de la novia, y otro elegido entre los jóvenes del pueblo, salen corrien-

do, cogidos de las manos, en dirección á la susodicha torta, colocada como meta en el lugar que sirve de término á la carrera. Luego, á una voz de los padrinos, los jóvenes se sueltan y corren á porfía para conquistar el premio.

Aunque el representante de la novia sea menos veloz que su adversario, éste se finge vencido; el *paladín* de la desposada coge la torta y se la entrega á la novia, que la reparte en menudos trozos entre los convidados.

En estas pláticas pasamos muy agradablemente la velada, hasta que sonaron en un reloj lejano las doce campanadas de la media noche.

VI

El cerro de Musquilda.—Inconvenientes de viajar sin cédula.—El monte de Santa Bárbara.—Roncaleses y roncalesas.—Una boda en Iroba.

Tenía razón el médico de Ochagavía. Desde la ermita que corona la cumbre del cerro de Musquilda descúbrese un bello y extenso panorama. Lejos, formando un dilatado arco, los montes Abodí, el pico de Orli, los puertos de Sarran y Ourdate, que ya ostentaban en sus cimas la blancura de las primeras nieves; más cerca elevadas y verdes colinas, por entre las cuales el Salazar arrastra su raídosa corriente, y aquí y allá risueños caseríos, solitarios *bordas*, blancos molinos, cuyos muros se entreven en el fondo de frondosas alamedas. Sobre los montes lejanos se agrupan escuadrones de nubes semejantes á rebaños de una fauna gigantesca, que descansan, como fatigados tras de larga marcha, en las enriscadas cumbres.

Largo rato permanecimos contemplando desde la explanada de la ermita el dilatado paisaje que teníamos ante los ojos, gozando de la soledad solemne que reinaba allí, y respirando con placer el aire puro, fresco y perfumado que los montes vecinos nos enviaban. El sol, que brillaba en lo más alto del cielo, nos hizo recordar que era ya hora de nuestro regreso al pueblo. Con pena nos alejamos de la ermita, y salvando brezos y asperezas nos dirigimos á Ochagavía.

Una vez en el pueblo no quisimos dejarlo sin dar un vistazo á la iglesia, templo ojival, cuya antigüedad se remonta al siglo XIII, y en cuyo interior, tétrico y sombrío distínguese, herido por las luces de lámparas vacilantes, el pálido reflejo de los adornos que decoran los churriguerescos retablos. Al salir del templo llamó nuestra atención un rosario colgado de la puerta.

—¿Qué significa eso?—preguntamos á un hombre que, en compañía de otros, paseaba por el atrio cubierto de la iglesia.

—Hay costumbre—nos dijo—de exponer en este sitio los objetos que se pierden, á fin de que puedan recobrarlos sus dueños.

—¿Y no se los llevan los rateros?

—Aquí no los hay... Aunque se pusiera

en este sitio un bolsillo lleno de oro, nadie lo tocaría.

—Vamos—pensé yo—lo mismo que en Madrid.

*
* *

A las dos de la tarde, montamos mi amigo y yo en sendos mulos, y, guiados por el patrón de nuestra posada, emprendíamos el camino del Roncal, cuando al cruzar el río por uno de los puentes, nos atajó el paso un carabinero, diciéndonos:

—¿Á dónde van ustedes?

Intenciones tuve de contestarle:—¿Y á usted qué le importa?—Pero al pensar que la pregunta del soldado obedecía á órdenes superiores que él recibía y que no tenía más remedio que cumplir.

—Vamos al Roncal—le contesté.

—¿Y á qué van ustedes al Roncal?

—Hombre... Á visitarlo...

—¡Á visitarlo!... ¡Hum! ¡Á ver, las cédulas!

Saqué mi cartera, la examiné escrupulosamente, me registré los bolsillos, y, consternado, eché de ver que se me había extraviado tan importante documento.

—¡La he perdido!—dije todo sofocado.

—Venga usted conmigo.

—Diré á usted...

—Á mí nada tiene que decirme. Yo cumplo con mi obligación deteniendo á usted y dando parte al teniente,—y echó á andar, llevando mi mulo cogido por la cabezada.

Confieso que al ver la actitud del carabinierno no me llegaba la camisa al cuerpo. Si el teniente era tan implacable como su subordinado, ¡pobre de mí! Capaz sería de meterme en la cárcel, dando fin á mi excursión con tan inesperado desenlace.

Algunos vecinos que habían asistido á la anterior escena nos seguían, mirándonos con impertinente curiosidad. La voz de mi *detención*, sin duda, corrió bien pronto, por que fué lo cierto que, al llegar á la puerta de la casa donde se hospedaba el teniente, estaba ya ante ella reunido medio pueblo, haciendo comentarios acerca de mi persona.

Pasó un cuarto de hora, y salió de la casa un cabo de carabineros, que encarándose conmigo, me dijo:

—Sígame usted.

Me bajé del mulo y eché á andar detrás del carabinierno. Por fortuna, el teniente y el Alcalde me recibieron con suma amabilidad, haciéndome saber que la conducta del soldado había obedecido á las órdenes del Gobernador de la provincia, quien, según

parece, tenía noticias de la llegada á la frontera de cierto peligroso anarquista.

El temor y la contrariedad que yo sentía debieron de prestarme gran elocuencia, porque tanto la autoridad civil como la militar de Ochagavía quedaron plenamente convencidas de mi inocencia, y me pidieron mil perdones por haber interrumpido nuestra marcha. Hicímonos mil corteses ofrecimientos, y acompañado del teniente salí de aquella casa, que me había parecido antes sala de la cárcel.

No sin cierta arrogancia cabalgué nuevamente y crucé, al gallardo trote de mi mulo, por en medio de los grupos de curiosos.

*
* *

Cuatro horas, bien contadas, de mal camino, hubo de costarnos llegar á la cumbre de la montaña de Santa Bárbara, una de las alturas más elevadas que forman el valle del Roncal. Maravillados quedamos ante la imponente majestad del paisaje que se desplegaba ante nuestra vista: el camino que habíamos seguido, desolado, triste, al borde siempre de sombríos barrancos, desemboca en una extensa planicie, poblada de troncos secos, respetados aún por el leñador, verda-

deros esqueletos de árboles en atormentadas actitudes, que alzan al cielo sus brazos mutilados, no sé si coléricos ó suplicantes.

Parecía aquella meseta el *bosque humano* que vió Dante en su viaje por la ciudad doliente.

Desde allí descúbrese una gran parte del valle del Roncal.

Todo contribuía á embellecer el paisaje y á engrandecer la emoción que su presencia nos causaba. Las sombras precursoras de la noche invadían las cañadas, y aún los rayos del sol poniente doraban los picos de los montes. Parecía que el astro, como amante á quien le es forzoso separarse de su amada, prolongaba su beso de despedida. En los tupidos bosques que cubrían las laderas de las montañas, reinaba solemne silencio; por los claros de las selvas, tapizados de finísima yerba, caminaban los rebaños en largas filas, custodiados por grandes perros de ganado y seguidos por ágiles pastores; en las quiebras de los cerros comenzaban á brillar hogueras, cuyo resplandor iba en aumento á medida que la noche avanzaba. De lo hondo del valle subía hasta nosotros el murmullo confuso del Ezca, en cuya orilla columbrábanse las casas de Isaba, agrupadas en torno de la iglesia de San Ciprián, cuyas campa-

nas en aquel momento tocaban el *Angelus*. Reinaba allí una paz tan solemne, una tan honda y suave serenidad, que detuvimos nuestras cabalgaduras y nos quedamos extasiados contemplando aquella hermosura, templo erigido á Dios por el arte de la Naturaleza, y cuyos pilares eran altísimas montañas, cuya bóveda era el azul del cielo y en cuyo ámbito se adivinaba la presencia de algo sobrenatural que parecía flotar en la atmósfera, perfumada por el ambiente de los bosques.

Más de hora y media tardamos en bajar desde lo alto de Santa Bárbara hasta la orilla del Ezca. Ya en el valle salvamos el río por un puente de piedra, y pocos momentos después entrábamos en el ancho portal de la posada.

Nuestra llegada debió de ser de gran efecto para las gentes del mesón. Todos los habitantes de él acudían y nos contemplaban con expresión de desconfianza. Nos tomaban sin duda, por algo malo... Comisionados de apremio por lo menos. Encaramados en nuestros mulos en medio de aquel concurso, ni se nos negaba el hospedaje ni se nos daba hospitalidad. Mi compañero entonces, siempre en su cabalgadura, dirigió al auditorio una enérgica alocución de tonos tan persuasivos, que la posadera, toda

asustada, exclamó saliendo del grupo y dirigiéndose á nosotros:

—Bajen ustedes, no les faltará aquí una pobreza.

No nos hicimos repetir la invitación, y como estábamos entumecidos por el frío de la noche, fué nuestro primer cuidado buscar la cocina, en cuyo hogar ardía un buen brazado de leña. En derredor del fuego había hasta media docena de hombres vestidos con el pintoresco traje del Roncal: abarcas sujetas á las pantorrillas por correas entrecruzadas, como las que usan los pastores de la campiña romana, amplios bombachos, faja morada un poco caída, al hombro chaqueta blanca ó roja y en la cabeza redondo sombrero. Los hombres hablaban entre sí en lengua castellana; pero las mujeres, que cocineaban afanosas, se comunicaban en lenguaje vascongado. He leído, no sé en dónde, que esta diferencia de idioma entre hombres y mujeres (uso que se advierte en las tribus salvajes, principalmente en Australia) proviene de la costumbre de buscar las esposas fuera del país natal.

*
* *

Es verdaderamente interesante la especie de federación que forman los siete pue-

blor roncaleses: Ustarroz, Isaba, Urzainqui, Garde, Vidangoz, Burgui y Roncal. Ninguna de estas villas puede considerarse como cabeza de las otras; todas son iguales, con los mismos derechos y con idéntica participación en las cuestiones que interesan á la colectividad. Sus asuntos administrativos y económicos, tales como el reparto de los prados, corta de maderas, laboreo y roturación de montes, resúelvense por mayoría de votos en las juntas llamadas de *tabla*, que se verifican en el Roncal. El pastoreo (en el valle hay más de cien mil cabezas de ganado), la elaboración de quesos, el comercio de maderas, que se hace llevándolas á flote por el río, y el contrabando, son las principales ocupaciones de los habitantes del valle.

Las mujeres, á pesar de sus finas y delicadas facciones y de su aspecto de colegialas, á causa principalmente de su vestido (falda corta, jubón con descote cuadrado y trenzas colgando), son hembras de rompe y rasga, muy capaces, cuando el caso llega, de ayudar á sus maridos en las peligrosas empresas del contrabando. La leyenda, casi siempre más verdadera que la misma historia, es buena prueba de lo que acabo de decir. Refiere una antigua tradición, falsa en los pormenores, pero cierta quizá en lo principal, que al regresar Abderramán I de

una expedición no muy afortunada del otro lado del Pirineo, hubo de meterse con todo su ejército por las estrechas gargantas de aquellos montes. En mal hora puso el pie en el valle: los roncaleses, como sus hermanos los vascos de Roncesvalles, parapetados en las asperezas de las montañas, cayeron sobre los musulmanes é hicieron en ellos espantosa carnicería. Sigue contando la susodicha tradición que, cogido prisionero Abderramán, llevábanlo, muy entusiasmados por su presa los esforzados montañeses, cuando una hembra del valle, que tenía sin duda muy poco del eterno femenino, arremetió contra el infortunado monarca y le atravesó de parte á parte con un venablo.

Todo el mundo sabe que el fundador de la dinastía omniada en España, murió de muerte natural en Córdoba; pero ¿no es verosímil que alguno de sus caudillos, en nombre del soberano pudiera sufrirla desastrosa suerte que la tradición atribuye al ilustre vástago de los Omeyas? Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la villa de Roncal tiene por escudo, desde remotos tiempos, un río con su puente y sobre él una cabeza de moro chorreando sangre.

La iglesia de Isaba, consagrada á San Ciprián, ofrece por la parte exterior aspecto de formidable fortaleza. La torre, particularmente, pregona con sus altos muros de piedra, ennegrecida por el tiempo y sus ventanas estrechas como saeteras, cuál fué el objeto que para su construcción se tuvo en cuenta.

Cuando entré en el templo me sorprendió agradablemente un interesante espectáculo: se celebraba una boda. Los novios, enlazados por el yugo, estaban hincados de rodillas en el ara del altar; el ténue resplandor de las luces arrancaba de cuando en cuando fugitivos fulgores de los dorados que adornaban la casulla del oficiante.

A uno y otro lado de los novios había dos hombres vestidos con extraño traje, que recordaba algo el de los alguaciles del siglo XVII: calzón ancho, capotillo y blanca valona. Terminada la misa, la novia, muy guapa, con los ojos bajos y la expresión de modestía que el caso requería, y el novio muy ufano, se dirigieron, seguidos de numeroso cortejo, hacia la sacristía. Delante de ellos, uno de los *alguacilillos* llevaba una torta colocada en una gran bandeja.

Al ver pasar á los desposados, no pude menos de fantasear la historia de aquel enlace, del cual acababa de ser testigo: las

primeras palabras de amor cambiadas en la plaza del pueblo, en un día de fiesta, mientras mozas y mozos bailan al son del tamboril y la *chirola*: los rústicos, pero suaves coloquios, al borde de la fuente que brota entre las peñas á la sombra de los altos fresnos; y más tarde, cuando el consentimiento diera *carácter oficial* á estos amores, las veladas junto al fuego del ancho hogar, haciendo cálculos para el risueño porvenir...

¡Que Dios los haga felices! exclamé, mientras salía de la iglesia y contemplaba el alegre cortejo que, con risas y algazara, desapareció por una tortuosa callejuela.

VII

En el pueblo de Roncal.—Recuerdos de Gayarre.—El sepulcro del gran tenor.—¿Para qué?

Pocos lugares hay en España que puedan competir en belleza con el valle del Roncal. Parajes semejantes á este rincón del Pirineo fueron, sin duda, los que disfrutó la humanidad en los siglos de oro. Todo infunde allí tranquilidad al corazón; todo inspira graves pensamientos á la inteligencia y poéticos sueños á la fantasía. La naturaleza, artista supremo, se ha complacido en reunir en aquel reducido espacio sus más escogidas bellezas: montes cuyas cimas se confunden con las nubes, tanto, que es imposible discernir donde empieza el cielo y donde acaba la montaña; aterciopeladas praderas festoneadas de silvestres florecillas; bosques umbrosos, cuyos retorcidos

senderos parecen abiertos entre los árboles por alguna deidad protectora de los enamorados; ríos que son primero torrentes impetuosos, y que al llegar al fondo del valle forman, ya apacibles remansos, ya espumosos remolinos; blancos caseríos, semejantes á dispersa bandada de palomas, las cuales se hubieran esparcido caprichosamente por las laderas; puentes rústicos que crujen bajo el paso de los pastores, y puentes de piedra revestidos de complicados encajes de plantas trepadoras.

Dan vida al conjunto rebaños de corderos que pastan en los verdes prados, pastores que en lo alto de las rocas se apoyan pensativos en sus gruesas cayadas, grupos de aldeanas que, llevando haces de heno en la cabeza, bajan cantando por los atajos de las montañas; viejos de aspecto patriarcal que dormitan á la puerta de su pobre, pero limpia borda, mientras descansa en sus rodillas la enorme cabeza de enorme mastín.

Quizá, y sin quizá, en las humildes casas del Roncal, como en los palacios de las grandes ciudades, tienen también sus madrigueras la envidia y la codicia. Hay de seguro, bajo aquellos rústicos techos, como entre los muros de los dorados alcázares, grandes dolores, odios y venganzas, todas

las miserias y ruindades que nunca abandonan á la humanidad; pero es innegable que el espectáculo de la naturaleza, las sanas costumbres de otros días, aún no adulteradas por nuestros flamantes progresos, la ausencia de violentos é insaciabiles apetitos que en las ciudades fomenta la moderna civilización, y la libertad de los bosques, que como alguien ha dicho hace á los hombres libres, contribuyen sucesivamente á purificar y ennoblecer la vida de los habitantes de aquellas montañas.

*
* *

El pueblo de Roncal, que da nombre á todo el valle, tiene, además del atractivo de su hermosa situación y el de sus pintorescas costumbres y antiguas tradiciones, el haber sido patria de Gayarre. Los roncaleses muestran hoy, acaso con menos orgullo del que cualquier otro pueblo sentiría, la humilde casa, poco ha restaurada, donde nació y pasó sus primeros años el gran cantante, una casita alta y blanca en medio de un verde y frondoso ramillete. ¡Cuántas veces, cuando su nombre era pronunciado con entusiasta admiración, cuando su voz arrebatava á los públicos más cultos de Europa, en las grandes noches de aplausos y

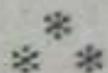
aclamaciones delirantes, pensaría el gran artista con piadoso enternecimiento en el ameno valle regado por el Egea, en sus ancianos padres, en su modesto hogar, en las sendas, trochas y espesuras de aquel rincón del mundo, perdido entre los pliegues de piedra de la cordillera pirenaica!

Cartas que desde San Petersburgo, Berlín ó Viena escribía Gayarre á su familia, y ésta guarda religiosamente, revelan con sencilla elocuencia el amor que el célebre cantante tenía á su tierra natal. Siempre hay en ellas frases de cariño para sus paisanos; siempre caritativas recomendaciones á favor de los pobres del valle. «Que no se olvide comprar para Fulano una manta; que se socorra á Zutano; que no le falte su cajetilla y su peseta al vecino...» En medio de su gloria, adulado por los poderosos de la tierra, el artista navarro sentía, cada vez anudados con más fuerza, los lazos que unían su corazón con sus compañeros y amigos de infancia y juventud.

Prueban también cuán constante y firme era este afecto las construcciones con que Gayarre dotó á su pueblo. Digno de Atenas es el Frontón edificado á sus expensas, y cuyo coste no baja de 80.000 duros. Aquel espacioso recinto, cerrado por altos muros de bien labrada piedra, solado de anchas lo-

sas, adornado con doble fila de árboles, construido sobre un sólido malecón en la margen derecha del río, sirve no solamente de juego de pelota, sino de cómodo y elegante paseo.

Al lado del Frontón están las Escuelas, vasto edificio que consta de un cuerpo central y dos alas: la fachada principal, al Mediodía, con grandes balcones, da á un extenso jardín en forma de terraza. Estas Escuelas serán en breve inauguradas, y en ellas se verá realizado el pensamiento de Gayarre, pensamiento que no se reducía á edificar un local exclusivamente dedicado á la primera enseñanza, sino á establecer, además, en el valle un centro de instrucción preparatoria para otros estudios, particularmente el del comercio. Por dolorosa experiencia propia sabía el gran tenor cuántos obstáculos embarazan el camino del que aspira á conquistar una posición ó un nombre, y quiso evitar, en lo posible, á sus paisanos las asperezas que él, pobre y sin apoyo, había tenido que salvar con su solo esfuerzo.



Un estrecho camino, que comienza en el pueblo y sigue paralelo á la margen del

río, termina en el cementerio de la villa. El camposanto del Roncal no se parece á ningún otro camposanto: es un corralón cercado por cuatro pobres tapias y con una sola entrada, cerrada con modesta verja de hierro. En la tierra removida de aquel lugar sagrado no hay lápidas, ni cruces, ni inscripciones; los que allí duermen parecen olvidados por los vivos. Nada tampoco de adornos: ni un ciprés, ni un sauce, ni un arbusto, ni una flor... Sólo algunas manchas de hierba en los húmedos rincones. En aquella tremenda democracia de la muerte no existen categorías, ni títulos, ni honores, ni nombres siquiera: todo es fosa común..., un pudridero, en el que se desmenuzan, confundidos, los huesos de los que un día poblaron el valle.

La tarde en que yo visité el camposanto no interrumpía una sola voz el silencio que reinaba dentro y en los alrededores del fúnebre recinto. La naturaleza hablaba allí bajo, como el hombre en la iglesia: cuantos rumores llegaban hasta el cementerio amortiguábanse en virtud de no sé qué misterioso respeto; ténue era el rumor del viento; confuso y débil el murmullo del río; quejumbrosos y como dolientes los trinos de las aves en las vecinas arboledas. En el centro del camposanto álzase la gradería de

mármol, en cuya meseta ha de colocarse la estatua de Gayarre: debajo, en espaciosa cripta subterránea, descansan los restos del gran cantor. Tan sólo un modesto sepulcro hace compañía á la sepultura del gran artista.

Contemplando aquellos mármoles solitarios, sentí que se levantaba en mi memoria el recuerdo de horas ya muy lejanas. Era en Octubre del año 77. Se cantaba *La Favorita*. En el último acto, Gayarre, vestido con hábito monacal, cruzados los brazos sobre el pecho y los ojos en extático arrobamiento, avanzó pausadamente hasta la batería del escenario y cantó la célebre romanza *Spirto gentil*. Aquello fué un asombro: su voz expresaba con incomparable delicadeza todos los matices del sentimiento y todas las gradaciones de la pasión. Recuerdos melancólicos, hondas tristezas, anhelos infinitos, fervientes plegarias, ecos fugitivos de disipadas alegrías y desvanecidas esperanzas; cuanto de más íntimo é inefable guarda en sus recónditos senos el corazón humano, vibraba en la voz argentina del gran cantante. Desde las primeras notas el público se sintió subyugado. ¿Eran humanos aquellos acentos? Y la multitud que llenaba el teatro Real escuchaba el cántico silenciosa, extática, arrobada... Cuando la voz cesó,

hizo retemblar la sala una formidable tempestad de aplausos, de aclamaciones, de gritos delirantes... Los espectadores estaban en pie, las señoras agitaban los pañuelos, muchos hombres lloraban. Todos sentían ese estremecimiento de la médula, ese «frío por la espalda» de que habla el poeta, y que es como la sacudida con que el cuerpo responde á las grandes emociones. El público no era, en aquel momento, un agregado de individuos; era un ser único, con un solo corazón y una sola inteligencia...

Después recordé la lúgubre tarde de Enero en que una multitud, silenciosa y triste, se agrupaba, azotada por la lluvia, ante el pórtico de nuestro gran teatro lírico. En un carro fúnebre, cuyas coronas agitaba y descomponía el viento, descansaba el ataúd que contenía los restos de Gayarre. La orquesta, colocada en el atrio del edificio, tocó el preludio del cuarto acto de la ópera de Donizetti. Al llegar á la famosa romanza, rompióse bruscamente la melodía: sintióse entonces pasar sobre la multitud el aleteo de la muerte. La súbita interrupción parecía algo así como el desgarramiento de la vida del artista, como el golpe brutal de la implacable guadaña.

Hoy, de las pasadas grandezas solamente queda aquel mármol, cuya frialdad es un

símbolo. ¡Triste destino el del actor! A sus efímeros triunfos pueden aplicarse los versos del autor de *La vida es sueño*:

... El aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas lo convierte
la muerte...

¡Gloria de un momento! ¡Luz de relámpago, viva, deslumbradora... pero que se extingue tan pronto como se enciende!...

*
* *
*

Cuando, bajo la influencia de estos pensamientos y del melancólico cuadro que acabábamos de contemplar, volvimos á la villa, la dueña de la posada, una viejecilla vestida de luto, nos preguntó:

—¿Vienen ustedes del cementerio?

—Sí—le contesté.—He observado que allí no hay lápidas, ni coronas, ni inscripciones, ni flores...

—¿Y todo eso, para qué?

¡Oh! Tenía razón la anciana roncalesa.
¿Para qué?

VIII

Al romper el día.—El desfiladero de Burgui.—El tributo de las tres vacas.—La venta de Carrica.

Empezaba á amanecer cuando, saliendo del Roncal, caminábamos hacia el desfiladero de Burgui, á fin de llegar á buena hora á la venta de Carrica, situada en la carretera de Jaca, y tomar allí el coche que á las dos de la tarde pasa en dirección de aquella histórica ciudad. También habíamos sufrido en El Roncal persecuciones *por la justicia*. Quiero decir que allí, como en Ochagavía, el alcalde del pueblo y el teniente de la Guardia civil nos habían sometido á un minucioso interrogatorio, del cual salimos, afortunadamente, sin más contrariedad que la de tener que contestar á las preguntas que durante media hora nos dirigieron aquellas autoridades, á la verdad muy amables y corteses.

Por su parte, la gente del pueblo nos miraba con desconfianza: no podía comprender que solamente por el gusto de viajar anduviéramos subiendo y bajando montes y atravesando peligrosos desfiladeros. Nuestro mismo guía, mocetón como un castillo, debía de estar algo *escamado* con nosotros, á juzgar por sus reticencias y ambiguas contestaciones.

Como antes he dicho, despuntaba el día; comenzaba el sol á dorar los altos picachos, y aún envolvían las sombras nuestro camino. La atmósfera era tibia y estaba embalsamada por los olores de las plantas silvestres; por el cielo huía, ante la luz cada vez más viva del sol, un atropellado ejército de nubes. Era tan puro el aire, tan alegre la montaña, tan hermoso el despertar de la naturaleza, que, tanto mi compañero como yo sentimos ese gozo intenso, ese placer de vivir que nunca ó rarísima vez se experimenta en las grandes ciudades.

¡Qué diferencia entre este amanecer y aquellos otros que, á causa de mi profesión, he contemplado mil veces en Madrid! Después de una noche de trabajo, cansado el cuerpo y fatigado el espíritu, ¿quién tiene humor para recrearse en la contemplación de la alborada?... ¡Y qué alboradas las de la villa y corte! Un cielo amarillento, faroles

cuyas luces temblorosas luchan con la lívida claridad del crepúsculo, carros de limpieza que recuerdan al transeunte el *pulvis eris*, juerguistas que salen dando traspiés de las tabernas en que han pasado la noche, golfos que se desperezan, abandonada su improvisada cama en el quicio de algún antiguo caserón; albañiles de rostro desencajado, que con su saquito colgado de la muñeca, van apresuradamente á su trabajo... Créanme los afortunados para quienes el día empieza á la una de la tarde: las madrugadas de Madrid son poco peéticas.

*
* *

Al cabo de una hora de camino entramos en el desfiladero de Burgui, estrecho callejón formado por dos ásperos montes, que me hizo pensar en aquel estrecho que, según la fábula de los argonautas, se cerraba repentinamente, aplastando á los navegantes. En el fondo del barranco corre encajonado el Egea. La senda que seguíamos, á media ladera de una de aquellas sombrías montañas, es una cornisa que no tendrá medio metro de anchura; al paso de nuestros mulos se desprendían algunas piedras, que caían con gran estruendo en el río. A veces nos cruzábamos con arrieros cuyas caballerías

llevaban grandes serones de mimbres que interceptaban el camino. Era un verdadero problema pasar ó dejar paso.

Cuatro ó cinco kilómetros tiene el desfiladero, en cuya parte media está la línea divisoria de Navarra y Aragón. Al fin de la garganta la senda baja hasta el nivel del río, en cuya orilla varias almadías esperan la crecida del Egea para ser conducidas al Aragón y de este río al Ebro.

Hasta que salimos del desfiladero, nuestro guía permaneció silencioso; después, un buen trago de aguardiente de Escatrón le desató la lengua, y, entre otros muchos relatos, nos dió cuenta de la siguiente costumbre, que desde tiempo inmemorial practican los roncaleses.

—Puesto que ustedes han venido por estos andurriales solamente por ver cosas, mejor habría sido que hubiesen hecho ustedes su viaje á mediados de Julio.

—¿Por qué entonces?

—Porque el día 13 de ese mes se celebra aquí una fiesta que es de mucha honra para el Roncal y de gran vergüenza para los franceses.

—¿Y qué fiesta es esa?

—Pues verán ustedes. El día 13 de Julio van al puerto de Hernaz, que está entre Navarra y Francia, los alcaldes de Isaba,

Roncá, Ustarroz, Urzainqui y Garde, acompañados de muchos hombres del valle, con escopetas y llevando delante una gran bandera encarnada. Al llegar á lo alto del puerto disparan sus armas, y á poco, desarmados, tremolando una bandera blanca y muy humildes, se presentan los alcaldes del valle de Baretons seguidos de mucha gente de aquellos pueblos. Luego hacen varias ceremonias de gran vergüenza para los franceses, y éstos entregan como tributo tres vacas, que tienen que ser sanas y fuertes.

—¿Y esa costumbre de qué proviene?

—¡Toma! de batallas que ganaron en otro tiempo los roncaleses.

*
* *

El relato de nuestro guía era verdadero, aunque incompleto. En el puerto de Hernaz, no solamente se verifica aquella extraña ceremonia, sino que, bajo la presidencia del alcalde de Isaba, «se saldan todas las cuentas, se zanján todas las cuestiones ocurridas durante el año sobre prendimientos de ganados de una y otra parte, y acerca de las disputas promovidas entre pastores ú otros cualesquiera vecinos de uno y de otro valle; allí, por último, se nombran y juramentan

los guardas baretonenses y roncaleses que durante el año han de mantener la vigilancia y custodia de los respectivos límites.» Las luchas entre los dos pueblos fueron muy enconadas en la Edad Media y se exacerbaron en el siglo XIV.

Fué el caso como sigue:

Parece (así lo dice D. Pedro Madrazo después de haber examinado un *interesante papel* que relata el origen de aquel tributo), «que allá en tiempos antiguos hubo grandes reyertas entre baretonenses y roncaleses, reyertas que serían sin duda por cuestiones de pastos y de aguas».

En lo alto del puerto de Hernaz brota una fuente, cuya posesión pretendían ambos valles. Cierta día acudieron á abreviar sus ganados en la susodicha fuente Pedro Carrica, vecino de Isaba, y Pedro de Sansoler, vecino de Baretons. Los dos hombres se enredaron de palabras y acabaron por pelear furiosamente, quedando muerto en el campo el pastor francés.

Los baretonenses juraron tomar venganza, y un grupo de ellos, capitaneado por Juan Sansoler, primo del muerto, se dirigió al sitio á donde Carrica solía llevar sus ganados. No estaba allí el pastor navarro, pero sí su mujer, Antonia Garde, con un niño de corta edad.

Los de Baretons, con horrible ferocidad, dieron muerte á la infeliz mujer, le abrieron el vientre, y con los intestinos de la víctima ahorcaron de un árbol al inocente pequeñuelo.

El valle entero del Roncal, al tener noticia del bárbaro crimen, ardió en deseos de exterminar á los baretonenses. Pedro Carrica quiso tomarse la justicia por su mano, y acompañado de sus parientes dirigióse por secretos caminos, y valiéndose de las sombras de la noche, al pueblo de Arete, uno de los que forman el valle de Baretons.

Muy descuidados hallábanse Sansoler, sus deudos y amigos celebrando el bautizo de un hijo de aquél, cuando Carrica, asaltando la casa donde la fiesta se celebraba, penetró, sembrando en ella el espanto y la muerte. Más generoso que su rival, perdonó á la mujer de Sansoler; pero este pagó con la vida su inícuo crimen.

Satisfecha ya su venganza, volvíase Carrica con los suyos, cuando los vecinos de Garde, que se habían apostado en un desfiladero, por donde forzosamente habían de retirarse los del Roncal, cayeron sobre ellos y degollaron á veinticinco.

Este hecho y varios semejantes encendieron de tal modo los odios entre unos y otros montañeses, que no pasaba día sin crueles

violencias, refriegas sangrientas y espantosos degüellos. Para poner paz entre tan furiosos bandos, intervinieron el Rey de Navarra Carlos II y el Príncipe Gaston de Bearn, y hubo varias juntas y consultas entre los próceres navarros y franceses. Todo inútil. Las matanzas se sucedían cada vez con mayor ferocidad, y hasta se dió el caso de que en una sola refriega perecieran 200 baretonenses y 53 vecinos del Roncal.

Los pueblos inmediatos, horrorizados ante tales hechos, determinaron poner paz, y el valle de Ansó logró que los dos bandos rivales aceptaran sus buenos oficios. Tras de muchas conferencias, los ansotanos sentenciaron que los baretonenses pagasen el tributo de las tres vacas, establecido desde tiempo inmemorial, que la fuente origen de tantas desdichas, fuese propiedad de los roncaleses, y que se olvidasen los mutuos agravios. Desde aquel tiempo no se ha roto la amistad entre los dos valles, ni ha dejado de pagarse el tributo.

*
* *

Seis horas llevábamos de camino, cuando alcanzamos á ver la cinta blanca de la carretera, y á orilla de ella la venta de Carrica, nombre que quizás traiga su origen del

fiero roncalés de que he hablado más arriba.

No tomamos la tal venta por castillo, ni á la posadera por orgullosa castellana, ni por gentil doncella á la Maritornes; pero tan deseosos íbamos de descanso y tanto apetito sentíamos, que á mí me pareció la posada, á pesar de su aspecto no muy limpio, de los pollos que á la puerta picoteaban en un montón de estiércol, y de dos cerdos rojizos que se revolcaban en un lodozal, me pareció, digo, elegante hotel, *confortable*, limpio y bien servido: que tanto puede un estómago que tiene hambre!

IX

Jaca.—Su campiña. - Patriotismo aragonés.—La ermita de Nuestra Señora de la Victoria.—La Catedral.

La ciudad de Jaca está ceñida por un cinturón de murallas. Á causa de ellas, la población vive con poco desahogo; las calles son estrechas, y las casas tienen pequeña fachada. Muchos edificios, en la forma ojival de sus ventanas y portales y en el color negruzco de sus piedras, dan fe de su venerable antigüedad. Por seis puertas se entra en el recinto amurallado, cerca del cual, por la parte del Poniente, la defiende, ó, mejor dicho, la defendía, una ciudadela de recios muros, empezada á construir por Felipe II y terminada por Felipe III. Al Norte, sobre un elevado cerro, guarda el camino de Canfranc un castillo de construcción moderna, que, según afirman los intelligen-

tes, asegura la frontera de cualquier invasión por aquella parte del Pirineo.

Esta fortaleza, que sólo puede ver desde lejos, porque la entrada en ella está terminantemente prohibida, y la orden que así lo establece no se quebranta por nada ni por nadie, parece agazapada entre los riscos del monte. La estrategia moderna se cuida poco de la estética: aquellos castillos de elegantes almenas y esbeltas torres ya no sirven para otra cosa que para hacer soñar á los poetas. Las fortalezas que ahora se construyen, ocultas bajo tierra, sólo dejan asomar por negros agujeros, que parecen aberturas naturales de la montaña, las bocas amenazadoras de los cañones. Estos formidables monstruos hacen blancos de asombrosa precisión á una distancia de ¡ocho mil metros!...

El Gas y el Aragón riegan la extensa y fértil campiña de Jaca, que, si no tiene hermosos paseos, como asegura inexactamente la *Guía*, de Joanne, posee, en cambio, fructíferas y bien cuidadas huertas. Ancha circunferencia de montañas rodea los campos jacetanos, destacándose entre ellos Peña Collorada, y no *Colorada*, como dice la citada *Guía*, Peña de Urüel y Peña de San Juan.

Á unos dos kilómetros de la ciudad aso-

man, por encima de los bordes de una hondonada, los blancos muros de la estación del ferrocarril. La vía, que sabe Dios cuándo unirá á Aragón con Francia por la parte del Canfranc, se interrumpe á corta distancia de la estación.

En Jaca domina el elemento militar: á todas horas y en todas partes redobles de tambores y toques de cornetas, voces de mando y el uno, dos..., uno, dos... de los reclutas, que hacen el ejercicio en los glasis de la ciudadela.

*
* *

Entre los tipos curiosos que he conocido en Jaca merece particular mención un viejo de ochenta años, enjuto como un sarmiento seco, fuerte como un roble y sano como una manzana. A juzgar por la ligereza de sus movimientos, por el brillo de sus ojos y por lo enérgico de su acento, está para vivir todavía largos años. Es un carlista acérrimo, capaz de empuñar el fusil y de defender á tiro limpio al Rey absoluto. Según él, todos los males que España padece tienen por origen la expulsión de los frailes. Cuando ellos ocupaban el monasterio de San Juan y otros muchos que poblaban aquella región, Jaca, su campiña y sus montes eran un verdade-

ro paraíso. Desde que los expulsaron todo se vuelve miseria, estrecheces y angustias... Así se explicaba.

Para aquel buen señor lo mejor del mundo es España, «aunque la tienen echada á perder los malos Gobiernos»; lo mejor de España Aragón, y lo mejor de Aragón, Jaca. Este patriotismo, muy sincero, pero un poco exagerado, no es una excepción en el pueblo aragonés. Uno de los hombres más ilustres de nuestro tiempo solía decir:

«Me ofendería quien supusiese que yo había nacido en España por mi gusto.»

Los aragoneses, por el contrario, si volvieran á nacer y les fuese dado elegir nueva patria, optarían por Aragón. «A Zaragoza ó al charco», como el baturro del cuento.

El viejo se entusiasmaba hablando del valor de sus paisanos.

—Más alma que los aragoneses no tiene nadie en el mundo—decía.—Y las mujeres son aquí tan valientes como los hombres. ¿Ustedes han venido por la carretera de Pamplona? Pues bien, junto al cementerio, á una media legua de Jaca, ¿han reparado ustedes en una capilla?... Bueno. Pues esa capilla es la de Nuestra Señora de la Victoria. ¿Saben ustedes por qué se llama así?

Pues porque en los campos que rodean la ermita, las mujeres de Jaca hicieron, en tiempos de cierto Conde que se llamaba Aznar, una verdadera hombrada. Los moros querían apoderarse de nuestra ciudad, y creyendo sorprenderla descuidada, muchos miles de ellos aparecieron una mañana por los cerros vecinos al camino que han traído ustedes. En cuanto los vieron los jacetanos salieron á esperarlos á campo raso... ¡Válgame Dios, qué de tajos, qué de reveses y de tiros!...

—¡Hombre!—dijo mi compañero interrumpiendo al narrador—eso de tiros... En tiempos del conde Aznar aún no se había inventado la pólvora.

—Pues sí, señor; tiros y cañonazos. Pregunte usted á cualquiera del pueblo y verá lo que le dice. Aquello parecía el fin del mundo. Pero como los nuestros eran pocos, aunque habían matado no se sabe cuantos cientos de enemigos, empezaron á aflojar y los moros á dar voces de victoria, porque ya se creían, como quien dice, dentro de Jaca. Pero cátrate que por las puertas de la ciudad comienzan á salir guerreros, y á todo correr se juntan con los primeros combatientes y la emprenden á trastazos con los musulmanes. Hubieran ustedes visto á aquellos perros rodar por los cerros, tirarse de cabeza

al río y pedir misericordia con desesperadas voces...

Y al decir estas cosas no parecía sino que el viejo aragonés había sido testigo presencial de la batalla, lo cual no era del todo inverosímil, á causa de su edad.

—De modo que las tropas que habían salido de Jaca...

—Eran, ni más ni menos, que mujeres, las cuales, vestidas de soldados, asustaron y derrotaron á los moros. En memoria de esta hazaña se celebra el primer viernes de Mayo de todos los años una romería, en la cual las mujeres figuran que combaten unas con otras.

*
* *

—¿Y qué hay aquí digno de verse?

El hombre me miró con asombro parecido al de un romano á quien en la capital del orbe católico se le dirigiese aquella pregunta.

—¡Digno de verse! ¡Pues si tenemos una catedral que como ella no hay otra en toda España! ¡Y la casa del conde de Belveder! ¡Y la del Ayuntamiento!... Dense ustedes una vuelta por la ciudad, y ya me dirán ustedes luego lo que es bueno.

Y el viejo se apartó de nosotros, derecho

como un huso y con la gentileza y contoneo de un mozo de veinticinco abriles.

Siguiendo su consejo, recorrimos la ciudad, que abunda en restos de muy diversas arquitecturas, y pusimos fin á nuestro paseo con una visita á la catedral. Dan entrada al templo, cuya construcción data nada menos que de la época de Ramiro I, fundador de la Monarquía aragonesa, dos puertas, una principal y lateral la otra, con sendos pórticos que, como la traza de la iglesia, pertenecen al estilo bizantino, y no gótico, como dice, equivocadamente también en esto, la *Guía* de Joanne.

En cuanto entramos en la catedral, saliónos al paso la más extraña y grotesca figura que el lector puede imaginar. Era un hombrecillo vestido con grasienta hopalandada *adornada* con lágrimas de cera.

En su cara redonda y lustrosa, no se veía rastro alguno de nariz. La naturaleza, al moldear aquel rostro, se olvidó de tan importante *apéndice*. Los ojos, redondos y reventones, brillaban como si el hombre tuviese una luz dentro del cráneo. Se deslizaba más que andaba por las oscuras naves del templo. ¿Era un ser humano, ó una de las monstruosas figuras que coronan los capiteles de las columnas, y que repentinamente animada venía á hacernos los honores de

la antiquísima fábrica? Después supe que aquella gárgola con sotana era ni más ni menos que un sacristán de la catedral. Se me dijo también, y lo consigno como hecho digno de notarse, aunque pertenece al orden privado, que aquel extraño personaje está casado con una real moza, lo que prueba que en Jaca, como en todas partes, más vale caer en gracia que ser gracioso.

—¿Quiéren ustedes ver la catedral?—nos preguntó con voz que tenía bastante semejanza con el ruido de una carraca.—Y sin esperar respuesta, con el tono enfático del chiquillo de Maese Pedro, empezó á mostrarnos las maravillas de la iglesia.

—Aquí verán ustedes un hermoso retablo de piedra, de estilo plateresco. Fíjense ustedes en ese Padre Eterno, copia del Moisés de Miguel Angel. ¡Qué perfección hasta en los más pequeños pormenores! Este otro retablo gótico es el de Santa Ana. Aquella capilla, también plateresca, es la de San Miguel. Aquí, en este otro lado, *tenemos* lo más notable de la catedral: el cuerpo de Santa Orosia, guardado en un arca y envuelto en ricas y delicadas telas.

En esos cuadros está la historia de la santa doncella. Era hija de los Duques de Bohemia, y desde su más tierna edad fué

dechado de todas las virtudes cristianas. Pidió su mano un Príncipe español, y cuando con muy lucida comitiva venía la joven á reunirse con su prometido, un tropel de moros, que estaban emboscados en las gargantas por donde había de pasar el cortejo, cayó sobre él y se apoderó de la desventurada doncella.

Los infieles, entonces, le prometieron respetar su vida si renegaba de su religión; pero Santa Orosia les contestó que antes sufriría mil muertes que abjurar de su fé. Irritados los moros con tal respuesta, cortaron á la santa las piernas y los brazos; y cuando hubo expirado á causa de tan bárbaro tormento, la enterraron en lo más espeso del monte Jebra... Fíjense ustedes ahora en ese otro cuadro. Aquella ciudad rodeada de murallas es Jaca; de ella sale, como ven ustedes, una procesión, con el obispo á la cabeza.... Aquel pastor viene á dar la noticia de que ha encontrado el cuerpo de la santa...

Por este estilo fué el elocuente sacristán haciendo á su manera la descripción é historia del monumento. Guiados é *ilustrados* por él, contemplamos la capilla mayor, que es moderna y de mal gusto: otras dos capillas góticas, y por una puerta perteneciente á la misma arquitectura entramos en el

claustro, en cuyos muros se leen borrosas inscripciones sepulcrales.

Terminada nuestra breve visita á la catedral, el sacristán, gozosísimo con la propina—muy bien ganada—con que habíamos premiado su elocuencia y sus servicios, nos acompañó hasta el atrio de la puerta principal, mostrándonos su agradecimiento con todo género de grotescas cortesías.

X

San Juan de la Peña.—El nuevo convento.—Origen del santuario.—El Monasterio viejo.—Idilio conyugal.

A dos leguas de Jaca, á la puerta de una venta miserable, cuya antesala era la cuadra, nos esperaba, á las ocho de la mañana, un mozo muy bien plantado, vestido á la aragonesa, y teniendo del ronzal dos mulos de ruin estampa y de más ruin aparejo. Nos encaramamos en las escuálidas bestias como Dios nos dió á entender, y con los piés colgando, porque pedir estribos hubiera sido pedir gollerías, dimos de talones á nuestras cabalgaduras, nos apartamos de la carretera y tomamos por un camino de herradura cortado á menudo por poco caudalosos arroyuelos.

El paso de nuestras caballerías solía espantar bandadas de grajos, que se alejaban

dando chillidos, protestando á su modo de nuestra importuna presencia en aquellos lugares.

Al cabo de una hora de camino la llanura se convierte en aspereza. La subida á la Peña es por extremo fatigosa; pero, en cambio, á medida que avanzábamos, el paisaje era cada vez más variado y majestuoso: ya nos internábamos en un espeso bosque, entre cuyas intrincadas ramas y lujuriosas hierbas sonaba solamente el zumbido de miriadas de insectos, ya bordeábamos profundo tajo cortado á pico, ya cruzábamos verdes praderas asombradas por robustas hayas ó seculares pinos. A veces nos encontrábamos con un torrente que bajaba despeñado de la cumbre y se precipitaba con estruendo en lo hondo, salpicándonos de espuma; otras, de los flancos de la senda por donde caminaban nuestros mulos echaba á volar un pajarillo asustado, que, al alejarse, dejaba temblando la débil rama en que estuvo parado.

En las paredes de los barrancos que lentamente íbamos dejando atrás, los árboles brotan primero horizontalmente, irguiéndose luego hacia lo alto, ansiosos de levantar sus copas al cielo.

Las vueltas y revueltas del camino nos ponían sucesivamente á la vista, ya la cam-

piña de Jaca, limitada al Norte por las cumbres del Pirineo, la Peña Collarada, en cuya puntiaguda cima una nube herida por el sol parecía un penacho de humo y llamas de un volcán, ya las vertientes salvajes de la Peña de Uruel, en cuyas ásperas alturas nació, al amparo de maravillosa cruz, el reino de Sobrarbe. Conforme nos elevábamos sobre la llanura, nos sentíamos más libres, más felices, más fuertes. Nos parecía que allá abajo, entre las nieblas cenicientas del valle, habíamos dejado las preocupaciones y cuidados de la vida.

De repente la subida cesa: lo alto de la Peña es una anchurosa meseta cubierta de césped y poblada de grandes árboles, casi todos mutilados por el rayo. Ocupa el centro de la planicie, rodeada de tapias, ó más bien murallas, el nuevo Monasterio de San Juan, empezado en 1675 y acabado en 1714.

* * *

Casi todo el edificio está en ruinas. Montones de escombros, entre los cuales brotan las ortigas, llenan los espaciosos patios; al través de la podrida armazón de los techos que cubren los largos corredores del Monasterio, se ve el cielo, y no es posible entrar en las celdas sin correr el riesgo de que

el suelo se hunda bajo los piés. Más triste es todavía el aspecto de la iglesia con sus resquebrajadas paredes, sus pinturas descoloridas, sus desmantelados retablos, sus altares polvorientos. La religión ha huído de allí, y el templo se desmorona como la sociedad cuando le falta la fé.

En la única parte habitable del edificio vive el guardián del convento, un joven con su mujer y tres hijos, uno de ellos de pecho. En medio de aquellas ruinas, y lejos del mundo, muéstranse contentos con su suerte: la envidia, el odio y la ambición no llegan hasta ellos.

Durante los meses de invierno su aislamiento es completo: la nieve los bloquea por todos lados. En el verano son frecuentes las tempestades: el huracán sacude y derriba los paredones cuarteados del convento, y los rayos desgajan los árboles. Los días apacibles y serenos son en todo tiempo muy raros en aquellas alturas.

*
* *
*

Mucho más imponente que el nuevo es el viejo convento, construido á unos 500 metros más abajo de la cumbre, en el hueco de enormísima peña, cuya bóveda está ennegrecida por el humo de varios incendios.

Desde los umbrales del Monasterio alcánzase á ver agreste paisaje, cubierto de enmarañados bosques y cortado por horribles precipicios.

La cueva en que, andando el tiempo, había de fundarse el convento, fué el asilo de un santo ermitaño llamado Juan de Atarés. Cazando un día por aquellas asperezas cierto joven mozárabe, de nombre Otón, encontróse de repente ante la boca de la cueva, y con gran asombro vió dentro de ella una pobre ermita dedicada á San Juan Bautista. «En el suelo—dice el Sr. Cuadrado—había un cadáver tendido, cuya venerable ancianidad y cuyo celestial reposo infundían consuelo en vez de horror, y cuya cabeza descansaba en una piedra triangular, donde una inscripción revelaba su nombre (Juan de Atarés) y su vida de ermitaño.» Tocado en el corazón el joven cazador al contemplar tales maravillas, resolvió y puso en práctica el despojarse de sus bienes y el hacer, en compañía de un hermano suyo llamado Félix, vida de penitente en aquellas austeras soledades.

La fama de santidad de los dos eremitas y de los que le sucedieron en la cueva, junto con la necesidad de encontrar un refugio contra las algaradas de los moros, atrajeron á las fragosidades de la peña gran

número de monjes, los cuales, á últimos del siglo X, adoptaron la regla de San Benito.

Desde esta época comienza el engrandecimiento del Monasterio. «Más de 60 de éstos—dice el citado escritor—que en número casi fabuloso poblaban las asperezas de Aragón y Navarra, fueron agregados por aquellos tiempos, con sus bienes y derechos, al convento de San Juan de la Peña, extendiéndose su jurisdicción abacial sobre 120 iglesias seculares; enriqueciéronle los reyes con reliquias y ofrendas para los altares, con tierras y pastos para sus ganados, con privilegios para las personas, á trueque de reposar á su muerte en aquel suelo predilecto, bajo el salvaje y grandioso dosel de la peña.»

*
* *

Honda y grave impresión causa en quien lo contempla aquel antiquísimo Monasterio, enclavado en la roca, y tras de cuyos agrietados paredones duermen en sus sepulcros reyes, magnates, monjes y prelados. Dentro del convento, á donde quiera que se dirija la vista, se encuentra alguna inscripción funeraria. Losas sepulcrales forman el pavimento de las capillas; cuajados de nichos están los muros, el pie de los altares,

los claustros, la cripta... Todo lo ha invadido la muerte.

En un rincón del atrio, bajo negra losa, duerme el último sueño, al amparo de la religión que le tuvo por enemigo, D. Pedro Pablo, Abarca de Bolea, conde de Aranda, el amigo de Voltaire, el encarnizado enemigo de los jesuitas, el fundador en España del Gran Oriente y el más escéptico, quizá, de nuestros compatriotas en el siglo XVIII.

En la sacristía del convento, que fué restaurada en tiempo de Carlos III, yacen los restos de muchos reyes y reinas de Aragón. Mármoles y jaspes, esculturas y primorosos relieves han sustituido al severo ornato de los antiguos enterramientos. Veintisiete hay de ellos guardadores de regias cenizas. Las leyendas medio fabulosas que van unidas á los nombres de los príncipes allí sepultados; lo exótico de algunos de aquéllos (Doña Enneca, Doña Tota, Doña Galinda, Doña Eximena...); lo remoto de los tiempos en que los que los llevaron vivieron; el recuerdo de sus hazañas, de sus virtudes, de sus triunfos ó sus desgracias..., todo habla á la fantasía, evocando ante ella cuadros confusos de sangrientos combates, de ostentosas ceremonias, de escenas de amor y de venganza.

Digna es de los reyes que allí reposan su grandiosa sepultura, abierta en el seno de la gigante peña y en la frontera misma de sus Estados, como si muertos aún quisieran vigilar la entrada de la tierra cuya defensa Dios les confiara.

Los sueños de la imaginación se agrandan al recorrer el patio bizantino del convento, cuyas columnas ostentan en sus capiteles, candorosamente labradas, escenas del Antiguo y Nuevo Testamento. Abrigatan hermosa arcada la ennegrecida bóveda de la cueva, y aumenta la belleza de aquel extraño lugar la capilla de San Voto, construída en el siglo XVII, y la preciosa de San Victorian, cuya puerta es una verdadera joya del arte gótico.

Se bajan unas desmoronadas y resbaladizas escaleras, y se penetra en oscuro y húmedo recinto; allí, en una cueva, yacen amontonados y confundidos los huesos de los monjes que vivieron y murieron en la santa casa. ¡Aquéllo sí que es la verdadera comunidad!

El guardián que nos acompaña introduce un brazo por la boca del calavernario, y saca un cráneo terroso, que contemplamos en silencio durante algunos instantes. Después lo arroja entre los demás huesos, y salimos de nuevo á la luz. Lo primero que

vieron mis ojos al salir de aquel antro fué una lápida hecha pedazos arrimada á un rincón tapizado de verdín, y en la cual pude leer, ante un nombre borroso, los epítetos de eximio, ilustre y egregio... No pude menos de pensar en la calavera que nuestro *cicerone* acababa de arrojar al pudriero, y el epitafio me pareció entonces un sangriento y burlesco epigrama.

* * *

Medio día era cuando salimos del Monasterio y comenzamos á subir la fragosa senda que une los dos conventos. Ya nos esperaba en la ancha cocina del nuevo, sano y sabroso almuerzo, preparado por la mujer del guardián. Mientras reparábamos nuestras fuerzas, entablamos conversación con nuestros huéspedes. Él, sentado cerca de la lumbre, acariciaba á dos de sus chiquillos, y la mujer daba de mamar al más pequeño, que acabó por quedarse dormido en los brazos de su madre.

—¿Qué gana usted?—pregunté al hombre.

—Muy poco: una peseta diaria.

—No es mucho.

—Además, una parte de lo que produce

la huerta es para nosotros. Por la noche trabajo en obras de carpintería.

—¿Y no echa usted de menos nada?

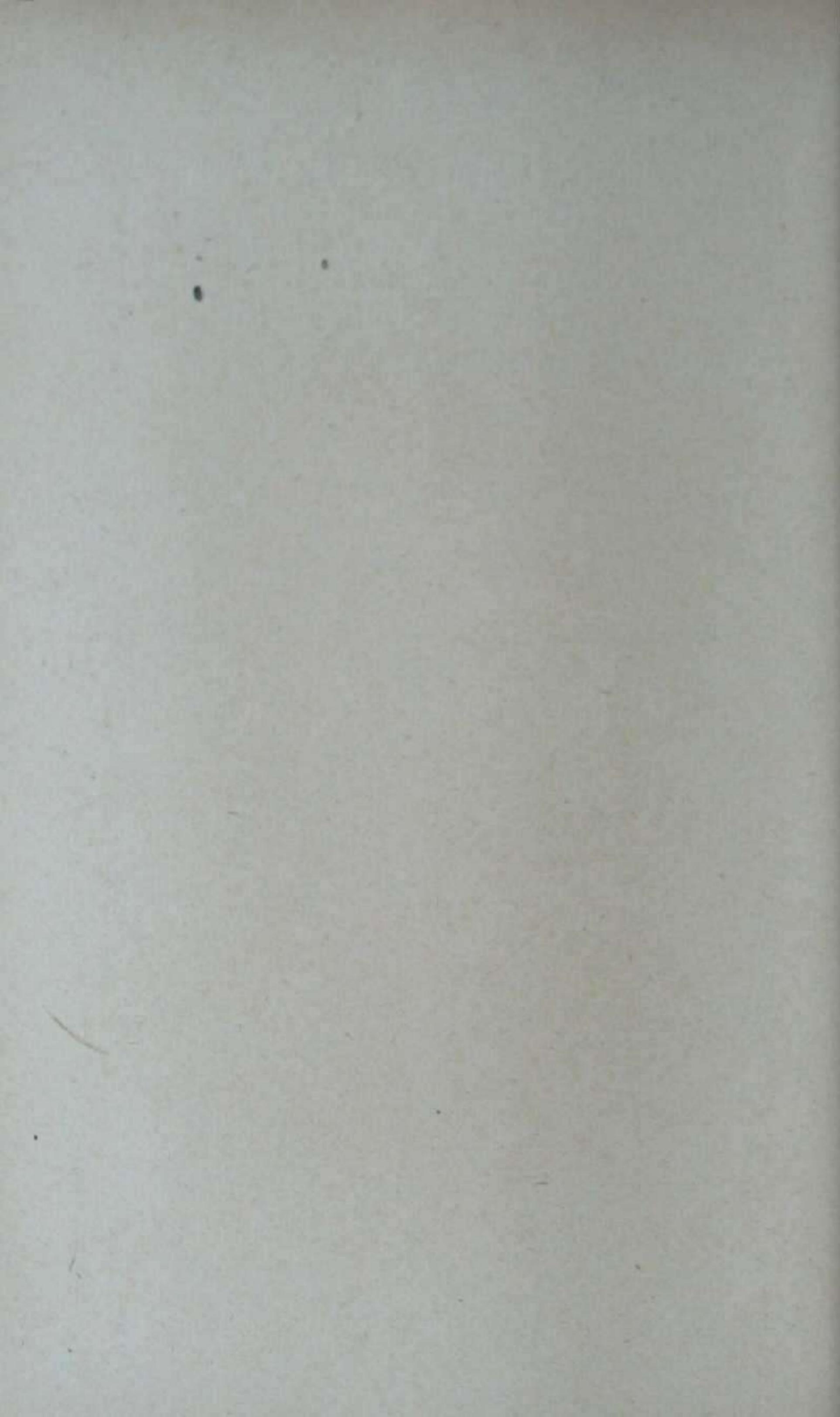
—Estamos ya acostumbrados á esta vida... En teniendo salud...

—Eso es lo principal—dijo la mujer.—Una noche, el invierno pasado, ese, el mayor de los niños, se puso muy malito. Le ardían las manos; la respiración era tan trabajosa que parecía que iba á ahogarse... —Yo voy á buscar al médico—dijo mi marido.—Pero hombre—le repliqué yo,—¿como quieres que suba hasta aquí?—Bueno, le diré como está el niño y me dará alguna medicina.

Salió y tardó más de tres horas en volver. Yo estaba arrepentida de haberle dejado marchar... Luego, la noche era tan temerosa y mi niño estaba tan malito... Ustedes no pueden figurarse como se pone el camino en el invierno... todo cubierto de nieve..., un ventarrón que á veces derriba á pedazos las torres del convento. En lo que éste estuvo fuera, yo rezaba, rezaba mucho para que á él no le sucediese nada y pusiera bueno á mi hijo. Y la Virgen me oyó, porque con la medicina que trajo mi marido, el niño se puso bueno... y ya le ve usted.

El chiquillo, en efecto, rebosaba salud

Oyendo este relato, que á mí me pareció interesante, acabamos de almorzar; poco después montábamos en nuestros mulos y nos alejábamos del Monasterio, en cuya puerta el guardián y su familia nos enviaban sus cariñosos saludos.



XI

El puerto de Canfranc.—En lo alto del Pirineo.—El valle de Aspe.—Camino de Olorón.—De Olorón á Pau.

Al galope de tres caballos partimos en el coche de Jaca, en dirección al pueblo de Canfranc. A la salida de la capital de la antigua monarquía aragonesa, el ganado, que no quería arrancar, dió un barquinazo á nuestro carruaje, que á punto estuvo de hacernos pasar á mejor vida á los *trece* viajeros que, como sardinas en banasta, ocupábamos el vehículo. El mayoral, furioso con sus caballerías, la emprendió á palo limpio con ellas, dirigiéndoles al propio tiempo un vehemente discurso, esmaltado de frases que hacían santiguarse á un clérigo que con nosotros caminaba. Gracias á los persuasivos argumentos del conductor, íbamos como alma que lleva el diablo por aquella carre-

tera que penetra, serpenteando, entre altísimas montañas.

Cuatro kilómetros antes de llegar al término de nuestro viaje, vimos plantado al borde del camino, con dos niñas, una á cada lado, y un montón de maletas delante, á un hombre de altísima estatura que, levantando los brazos y con desaforadas voces, gritaba:

—¡Alto el coche!

El carruaje se detuvo, y como la ley de la impenetrabilidad no reza con las diligencias, las dos niñas se incrustaron entre los viajeros del interior, y el hombre de los gritos se acomodó con nosotros en el pescante, reduciéndose y reduciéndonos maravillosamente de volumen.

¡Válgame Dios y lo que hablaba nuestro nuevo compañero!

Poco más de quince minutos disfrutamos de su amable compañía, y en tan breve espacio le sobró tiempo para contarnos *ce por be* toda su historia, y para referirnos prolijamente sus quebrantos y prosperidades, y hablarnos de su profesión, de su caudal, de sus viajes y hasta de sus proyectos para el porvenir.

Al llegar á Canfranc nos dió un apretón de manos horrible, nos ofreció su casa, sus servicios, se nos declaró afectísimo y segu-

ro amigo, y se alejó acompañado de las dos niñas y seguido de un hombre cargado de bultos y maletas.

* * *

El puerto del Canfranc, merced á su excelente carretera, es fácil de franquear durante los meses de verano. En invierno ya es otra cosa. En la estación de los grandes fríos, de tal modo intercepta la nieve los caminos, que solamente en mulos del país, y con muchas precauciones, se aventuran por él los habitantes de la montaña.

Desde Canfranc á Ordax, pueblo ya de Francia, no existe servicio fijo de coches. El viajero que necesita servirse de algún carruaje tiene que alquilarlo por su cuenta, lo que hace, por regla general, bastante caro el viaje. Al amanecer lo emprendimos nosotros, instalados, como de costumbre, en el pescante, lo que nos permitía disfrutar perfectamente del paisaje

El camino, oscuro y triste á causa de las altas montañas que le dan sombra, nos parecía más imponente y lóbrego á la luz, débil todavía, de la mañana. A poco de salir del pueblo vimos en lo alto de uno de los montes que forman el desfiladero llamado *Coll de Ladrones*, un castillo moderno, en

traza y construcción semejante al de Jaca. Los cañones de la fortaleza dominan, en una extensión considerable, los complicados lazos de la carretera.

Otros fuertes de menor importancia completan el sistema de fortificaciones en esta región del Pirineo. La vida de las tropas que los guarnecen, es sumamente penosa en el invierno. Meses enteros pasan sin que los soldados puedan comunicar con alma viviente, y ocasiones ha habido en que para llevarles provisiones ha sido menester organizar verdaderos convoyes, acompañados de más de cuarenta hombres, provistos de picos y de palas, á fin de abrirse paso al través de la nieve.

—De todos modos—me dijo un recluta con quien hablé durante una de las paradas que hizo nuestro coche á la puerta de uno de los ventorros del camino,—mejor estamos aquí que en Cuba.

No se parecía á los tristes días del invierno el día en que cruzamos nosotros aquellos montes. Después de una hora de camino brilló el sol en un cielo sin nubes. Los árboles lucían en sus hojas todos los matices del verde; las praderas estaban aljofaradas de gotas de rocío; en las hondonadas, los ganados, deshaciendo el compacto círculo que habían formado durante la noche, des-

filaban, bajo la custodia de perros y pastores, en busca de nuevos pastos, y sobre las cumbres volaban, trazando grandes círculos, las águilas reales.

El carruaje subía á buen paso la pendiente, y aunque el frío era intenso, respirábamos con gusto el aire puro que orea aquellas empinadas cumbres. De cuando en cuando resonaba, en los senos de los valles que íbamos dejando atrás, el estampido de los barrenos con que se arranca el mármol de las canteras que hay á uno y otro lado del camino. Delante de algunas casas situadas á los lados de la carretera, vimos grandes bloques de mármol ceniciento ó rosado. ¿Qué palacios habrían de adornar aquellas piedras, qué sepulcros habrían de cubrir, qué estatuas habrán de figurar? ¡Quién sabe cuál será su destino!



Conforme caminábamos, hubo de llamarme la atención la manera, por extremo cariñosa, con que el mayoral trataba á uno de los caballos que componían el tiro. Mientras que á los otros les atizaba cada palo que cantaba el credo, al predilecto le hablaba con la misma consideración con que hubie-

ra hablado á una persona respetable. ¿Por qué esa falta de equidad?

—¡Ah!—nos dijo sentenciosamente el mayoral, mozo muy avisado y decidor.—A los viejos se les respeta. Ahí donde lo ven ustedes, no ha habido mejor jaco que él en veinte leguas á la redonda. ¡Vaya un animal!... Lo mismo se metía por los senderos de estos montes con veinte arrobas de carga, que marchaba por un camino real sin más peso encima que el de la albardica. Quince años lleva el pobre trabajando al servicio de mi amo, y aunque ahora no gana el pienso que come, el patrón no quiere deshacerse de él. Días pasados un chalán trató de comprarlo para los toros.—¡Ni que me diera usted mil duros!—contestó el amo.—En mi casa ha trabajado y en mi casa morirá.

¡Cuántos pobres trabajadores—pensé yo—envidiarían la suerte de este jamelgo!

Era el mayoral mozo muy comunicativo, y nosotros no poco preguntones; así es que hablamos con él largo y tendido...

Mientras los vascos de Navarra están á partir un piñón con los vascos franceses, y tanto por sus costumbres como por su idioma y hasta por su vestido parecen una sola nación, los aragoneses y los habitantes del Bearn son de índole y carácter completamente distintos, y andan siempre á la zarpa

la greña. Casi todos los días hay reyertas, en las cuales, á decir verdad, llevan siempre la mejor parte nuestros compatriotas, gente de malas pulgas que, por un «quítame allá esas pajas», meten mano al cuchillo y arman la de Dios es Cristo, sin dárselos un bledo de las leyes de uno y otro país.

Todo esto nos lo refería en su pintoresco lenguaje el simpático mayoral, añadiendo por vía de comentario despreciativo:

—Ellos todo lo arreglan con un *berballo*.

—¿Y qué es eso?

Por sus explicaciones un poco enmarañadas, caímos en la cuenta de que un *berballo* es sencillamente un juicio verbal.

—Nosotros—siguió diciendo el aragonés—cuando hay una cuestión la ventilamos con la navaja. Pero esos gabachos. . vamos, que no tienen sangre.

*
* *

En lo alto del puerto marca el límite entre España y Francia una columna de piedra, en la cual consta la fecha en que se acabó la construcción de la carretera y los nombres del Ministro y otros funcionarios franceses, en cuya época se inauguró la parte correspondiente á la nación vecina.

Un poco antes de llegar á la línea diviso-

ria entre las dos naciones, se pasa al pié de una fuente que brota entre peñas, cerca de las cuales varias piedras esparcidas señalan el lugar en que existió el hospital de Santa Cristina de *Summo Porto*, edificado en aquellas alturas para albergue y socorro de caminantes y peregrinos. El emplazamiento del piadoso asilo, según piadosa tradición, fué señalado por una paloma que tenía una cruz de oro en el pico. Durante largos siglos los canónigos de la orden de San Agustín, que allí residían, fueron la Providencia de los viajeros. El antiguo hospicio está hoy, casi por completo, borrado del haz de aquella tierra estéril y solitaria.

En el límite fronterizo comienza la bajada. A medida que se desciende, el paisaje va siendo cada vez más ameno y más suave la temperatura. Puede decirse que en menos de una hora se pasa desde un crudísimo invierno á una deliciosa primavera. Todo lo que la vertiente meridional ó española de aquella parte del Pirineo tiene de áspera y severa, tienen de amenas y rientes las laderas francesas ó septentrionales.

El país, pobladísimo, está sembrado de lindos caseríos, de frondosos huertos, de bien cultivadas praderas y de pueblos prósperos y pintorescamente situados.

A lo lejos se distingue el de Urdax. Los

caballos apresuran la marcha, y pronto atravesamos el pueblo y nos detenemos delante de la Aduana. Los carabineros franceses nos preguntan si llevamos algo de pago, y ante nuestra negativa no nos molestan en lo más mínimo; y hétenos en la fonda, hotel ó posada del pueblo, reparando con el clásico *buillon* y un guisote de carne con zanahorias nuestros fatigados cuerpos.

*
* *

La carretera de Urdax á Olorón recorre todo el valle de Aspe, á trechos imponente y grandioso, á trechos risueño y apacible. Los más variados paisajes se suceden ante nuestros ojos como las vistas de un panorama: ya es el puente del Infierno, con grandes flecos de desgarrada yedra, al pie de una enorme roca, de la cual baja despeñado torrente y cuya cima corona formidable castillo; ya el poético pueblecillo de Accous, patria del poeta bucólico Despourrins, cuyas églogas son repetidas con deleite por los habitantes del Bearn (así por lo menos lo aseguran las *guías*); ya el pueblo de Bedous, en cuyas praderas aldeanas y aldeanos, de aspecto semejante al de nuestros vascos, siegan afanosos el heno de las praderas; ya Sarrance, cuyo santua-

rio evoca en nuestra memoria el recuerdo del primer acto del drama de Delavigne, *Luis XI*; ya Escot, con sus baños medicinales, ante cuya puerta nos saluda al pasar nosotros un grupo de bañistas.

—Aquello es Olorón,—nos dice señalando á lo lejos un compañero de cupé.

Dos ó tres kilómetros más, y nuestro coche, cubierto de polvo, cargado de modo inverosímil, cruza al trote de sus tres sudorosos jamelgos las calles de Olorón y se detiene en una extensa explanada, frente á la estación del ferrocarril.

Lo verdaderamente pintoresco de nuestra expedición ha terminado. Á las caminatas en mulo, á las excursiones en coche y á los agradables viajes á pie, va á suceder la balumba del tren, el vértigo mareante del vapor.

Un cuarto de hora después de llegar á la estación de Olorón nos encontramos instalados en un departamento del tren. Suena la señal de marcha, y el convoy empieza á cruzar cultivada campiña. Van quedando atrás varias estaciones, y al cabo de hora y media de camino, al penetrar el tren entre las paredes metálicas de un largo viaducto, vemos destacarse ante nuestra vista, elegante y bellamente situada, la hermosa capital de los Bajos Pirineos.

Lanza la locomotora un último silbido, notamos un ligero estremecimiento: es que entramos en agujas. La máquina y los vagones pasan por las plataformas, produciendo ruido semejante al chocar de inmensos platillos, y el tren, detenido por los frenos automáticos, se para de repente bajo la espaciosa marquesina de la estación.

Estamos en Pau.

XII

Pau.—Su campiña.—Cosmópolis.—Recorriendo la ciudad.—La iglesia de San Martín.—Un entierro.—Á Lourdes.

Dice Lamartine que el cuadro que se alcanza á ver desde Pau es uno de los más hermosos del mundo. Me faltan datos para juzgar con acierto de la exactitud de lo afirmado por el gran poeta. Lo que sí puedo decir es que me pareció bellissimo. Aquellos altos picos que á lo lejos se divisan entre gasas de nieblas; aquellas *villas* diseminadas por la verde llanura; aquellos ríos que forman anchos bordados de resplandeciente plata en la alfombra de los campos; todo aquel mágico conjunto que se descubre desde la elegante terraza de Pau, es digno, en efecto, de ser ensalzado por Lamartine, y descrito, como lo ha sido, por Taine.

Pau, como Biarritz y como Niza, es una

ciudad cosmopolita, en la cual bulle esa sociedad heterogénea y sin patria, que también han descrito Paul Bourget en la novela y Lavedan en el teatro. Allí se codean, mezclan y confunden todas las nacionalidades. En el comedor de nuestro *restaurant*, que lleva el histórico nombre de Enrique IV, se hablan á un mismo tiempo seis ó siete idiomas. En una mesa cerca de la nuestra charla, mientras come con envidiable apetito, una familia alemana; más allá, un inglés, dorado de puro rubio, lee el *Times*, mientras devora el contenido de los platos que le va poniendo delante la *demoiselle* del *restaurant*, y en un rincón gritan, lanzando exclamaciones italianas, dos señoras y un caballere de bigotes engomados y retorcidos.

La población ofrece en grande el mismo aspecto que el comedor de nuestra fonda. Por todas partes gentes de diversos países: inglesas de pelo de panocha, altas como palos de telégrafos, que parecen muchachos zanquilargos vestidos de mujer; flemáticos holandeses, suecos, rusos, americanos; representantes, en fin, de todos los pueblos civilizados del planeta. Tampoco faltan en este concurso de las naciones, españolas de gracioso andar y de rostro... como los que á cada paso se encuentran en

las calles de Madrid, y que demuestran soberanamente lo verdadero de la frase «Para mujeres España».

*
* *

No teman mis lectores que les describa una ciudad que, por estar, como quien dice, á la puerta de casa, la conocen casi todos los españoles que han atravesado la frontera francesa. Nada, pues, he de decir de su magnífico Palacio de Justicia, de su teatro, que, como el nuestro de Apolo, está edificado en el solar de un antiguo convento; de sus iglesias, entre las cuales descuellan las de Santiago y San Martín; de su Museo, de su famoso hotel Gassion, de la casa de Bernadotte, de la estatua de Enrique IV, que adorna el centro de la plaza Real, ni de su antiguo castillo, perfectamente conservado.

Por cierto que, al visitar la morada del Bearnés, lo mismo que contemplando su estatua, y los bajorrelieves del pedestal, los cuales recuerdan los hechos principales de la vida del célebre monarca, no se puede menos de recordar el *sans façon* ó la frescura de aquel vividor de sangre real, para quien «París bien valía una misa». No cabe duda de que el vencedor de Ivry era hombre que se adelantaba á su tiempo. Tales palabras han venido á ser la fórmula de todas las

transacciones que el interés pacta con la conciencia. ¡Cuánto *bon vivant* anda por ahí dispuesto á hacer mangas y capirotos de lo más sagrado, á cambio de algo que vale bastante menos que París!...

Díganlo si no todos esos politiquillos intrigantes que «recobran su libertad de acción» para pasarse al sol que más calienta; esos *condottieri* de la pluma, dispuestos á servir al mejor postor; toda esa taifa de *muchachos listos* que no venden su alma al propio Satanás porque este ilustrísimo señor de las zahurdas infernales no da ya por ellas ni un perro chico, seguro de que, para llenar sus Estados de nuevos súbditos, no necesita ni hacer desembolsos ni perder el tiempo andando de la Zeca á la Meca vestido de caballero con plumas en la gorra, capotillo al hombro y espada al cinto. La venta de conciencias sigue en nuestro tiempo la ley de la oferta y la demanda... ¡Están tan baratas!...

*
* *

Vuelvo á mi cuento.

Dando vuelta á aquellos y á otros no menos vulgares pensamientos, entré en una tienda á comprar no sé qué cosa, y haciendo prodigios de pronunciación para dar á *mi francés* un acento pasablemente transpirenaico, pregunté á la joven que me despacha-

ba con exquisita amabilidad, dónde había una casa de cambio.

¡Oh, desilusión! Mi amable interlocutora me dió las señas que yo le pedía en un castellano poco más correcto que el francés mio. Esto me probó que mis esfuerzos lingüísticos habían sido inútiles. Un poco contrariado, después de *pendre cangé* de la joven, enderecé mis pasos camino de la casa del cambiante.

—¿A cómo está el cambio con el dinero español?—le pregunté.

—A 25.

—¡Cielos!—dije para mi capote.—¡Qué ganga!... ¡A 25, y lo he pagado en Madrid á 32!... Pero duró poco mi alegría.

El cambiante nos hizo la cuenta á razón de 75 francos por cada 100 pesetas de las que le entregamos, lo que, según mis cálculos, representa, no el 25 por 100, sino el 33...

Algo templó en mí la amargura de esta nueva decepción el verme poseedor de unos cuantos luises en oro, metal «puro y luciente» que desde hace no sé cuántos años tendría yo por fabuloso, á no haberlo visto alguna que otra vez al través de los cristales de las casas de cambio madrileñas.

Si diéramos absoluto crédito á lo que consignan las Memorias médicas francesas y los reclamos de los hoteles, Pau sería la ciudad más sana del mundo... y de sus alrededores... «Allí—dice una respetable autoridad científica—no hay estación en el año en la cual una persona, por débil que sea su salud, pueda resentirse á causa de los cambios atmosféricos. Del año 1893 al 1897 no ha habido una sola defunción de niños ingleses menores de doce años, aunque muchos de ellos estaban, cuando llegaron á la capital de los Bajos Pirineos, delicados ó enfermizos. De los tísicos sólo mueren uno por cada 150...» «Los caracteres climatológicos que distinguen á Pau—dice otro sabio doctor—son la ausencia de vientos regulares, la falta de humedad en el aire y la uniformidad en las oscilaciones termométricas.»

Con tales datos no es de extrañar que la colonia extranjera en aquella hermosa ciudad haya subido en algunos inviernos hasta la cifra verdaderamente grande de 6.000 personas.

Los días que *mi presencia gozó Pau* hacía un calor de todos los diablos. Abrasaba el sol, y ni un solo soplo de viento templaba el ardor de aquella atmósfera de horno. Sudando la gota gorda buscamos un poco de

sombra y de relativa frescura bajo las copas de los grandes árboles que hay entre el castillo y la plaza Real.

Contemplando estábamos la gótica arquitectura de la iglesia de San Martín, cuya elegante aguja alza su cruz á grande altura, y admirando la perfección con que el arquitecto logró imitar el estilo del siglo XIII, cuando vimos venir hacia el templo un numeroso cortejo. Iba al frente de él una cruz, seguía un carro mortuorio cargado de coronas, y cerraba la comitiva multitud de personas enlutadas, en cuyos negros atavíos se podían estudiar todas las derivaciones de la moda, desde Gambetta hasta el actual momento histórico.

El ataúd era de madera blanca, y más parecía un cajón que un féretro. Lo bajaron de la carroza, lo entraron en el templo y el acompañamiento, del que formaban parte muchas mujeres, penetró lentamente en la iglesia. La curiosidad nos atrajo, y entramos también nosotros. Colocóse la caja en el centro de la nave principal, extendióse el cortejo detrás y á uno y otro lado del ataúd, y avanzó hasta el presbiterio un anciano, apoyándose vacilante en los hombros de dos sirvientes. Era el padre del muerto.

Comenzó la Misa *De requiem*; resonó bajo las altas bóvedas el *Dies iræ*, y salimos de

la iglesia, no queriendo interrumpir con nuestra curiosidad, en aquel momento indiscreta, la majestad de un acto solemne, en el cual se juntaban la augusta severidad de la religión y el dolor de un padre de solado.

La carroza mortuoria esperaba á la puerta. En las cintas de las coronas que de ella pendían, leí, además de otros, estos letreos: «¡Á nuestro amigo!» «¡Á mi hijo!» «¡Á Julio!»

—¿Quién es el muerto?—pregunté.

—Un joven. Esa corona es de su madre, aquella de sus amigos, esa otra de violetas de su novia.

—¿Y de qué ha muerto?

—De tisis.

Era, sin duda, el uno por cada 150 de los *poitrinaires* que mueren en Pau.

* * *

Á la una de la tarde del siguiente día esperábamos en la estación de Pau la llegada del tren que había de conducirnos á Lourdes. La temperatura que *disfrutábamos* era la del frito. Á donde quiera que dirigíamos la vista veíamos rostros sudorosos, personas sofocadas y jadeantes que acudían al andén cargadas de maletas, mantas y sombrere-

ras, ó que aguardaban, como nosotros, plantadas detrás de sus respectivos equipajes. En una locomotora desenganchada, lustrosa, como si el sudor le brotase por los poros del hierro, un fogonero arrojaba en el horno paletadas de carbón. El pobre hombre sudaba tinta...

Era enloquecedor el cuadro que ofrecía la estación: en el espacio de pocos minutos se cruzan allí no sé cuántas docenas de trenes, de mercancías los unos, inacabables, con plataformas cargadas de toneles de vino, de grandes bloques de piedra, de pirámides de tablas, con jaulas en las cuales balan desesperados rebaños enteros de sucia y vedijosa lana, con vagones por cuyas rejas asoman las cabezas vacas asustadas y caballos espantados; los otros de viajeros: expresos que entran á todo vapor bajo la marquesina y se quedan como clavados junto al andén, detenidos por los frenos automáticos, y trenes ómnibus que se vacían y se llenan con vertiginosa rapidez. Por todas partes silbidos estridentes, gritos, rodar de carretones, rechinar de cadenas, estrépito de plataformas, voces de vendedores ambulantes, órdenes breves dadas en tono enérgico por hombres con gorra galoneada, todo ello mezclado, confundido, mareante, capaz de trastornar el cerebro mejor organizado.

Aquel ir y venir continuo, aquel circular sin tregua ni descanso de hombres, animales y mercancías, hace pensar con asombro en la vida colosal de Francia, cuyo corazón, París, con su formidable latir, manda la sangre de su industria y su riqueza hasta las fronteras de la República y recibe la riqueza y la sangre de la nación, en continuo movimiento de sistole y diástole.

—Ese es el tren de ustedes—nos dice un mozo al tiempo que entra en la estación un largo convoy.

Tomamos por asalto un coche, colocamos como Dios nos dió á entender nuestros bártulos, y, rendidos, sofocados, nos dejamos caer en nuestros asientos.

Nuestro vagón, como todos los de los ferrocarriles franceses, tiene un aparato en comunicación con los frenos automáticos, mediante el cual aparato cualquier viajero puede, en caso de peligro, hacer que el tren pare en pocos segundos. Este sistema es incomparablemente mejor que el de los timbres de alarma. Hablo de él, porque en España es de suponer, dada la desidia de nuestras empresas ferroviarias, que no lo conocerán ni nuestros nietos.

Diez minutos después de haber tomado posesión de nuestro departamento, el tren comienza á moverse; la estación, con su rui-

do ensordecedor, va pasando lentamente, quedándose atrás muelles y almacenes, y la larga serie de carruajes, con velocidad que va aumentando gradualmente, dirígese, al través de fértiles campos, hacia las azules montañas que á lo lejos recortan el cielo con caprichosos festones.

XIII

Dos días en Lourdes.—La novela de Zola.—Primeras impresiones.—Lo divino y lo profano.—La iglesia de Peyramal.—Camino de la Gruta.—La decoración.—Llegada de peregrinos.—La procesión del Rosario.—La de las antorchas.

El *estudio*, más bien que novela, publicado tres años há por Zola con el título de *Lourdes*, puede calificarse de definitivo. Nada ha escapado á la observación perspicaz del gran escritor. El viejo pueblo y la nueva ciudad de Lourdes, los hermosos paisajes que los cercan, la Gruta, la Basílica, las peregrinaciones, las solemnidades religiosas, cuanto puede interesar al lector, está recogido, anotado y expuesto en el susodicho estudio con tal claridad, con tal suma de pormenores, con tan exacto colorido, que no es posible añadir nada á lo dicho por el egregio novelista. Podrá censurársele por la inter-

pretación de ciertos hechos y por el espíritu de su obra, pero no puede menos de bajarse la cabeza ante lo verídico de sus datos y lo admirable de sus descripciones.

Por mí mismo he podido comprobar lo que acabo de decir. Gracias al libro de Zola, Lourdes me era perfectamente conocido. Debo, además, hacer constar que nada nuevo me propongo descubrir (y aunque me lo propusiera no lo conseguiría); me limitaré, por consiguiente, á consignar mis impresiones, sin otro intento que el recordar lo que ya tendrá de seguro olvidado, de puro sabido, la mayor parte de mis lectores.

*
* *

Poco más de una hora tarda el tren en recorrer la distancia que media entre Pau y Lourdes. Durante este breve espacio de tiempo entablé conversación con un compañero de viaje, clérigo muy inteligente, de fácil y un tanto declamadora frase y finos modales. En cuanto le dije que íbamos á Lourdes, el buen señor tomó la palabra y nos hizo un entusiasta panegírico de lo que él llamaba «La tierra del milagro».

—Nada hay—decía—parecido en el mundo: brotan allí los milagros como las flores en los jardines. Y luego ¡qué fervor! Desde

los tiempos de las cruzadas no se ha visto cosa igual. En la última semana han llegado peregrinaciones de Italia, de Holanda, de Bélgica...

Hoy mismo—añadió—se espera en Lourdes la llegada de cinco trenes de peregrinos procedentes de Lieja y Namur. Durante todo el verano no pasa día sin que resuenen en esos valles cánticos en loor de Nuestra Señora, entonados en diversas lenguas por millares de fieles... ¡Qué orgullo para Francia es poseer este lugar maravilloso, tan amado por la Madre de Dios!... Vengan, vengan aquí los impíos; vean si tienen ojos y oigan si tienen oídos, y caerán de rodillas ante la Gruta, de la cual fluyen los milagros como brota el agua misteriosa de lo más hondo de la sagrada cueva!...

—También nosotros—le interrumpí yo—tenemos imágenes milagrosas... la Virgen del Pilar, la de Roncesvalles, la de Montserrat...

—Sí, sí... es cierto... ¡Ah! ¡Pero la Virgen de Lourdes!...—Y de repente gritó:—Miren ustedes... Allá abajo... ¿No ven ustedes?

A la derecha de la vía brillaba, en el hueco de un monte cubierto de verde, intensísimo resplandor... era el fulgor de las luces de la Gruta. Delante había un numeroso grupo de personas en actitud de orar.

El tren pasó silbando por enfrente de la cueva; fué acortando poco á poco su marcha, y entró por fin en la estación de Lourdes.

*
* *

Lo primero que se advierte en cuanto se llega, es la mezcla, á la verdad sorprendente, en que se encuentran en aquella *tierra del milagro* lo profano y lo religioso, lo humano y lo divino.

En los muros de la estación, en las esquinas de las calles, en las fachadas de las casas, en todos los lugares donde se puede fijar carteles, léese en letras como puños, bajo viñetas de vivos colores, anuncios de libros piadosos y de novelas espeluznantes; programas de espectáculos, en los que se representan episodios de la vida de Bernadette, al lado de carteles de toros; reclamos del *Chocolat Menier* y *affiches*, en los que se enumeran *artículos religiosos*, de venta en los comercios principales.

Consecuencia también de esta extraña combinación de la fé con el negocio, son los títulos de los hoteles. Véanse, como muestra, los siguientes: Villa de Nuestra Señora, Villa del Ave-María, Restaurant de la Cruz, del Sagrado Corazón, del Rosario, de la Sa-

grada Familia... Si siguiera copiando rótulos místicos de hoteles, la lista sería interminable.

Debe advertirse que muchas de estas fondas ostentan, por vía de adorno y de reclamo, la imagen del santo ó santa que les sirve de patrono.

Los dueños de estos establecimientos, en los cuales se hace añagaza de la fé, tienen buen cuidado de hacer constar en los anuncios que insertan en los periódicos locales, incluso en *L'Echo de Lourdes* (publicación religiosa, en cuya primera plana se enumeran *las curaciones de la semana*), la distancia á que se encuentran sus hoteles de la Gruta. Aquellos aprovechados industriales se disputan pulgada á pulgada la proximidad á la sagrada cueva. «El Hotel de la Soledad, á cuatro minutos de la Gruta.» «El Hotel de la *Chapelle tenu par Soubirons*, es el cuarto á la salida de la Gruta.» «La villa de *Salve Maris Stella*, está á dos minutos de la Gruta.» «El Gran Hotel del Rosario, á un minuto...»

Confieso sinceramente que esta extraña mescolanza de lo humano y lo divino, me causó malísima impresión. Por tibia que sea la fé del que observa tales cosas, no puede menos de sublevarse al ver que unas cuantas docenas de mercaderes convierten el sentimiento religioso en negocio lucrativo. La

misma tendencia échase de ver en las innumerables tiendas, almacenes y barracas de objetos piadosos, que llenan la mayor parte de las calles de Lourdes, y particularmente el boulevard. Contemplando tal nube de tenderos, entre los cuales, según se me aseguró, hay algunos judíos (y éstos son los menos culpables), piénsase en los sordidos vendedores echados á latigazos del templo de Jerusalén por el Divino Maestro. Los de Lourdes no están, es cierto, dentro del recinto sagrado, pero han plantado sus tiendas á las puertas mismas de la Basílica.

Para toda aquella tropa de mercachifles, los milagros de la Virgen son una mina más abundante en oro que las famosas de Alaska.

*
* *

Antes de visitar la Gruta y la Basílica, quise, recordando el libro de Zola, echar una ojeada al templo que levantó á medias el cura Peyramal, templo que hoy muestra ya señales de ruina inminente. Lo único que se conserva en buen estado son las columnas de preciosos mármoles del Pirineo, donadas por los departamentos de la región meridional de Francia, y defendidas de la intemperie por cubiertas de tablas. En el

suelo brota la yerba, en las paredes el musgo, ese sudario de los edificios muertos. En la cripta, á la cual se baja por una escalera de madera carcomida, está el sepulcro del virtuoso párroco de Lourdes: algunas coronas adornan la losa sepulcral, en la cual *duerme* también olvidado el libro que escribió el desgraciado sacerdote. Contadas son las personas que visitan esta dolorosa ruina, custodiada por un viejecito que dormita á la sombra de aquellos grandes paredones cuarteados.

Justo es recordar que el P. Peyramal no era hombre de su tiempo. Su objeto fué tan sólo ensalzar la gloria de la Virgen. ¿Qué le importaba á él el negocio?... Hasta le hubiera parecido indigno... Su obra revela, es cierto, fé más honda, más pura que la de la Basílica, pero carece, enclavada como está entre las callejuelas del pueblo, de un elemento muy poderoso para deslumbrar la imaginación de los fieles..., del elemento que pudiéramos llamar *efectista*. ¿Cómo podrían darse allí con la debida ostentación los espectáculos que se verifican en la explanada del templo erigido por los Padres de la Gruta? Aquellas fantásticas procesiones de luces; aquellas escenas de ópera; aquellas ceremonias superiores, en lo que se refiere á la *mise en scene*, á las más lujosas

feeries que se verifican casi diariamente ante la gran Basílica, no hubieran podido efectuarse en el templo de Peyramal. El pobre párroco tenía virtud, abnegación, fé..., pero le faltaban todas las cualidades de un gran director de escena; allí hacía falta un Wagner místico, y el Wagner místico surgió. Bayreuth, créanme mis lectores, vale menos que Lourdes.

*
* *

Acaso no exista en toda la cristiandad lugar mejor elegido para impresionar el ánimo de las muchedumbres que el lugar en que se ha construido la famosa Basílica. El templo, que, como todo el mundo sabe, consta de tres partes: abajo la iglesia del Rosario; en medio la cripta, y la Basílica en lo alto, tiene á un lado el monte Calvario; al otro el Gave, que corre entre árboles frondosos, y enfrente una extensa explanada, tapizada á trechos por aterciopeladas *pelouses*. En medio de dicha explanada hay una imagen polícroma de la Virgen, y más lejos, cerca ya del pueblo y del cerro en que se alza el castillo llamado en remotos tiempos de Mirambell, se ha colocado recientemente una estatua en bronce de San Miguel, arcángel.

A la Basílica se sube por suaves rampas de forma semicircular, flanqueadas por elegantes balaustradas. Desde lo alto se ven las azuladas cumbres del Pirineo, bosques frondosos, prados extensos y pintorescos caseríos. Debajo de la enorme masa del templo se encuentra la gruta llamada de Mas-sabellia, cuya boca se abre frente al río, y en cuyo interior arden de día y de noche centenares de cirios, algunos tan grandes como mástiles.

En la cueva hay un agujero de forma ojival, en el que, según piadosa leyenda, la Inmaculada Concepción se apareció á Bernadette. Allí se ha puesto una estatua, labrada por Fabich, «copia de la dama blanca, con rosas en los piés,» que en sus éxtasis rústicos vió la pastorcilla de Lourdes. De lo alto de la cueva y de los muros cuelga infinidad de muletas ennegrecidas por el humo de los cirios que, como dejo dicho, en la Gruta arden día y noche.

En el interior de las tres iglesias todo es mármol, jaspe, alabastro, oro y mosaicos soberbios. Las naves están cuajadas de ofrendas y estandartes, llevados allí por peregrinos de todos los pueblos del mundo. En el arranque de las bóvedas hay grandes letreos hechos con placas y corazones de oro. Léense en los mármoles innumerables ins-

cripciones dando gracias á la Virgen por sus favores milagrosos: ya es la frase ferviente de una madre agradecida, ya la cordial plegaria de un moribundo, salvado de la muerte á las mismas puertas del sepulcro, ya las palabras de reconocimiento de un inocente, librado de las persecuciones de la calumnia. Entre estas inscripciones suele tropezarse con alguna tan candorosa como la siguiente: «Fulano de Tal da gracias á la Virgen por el buen éxito de su examen.» Por lo visto, pensé, en Francia como en España hay muchos estudiantes que aprueban sus asignaturas de milagro.

En aquellos días trabajaban activamente, en la construcción del magnífico altar mayor de la iglesia del Rosario, varios marmolistas, doradores y plateros. La inauguración de este altar debía verificarse el día 3 de Octubre, en presencia de numeroso concurso de peregrinos.

*
* *
*

Más que la magnificencia del templo, emocionan las ceremonias religiosas, que allí se celebran á diario. Mi llegada á Lourdes coincidió con la de una peregrinación, compuesta de más de 8.000 belgas, de ellos 70 ó más enfermos.

Llegaron á las primeras horas de la noche, en largos trenes de vagones numerados. En la estación los esperaban algunos clérigos y muchos *brancardiers*, en su mayor parte personas distinguidas, con las correas de las camillas pendientes de los hombros y teniendo al lado parihuelas y carretones para conducir á los impedidos. Por la puerta especial, destinada exclusivamente á los peregrinos, salen éstos atropelladamente, luciendo en el pecho la insignia de la peregrinación, y toman por asalto los coches, que en gran número esperan la llegada de los religiosos viajeros. Como los trenes se suceden con cortos intervalos, los carruajes no cesan de ir y venir de la estación al pueblo y del pueblo á la estación, en movimiento vertiginoso. Los peregrinos pobres, que son muchos, cargados con mantas y maletas, forman, á lo largo de los caminos que conducen al pueblo nuevo, largo cordón, que termina en las hospederías de la Gruta.

En tanto, los enfermos, acompañados de sus familias y conducidos en camillas ó carretones por los *brancardiers*, desfilan uno tras otro por entre los grupos que á la puerta de la estación los contemplan con compasiva curiosidad. Y es, en verdad, doloroso espectáculo el que ofrecen aquellos desdichados, mostrando á la luz temblorosa de los

faroles sus cuerpos contrahechos y sus semblantes doloridos. Aquello es lúgubre y recuerda los cuadros trágicamente grotescos de las danzas de la muerte.

*
* *

Al romper el día ya están la iglesia y sus alrededores poblados de peregrinos, con su escarapela roja en el pecho. A lo largo del río, sentados en el pretil del malecón de piedra, se desayunan, al aire libre, hombres y mujeres, dando á la hermosa avenida, flanqueada de grandes árboles, el aspecto de un campo de alegre y bulliciosa romería.

Al llegar yo, vi avanzar, saliendo de las cisternas situadas al lado de la Gruta, un grupo numeroso de fieles que gritaban con exaltación delirante: *¡Vive Notre Dame de Lourdes! ¡Vive Notre Dame de Lourdes!* La gente se arremolinaba en torno de los que gritaban; algunos de los que comían suspendieron su almuerzo para unirse al grupo; otros se ponían de pie en el pretil para ver mejor. Los más no se movieron. Allí parece natural y corriente lo más maravilloso.

—¿Qué es eso?—pregunté á una mujer que estaba á mi lado.

—¡Un milagro!—me contestó.

Era, en efecto, un milagro, según lo ase-

guraba pocas horas después *L'Echo de Lourdes*. De este interesante semanario copio los siguientes renglones:

«Margarita Leroy, de veintidós años, natural de Verneuil (Evreux), padecía una parálisis de la vista. Apenas veía, no podía abrir los ojos, ni leer, ni andar, ni hacerse cargo de los objetos que la rodeaban. A su llegada á Lourdes tomó un baño y abrió un poco los ojos; el segundo baño no le produjo ninguna mejoría, y al tomar el tercero sufrió un ataque de nervios. Tratóse de bañarla de nuevo, pero la enferma se negó obstinadamente. De la piscina fué trasladada á la Gruta, y en ella, mientras oraba con gran fervor, sintió en los ojos como un desgarramiento. Fué á lavárselos con agua milagrosa, y á la tercera loción presentóse ante su vista todo el magnífico espectáculo que se descubre desde la entrada de la cueva. Margarita Leroy estaba curada. A partir de aquel momento ha empezado á ver perfectamente; lee las oraciones de la misa en su libro, y ya no siente dolores en los ojos.»

De nueve milagros más da cuenta el número del citado periódico, correspondiente al día 26 de Septiembre de 1897, en la sección titulada *Curaciones de la semana*. ¡Lástima que los milagros no revistan caracteres más sorprendentes; por ejemplo, que á

un cojo le brote repentinamente una hermosa pierna, ó que un jorobado se convierta en un Adonis!... Entonces sí que hasta los más impíos caerían de rodillas gritando: ¡Milagro! ¡Milagro!

*
* * *

Junto á la Gruta, varios grifos dan salida al agua milagrosa. Peregrinos y peregrinas acuden á ella, ansiosos de beber aquel líquido saludable ó á llenar con él sus vasijas.

—¿Por qué no bebe usted?—me dijo no sé quién.—Es un agua muy buena.

Me acerqué á uno de los *robinet*, pero confieso con vergüenza mi debilidad: no sólo no bebí, sino que me retiré de allí espantado y con el estómago revuelto. Bebiendo con ansias de hidrópica estaba, los labios aplicados á uno de los grifos, una pobre mujer, con la cara medio comida por repugnante *lupus*. Una hermana de la Caridad, joven y de aristocráticas manos, la limpiaba con cariño maternal...

No pude resistir el asco, y me alejé.

Aquel día no pude comer.

Declaro que sentí respetuoso asombro hacia la religiosa.

Cuenta el capuchino Clarence, biógrafo de San Francisco de Asís, que este santísi-

mo varón, á pesar de la repugnancia que le causaban los leprosos, llegó á dominarse, hasta el punto de comer con ellos en la misma escudilla. Añade el religioso historiador que hasta llegó á curar con sus besos las llagas de aquellos enfermos. ¡Mayor milagro—exclama el padre Clarence,—besarlos que curarlos!

Algo semejante me hizo pensar á mí el *valor* de la hermana de la Caridad.

* * *

A las cuatro de la tarde del último domingo de Septiembre, apiñada multitud, instalada desde mucho tiempo antes en las rampas de la Basílica, esperaba el momento de ver desembocar en la explanada la procesión del Rosario. Apenas acababa de dar aquella hora en el reloj de la torre, cuando aparecieron, por el lado de la Gruta, dos filas de fieles con una cruz á la cabeza. Seguía un suizo, con vistoso uniforme azul y plata, y detrás un hombre, en traje de seglar, recitaba el *Rosario*, al que contestaban á una sola voz todos los peregrinos. Las seis ú ocho mil personas que formaban la procesión marchaban lentamente, con el fervor pintado en el semblante, graves y tristes. El silencio era tan grande, que des-

de larga distancia se oían distintamente las palabras que pronunciaba el hombre del *Rosario*. En la campiña, en los montes, en todo lo que alcanzaba la vista, reinaba la serenidad melancólica de las tardes de otoño.

En la explanada, colocados en dos hileras, tendidos unos en sus camillas, recostados otros en sus cochecillos ó sentados en bancos, estaban los enfermos; más cerca del templo los más graves. Todas las fases del dolor físico tenían allí angustiada representación. Una moribunda, con el rostro blanco como la cera, tendida en unas angarillas, apenas tenía fuerza para juntar, en ademán de súplica, sus manos demacradas, tan pálidas como su semblante; á su lado una joven se agitaba en epilépticas convulsiones, hasta el punto de no poderse santiguar. Tísicos de espantosa palidez; paralíticos clavados en sus sillones de ruedas; cancerosos; niños raquíticos de enorme cabeza; ciegos de ojos inmóviles..., todos silenciosos, abstraídos de cuanto les rodeaban, esperaban con ansiedad la aparición de la custodia. ¿Qué les importaba á ellos, pobres seres sujetos por sus enfermedades como el crucificado en su cruz, el cielo azul, el bosque umbrío, las montañas azules, el río espumoso, las aves que cantaban en

la espesura, ni todos los encantos de aquella tarde inolvidable?... En sus pobres espíritus, débiles y temblorosos como luz próxima á apagarse, solo había un pensamiento: la esperanza. «Si Dios quería, Dios podía»... Acaso se acercaba para ellos el momento de la libertad..., acaso antes de que el sol se ocultara sentirían que sus males les abandonaban, y, fuertes, animosos, sintiendo el placer de vivir, se alzarían de sus lechos de dolor, como el paralítico del Evangelio...

Bajo magnífico palio, rodeado de clérigos y acompañado de dos frailes dominicos de majestuosa talla, apareció, por fin, el Prelado, director de la peregrinación, revestido con lujosas vestiduras sacerdotales, llevando en las manos pesada custodia de oro, en cuyo centro se destacaba, con blancura de nieve, la Sagrada Hostia. Al aparecer la Forma Divina, inclinóse la multitud como la mies bajo el soplo del vendaval. Algunos fieles rezaban con los brazos en cruz; otros besaban la tierra; muchos lloraban. Ni los espectadores más indiferentes podían sustraerse á la solemnidad de aquel cuadro, único quizás en el mundo.

Un sacerdote, de cabello completamente cano, leía con voz tan sonora que parecía salir de un pecho de bronce, una oración,

en la cual se repetía esta súplica, que resonaba potente en la límpida atmósfera de la tarde: *Jesus fils de David, si vous voulez vous pouvez... ayez pitié de vos enfants malades. Guérissez les et qu'ils vivent!* Su voz suplicante era de cuando en cuando interrumpida por el murmullo confuso del Rosario. A veces un estruendo formidable, acompañado de estridente silbido, apagaba por un instante los rezos y plegarias. Era un tren que pasaba.

En tanto el Obispo iba aproximando la custodia á cada enfermo. Algunos besaban con fervor las vestiduras del Prelado. Las madres, colocadas al lado de sus hijos dolientes, les hacían juntar las manos en actitud suplicante. La mujer epiléptica se agitaba con sacudidas espantosas; otros enfermos se incorporaban con infinita ansiedad. Solamente la moribunda no se movió, pero en sus grandes ojos, que yo veía con el auxilio de potentes gemelos, se leía una expresión de suprema esperanza, algo así como la mirada que dirige el náufrago casi ahogado á la vela lejana.

El Obispo, seguido de su acompañamiento, subió la gradería de la iglesia del Rosario, y desde la terraza presentó la custodia al frente, á la derecha y á la izquierda, entrándose después, con su brillante cortejo,

por la ancha nave del templo, en cuyo fondo resplandecían millares de cirios.

*
* *

Digno remate de las solemnidades que se celebran á cada peregrinación que llega á Lourdes, es la procesión de las antorchas. Aquel espectáculo deja en el alma una impresión inefable; contemplándolo hay momentos en que el espectador se cree á millares de leguas de la tierra, envuelto en una nube poblada de ángeles y de almas de bienaventurados. En medio del silencio de la noche suenan cánticos de melancólico y monótono ritmo, que proceden de la Gruta: es la procesión que avanza. Pronto, del lado izquierdo del templo, empieza á brotar doble fila de luces, un río luminoso, cuyas ondas se suceden sin cesar; suben por la rampa izquierda de la iglesia, inundándola de claridad; pasan por delante de la Basílica; dan la vuelta á los paseos de la explanada, dejando en medio las estatuas de San Miguel y de la Virgen, y dirígense, formando zig-zag, á formar dos rectángulos ardientes, *dos estanques de fuego*, cuyo resplandor sube á lo alto como nube luminosa.

En tanto los peregrinos cantan el himno de Bernadette, cuyo estribillo *¡Ave, ave, ave*

María! piérdese como un lamento en la oscuridad de la noche. Imagínese la impresión que causará aquel cuadro deslumbrador en espíritus enfermizos, enardecidos por la fiebre de la fé, por el ansia de emoción que los arrebatara y enloquece. Para aquellas almas, lo que ven es el cielo que se abre de par en par. Los ojos estáticos de muchos ó casi todos los fieles que forman la larga procesión, de seguro contemplan en aquellos momentos, al través del espacio, cuyas estrellas parecen borradas por el resplandor de abajo, coros de ángeles de blancas alas prosternados ante la Madre de Dios, tal como se apareció á la pastorcilla de Massiabella, vestida de blanco, ceñida de azul la cintura, con el rosario pendiente del brazo, juntas las manos y con flores en los piés.

Al cabo de dos horas la ceremonia termina; los cantos cesan y las luces van poco á poco apagándose, como se extinguirán las almas de todos aquellos seres que van desapareciendo en las tinieblas, entre las cuales se destacan débilmente, al ténue resplandor de los astros que han vuelto á brillar, los delicados contornos de la Basílica, cuya aguja yérguese atrevidamente en la oscuridad.

XIV

*Valemos mucho...—En Toulouse.—Glorias nacionales.—
Baile español.—Clemencia Isaura.—La línea de Cette.
—De Narbona á Port-Bou.*

Aunque vivimos, como quien dice, pared por medio españoles y franceses, es lo cierto que estos tienen acerca de nuestro carácter y de nuestras costumbres ideas bastante equivocadas. Para nuestros vecinos, y en general para los extranjeros, España es tan sólo el país de las corridas de toros, de las navajas de lengua de vaca y de la *castañeta*. Véase, en prueba del poco lisonjero concepto que merecemos, ó mejor dicho que obtenemos allende los mares, y lo mismo podemos asegurar que allende los montes, el libro titulado *The land of the castanet*, escrito por un señor norteamericano, el cual, después de haber sido grandemente agasajado en Madrid, escribía—antes de la guerra—

contra nosotros no sé cuantas perrerías. A este sujeto, cuyo nombre es H. C. Chalfield Taylor, contestaron con oportunidad, ingenio y gracia, la señora Pardo Bazán y D. Juan Valera. El *yankée* de la castañuela quedó bien servido.

La imparcialidad, sin embargo, me obliga á declarar que en rigor hay sobrados motivos para que los extranjeros que nos visitan nos juzguen equivocadamente y nos tengan por un pueblo *flamenco*, en el sentido que dan á esta palabra los apreciables vecinos del barrio de Lavapiés.

En primer lugar, nuestros más populares escritores, en el teatro, en periódicos y revistas, simbolizan lo español neto en el chulo y la chula, herederos del chispero y la maja. Así como nuestros vecinos suelen representar la nación francesa bajo la imagen de una cancanista, de buenas pantorrillas, falda tricolor y gorro frigio, así acostumbramos á personificar á España en una moza de buen trapío, con guardapiés de medio paso y aspecto chulesco y descocado. Con los prejuicios que de esta alegoría se desprenden, llegan los extranjeros á España, y los confirman, acudiendo á las corridas de toros, á los cafés cantantes y á los teatros por horas. Si alguien les dice que en España este flamenquismo es lo excepcional y

que hay aquí algo que vale mucho más que las juergas y las chulaperías y que refleja mejor que ellas nuestro carácter, de seguro no nos creerá y seguirá dando por cierto lo que han visto sus ojos, sin tener en cuenta que no se puede conocer la índole de un pueblo por sólo una ojeada superficial.

Así se nos juzga, por desgracia. En Francia no se vé un libro nuestro, no se conoce un sólo producto de nuestra industria, apenas si se encuentra, á excepción de *La Epoca*, que se halla en los principales círculos y hoteles, un periódico español; y en cambio, en la región meridional francesa, no hay estación de ferrocarril, ni esquina, ni anunciadora, ni vestíbulo de teatro donde no se destaque, con viñetas de vivos colores y letras de á media vara, carteles de toros con los nombres de *Guerrita* y *Reverte*, *Torrerito* (sic), *Bombita* y otras ilustraciones (diminutivas todas) de nuestra fiesta nacional.

*
* *
*

En Toulouse, como en Pau, como en Tarbes, como, según he dicho, en el mismo Lourdes, abundan estos testimonios de nuestras glorias. En la primera de dichas ciudades me reservaba la suerte una satisfacción patriótica.

Fué en las *Folies* de Toulouse.

El género que en aquel teatro se cultivaba es inferior á nuestro género chico, el género que pudiéramos llamar fragmentario: diálogos chocarreros, pantomimas de circo, *chansonnettes*, cantadas por triples *decolletées* hasta la cintura, y cuya voz tiene ciertos dejes del maullido de los gatos en Enero, volatines, cuadros disolventes y bailes. El público grita, silba y pateaba, ni más ni menos que los espectadores de nuestras plazas de toros... En esto nada tenemos que envidiar á nuestros vecinos.

Uno de los números más atractivos del programa de la función á que yo asistí, era «baile español». Sonó detrás del telón repiqueteo de castañuelas, *arrancóse* la orquesta por «sevillanas», se levantó la cortina, y aparecieron en medio del tablado, esbeltas y graciosas, dos muchachas de gentil talle, altas de pecho, redondas de caderas, delgadas de cintura y de menudos y traviesos piés. En la propia venta de Eritaña hubieran pasado ambas por la nata y flor de losaleroso y retrechero. ¡Válgame San Pascual Bailón, y cómo se jaleaban aquellas dos criaturas! ¡Qué movimientos, qué actitudes, qué vueltas y desplantes! ¿Habéis leído aquel artículo de *El solitario*, en el cual artículo el eximio escritor nos dice: «Cómo

su vista corría—contemplando á gentil danzadora—desde el engarce del pié hasta el enlace de la rodilla, muriéndose de placer, pasando y repasando por aquellos mórbidos llenos y perfiles ágiles que, á fuer de nube caprichosa de Abril, ocultaban y tornaban á feriar la seda de la saya y los flecos y caireles?» Pues mucho de lo que sentía y tan bien describe *El solitario*, experimentaba yo al contemplar los trenzados, saltos, vueltas y meneos de mis dos lindas compatriotas.

Cuando cesaron de moverse, y más rojas que los claveles que adornaban sus cabellos, quedáronse enlazadas en artística y provocativa postura, estalló en la sala una de aplausos, de aclamaciones y hasta de *olés* que aquello parecía «la fin del mundo»...

Y tornaron á bailar las muchachas y se repitieron los movimientos atrevidos, en los que se mezclaba con la sal de Andalucía el desenfreno de las bayaderas, y volvieron las dos mozas á echar, con agilidad de gimnastas, las torneadas piernas por alto, y se repitieron con mayor entusiasmo que la primera vez las manifestaciones de admiración...

¡Aún hay patria! — pensé saboreando aquella *victoria* obtenida sobre los franceses...—En fin, si yo poseyese el vocabulario que usan de continuo nuestros más esclare-

cidos reporters, diría que las dos boleras *rayaron*—con los pies—*á grande altura*, y añadiría que «fué iñdescriptible la ovación que les tributó el público...» En una palabra: aquello fué el *disloque*.

Al salir ví á las dos muchachas que, cada cual con su cuyo, dos francesotes rubios y agigantados, se acomodaban en el interior de un coche de punto. Las ventanillas de los dos carruajes se cerraron, y los vehículos, arrastrados por sendos *hipógrifos violentos*, se alejaron á lo largo del boulevard de Lafayette... ¡Hubiera sido curioso oír lo que hablaban los dos gabachos con las dos andaluzas!... Es, sin embargo, fácil de presumir, porque, como dice el más fecundo de nuestros poetas,

en el lenguaje de amor
pronto se juntan las lenguas...

*
* *

Como al día siguiente, á primera hora, teníamos que salir de Tolosa, aprovechamos las altas horas de la noche para echar una rapidísima ojeada por la capital de Languedoc. Profundamente dormía la ciudad; nada interrumpía el silencio de las plazas y calles solitarias, ni siquiera el taconeo de algún trasnochador. Toulouse es industriosa, y, por consiguiente, trabajadora. La noche

se destina al sueño y al descanso: lo contrario que en Madrid.

Por poca fantasía que se tenga es imposible no evocar, al recorrer las calles de la ciudad francesa, bañadas por la luz de la luna, ó al contemplar las amarillentas aguas del Garona, ó al admirar la fachada y ábside de San Saturnino ó San Fermín, ó al pasar delante del Capitolio ó de la catedral de Saint-Etienne ó de la Academia de los Juegos Florales, es imposible, digo, no pensar en la historia de Toulouse, con sus sangrientas luchas entre albigenses y católicos y aquellas juntas de poetas, los cuales sigilosamente se reunían en misterioso jardín y allí, al pie de un laurel, se recitaban unos á otros sus canciones y serventesios.

Entre los recuerdos que conserva Tolosa, algunos tales como el haber dado patente de poetas y de maestros del *gay saber* á ilustres varones, y entre ellos á Víctor Hugo, merece mención la historia de Clemencia Isaura.

Los desgraciados amores de esta hija de Provenza constituyen una verdadera novela romántica.

La joven, que era hermosa por extremo y de privilegiado ingenio, se prendó de un gentil caballero llamado Renato. Con decir que el mancebo era aventajado trovador, se

comprenderá qué de ternezas y de amartelados requiebros hubo de dedicar al objeto de su pasión. Dulcísimas debieron de ser sus relaciones, hasta que un acontecimiento puso fin al amoroso idilio. Acababa de invadir la provincia de Artois el Emperador Maximiliano. Los franceses acudieron á oponérsele. Renato amaba á Clemencia, pero amaba también á su patria, y, dejando la lira por la espada, corrió, en unión de su padre, á luchar con las tropas del Emperador. No fué favorable la fortuna al poeta: peleando por su patria perdió la vida en los campos de Guinegaste.

Al saber la muerte de su amado, Clemencia se encerró en un convento, mas antes de consagrar á Dios sus amores cedió la mayor parte de los bienes que poseía, á fin de que con ellos se restableciesen los Juegos Florales en honor de la memoria de su amado. Una estatua de mármol, en la sala donde la Academia celebra sus Juntas, perpetúa la memoria de la fiel enamorada de Renato.

*
* *

Casi apuntaba el alba cuando nos retiramos á descansar. Á las ocho de la mañana un coche de punto nos conducía á la estación del ferrocarril. Llegó, tras breve espe-

ra nuestra, el expreso de Cette, y hétenos instalados en cómodo vagón, caminando con una velocidad de 60 kilómetros por hora, en dirección á las costas del Mediterráneo.

Recostados en nuestros asientos, vimos pasar, como persiguiéndose en sentido contrario al de la marcha del tren, el canal del Mediodía, lejanos pueblos agrupados en derredor de antiguos campanarios, quintas, valles, caseríos y praderas. Unos tras otros fuimos dejando atrás los pueblos de Castelnaudary, famoso en las sangrientas luchas de católicos y albigenses; Carcasona, rodeada de antiquísimas murallas; Tribes, Capendú, Lezignan, Arborcorignan... Por último, llegamos á Narbona.

En la antigua capital de la Galia Narbonense dejamos el tren, que seguía á Cette, para tomar el que se dirige á la frontera española, pasando por Perpignan. Subieron al mismo coche que nosotros un clérigo de sotana y *babero* y un matrimonio muy joven y más meloso que la jalea. La enamorada pareja venía á España á pasar su luna de miel. ¡Ah, l'Espagne!... Y tanto él como su esposa nos acosaron á preguntas acerca de Madrid, de Sevilla, de Valencia y de las corridas de toros.

Iban de primera intención á Barcelona, donde se detendrían algunos días; de allí á

Madrid, y luego á Andalucía. El cura los miraba de vez en cuando, suspiraba y volvía á fijar los ojos en su breviario.

El tren, á todo esto, corría á lo largo de la costa del Mediterráneo, ya salvando atrevidos viaductos, ya deslizándose por altas trincheras, ya penetrando en largos túneles. De cuando en cuando ancho portillo, abierto en el flanco izquierdo de la montaña, nos dejaba ver, como á la luz de un relámpago, unas veces apacibles ensenadas, en cuya tostada arena yacían pobres barcas de pescadores; otras, extensas porciones de mar surcadas aquí y allá por barcos de vela; otras, por último, el humo lejano de un vapor casi perdido en la línea indecisa del horizonte...

Los dos enamorados, con las cabezas juntas, miraban extasiados el paisaje, y el cura hojeaba nerviosamente su libro de oraciones. El sol poniente llenaba de polvillo de oro el vagón, y el tren, á toda máquina, dirigíase al cabo de Creus, sobre cuya rocosa punta se yergue un faro, como gigante que investiga cuidadosamente el horizonte.

Suena un largo y estridente silbido, que termina en una especie de lamento. La obscuridad nos envuelve durante algunos minutos; del lado de la ventanilla de los novios me parece percibir «rumor de besos y

batir de alas», y cuando la luz vuelve á invadir nuestro coche, el tren acorta su marcha, el cura alcanza sus maletas, los dos jóvenes requieren sus bártulos, y una voz ronca grita desde el andén en *español acatalanado*: «Port-Bou: cambio de tren para Barcelona».

XV

De Francia á España.—La Aduana de Port-Bou.—Barcelona.—La Rambla.—De vuelta de la guerra.—Un paseo por la ciudad Condal.—El parque.—Á Madrid.

Ante todo te aconsejo, amable lectora, si por acaso te dignas pasar tus lindos ojos por estos renglones, que si alguna vez cruzas, de regreso á España, la frontera de Francia, y el diablo te tienta, que si te tentará, á introducir de contrabando algún producto de la industria francesa, no lo guardes en tus baules. Haz lo que yo he visto hacer á distinguidísimas viajeras. Recuerdo, entre otros muchos curiosos casos, que en cierta ocasión, siendo yo compañero de viaje de dos elegantes damas, al entrar en España por la parte de Irún, se *abrigaron* con magníficas capas de terciopelo guarnecidas de pieles. Es de advertir que el día á

que me refiero era uno de los más calurosos del mes de Agosto.

—No se asombre usted—me dijo una de las viajeras.—Hemos comprado estos abrigos en Bayona, y nos valemos del ardid que usted vé (el de ponérselos) para no pagar derechos.

—Ya comprenderá usted—añadió la otra señora—que nuestro trabajo nos cuesta. Cumplimos el precepto: «Con el sudor de tu frente...»

De tretas contrabandistas como estas, podría referir mil ejemplos. En cambio, ¡ay de la viajera que confía en la piedad de los vistas y carabineros! Siempre me representaré con horror el cuadro lastimoso que ofreció ante mis ojos la aduana de Port-Bou, momentos después de nuestra llegada. Parecía aquello un almacén entrado á saco. Por todas partes cajas y baules abiertos, y en torno de ellos, arrojadas y esparcidas, prendas de vestir y ropas interiores... Y sobre todos aquellos *despojos* las manos enguantadas de los carabineros, revolviendo con feroz ensañamiento las entrañas de las despanzurradas maletas.

Viérais allí la desesperación pintada en los rostros de las señoras, el furor de los hombres y la sonrisa sardónica de los carabineros, cada vez que tropezaban con algo

que, según ellos, estaba comprendido en los aranceles. Cuando ví libre mi maleta de las garras de los corchetes, respiré con satisfacción, y me apresuré á huir de aquel lugar de tristeza para subir á uno de los coches del tren de Barcelona.

Media hora después de la fijada en los reglamentos (bien se conocía que estábamos en España) *empezó el tren á trepidar, andando con un tragín de fiera encadenada*. Salimos de Port-Bou, comenzando á cruzar la tierra catalana.

Poco á poco fueron hundiéndose tras del horizonte las cumbres del Pirineo; fué lentamente «cayendo la tarde en los brazos de la noche», y después de caminar algunas horas entre sombras vimos brillar á lo lejos el resplandor de las luces de la capital del Principado.

*
* *

Muy orgullosos están, y motivos tienen para ello, los barceloneses con su hermosa ciudad. En España ninguna aventaja á Barcelona ni compite con ella en policía, en lujo ni en belleza. Magníficos edificios en los que se combinan con artística disposición mármoles de diversos colores, fachadas de caprichosa arquitectura, soberbios vestíbulos, elegantes balaustradas, lujosas

tiendas, fastuosos cafés... todo ello formando anchas y rectas calles y espaciosas plazas, adornadas con árboles, estatuas y fuentes... Tal es, en conjunto, el aspecto que ofrece la parte nueva de la capital de Cataluña.

Las ramblas son hermosas *avenidas* que nada tienen que envidiar á las más celebradas de las grandes ciudades de Europa. Al anochecer presentan una vista encantadora y animadísima. Es la hora en que dejan sus fábricas y talleres operarios y menestrales. Desde la plaza de Cataluña hasta la estatua de Colón, todo se vuelve rostros ennegrecidos por el humo, blusas manchadas por el polvo del trabajo, cuerpos fornidos cuyo aspecto revela la fuerza y agilidad necesarias para regir la fiereza monstruosa de las máquinas.

En las terrazas de los cafés, innumerables bebedores apuran lentamente, sentados en torno de las mesas, sendos vasos de *vermouth* ó ajenjo. De trecho en trecho brillan, como grandes faroles de color, los kioskos en que se venden periódicos, y por uno y otro lado de las ramblas circulan, sin interrupción, filas de ómnibus y tranvías cargados de viajeros. Esta animación dura poco. Después de las diez de la noche son contadas las personas que pasan por las

ramblas. Solamente á la hora en que acaban las funciones en los teatros interrúmpese, durante algunos momentos, el silencio nocturno de la ciudad.

Al romper el día comienza con febril actividad la animación del trabajo. Ansioso de recorrer la población, me eché á la calle poco después de salir el sol. Lo primero que me atrajo fué la *Rambla de las flores*, cerca del hotel Continental, en que yo me hospedaba. Daban sombra á la susodicha Rambla las anchas hojas de grandes árboles; reinaba allí un ambiente cargado de perfumes; grandes ramos de flores, preciosas cestas, *bouquets* apilados en artística combinación, formaban como dos grandes setos á uno y otro lado de la hermosa avenida. En derredor de las flores *revoloteaban* grupos de lindas y alegres muchachas, que llevaban de allí ya el rojo clavel, que luego había de morir prendido en el cabello de la compradora, ó el ramo de rosas destinado á secarse al calor del alto seno en que había de erguirse orgulloso.

*
* *
*

Al final de la Rambla, como he dicho, está la estatua de Colón. Es un monumento grandioso, rodeado de jardines, y cuyo pe-

destal adornan magníficas estatuas, y en cuya cumbre se alza la figura del marino genovés, con la vista fija en las lejanías del mar poblado junto á la ciudad de un bosque de mástiles.

El puerto de Barcelona es uno de los más activos y concurridos, no sólo de España, sino de todo el Mediterráneo. Las banderas de todas las naciones ondean allí en pacífica fraternidad. Llegados de los más apartados países de la tierra, descansan, para emprender nuevas expediciones, los grandes trasatlánticos de seis mil ó más toneladas; los barcos que pronto han de cruzar los mares con sus blancas velas, henchidas por el viento, y las embarcaciones que recorren las costas de Levante... Y por en medio de las calles y plazas de agua que forma esta ciudad movable, van y vienen ligeros botes que se deslizan desde los muelles á los barcos, como enjambre de colosales y atareadas hormigas.

Lejos, más allá del cerro en cuya altura parece agazapado el castillo de Montjuich, extiéndose, en frente de los muelles y con tramuelles, la línea azulada del mar, libre, tranquilo y sonriente. Surcando aquellas aguas, con el corazón henchido de júbilo, arribó Colón con su nave, al alborear un día de Abril. El atrevido navegante que acaba-

ba de ensanchar el mundo venía á la ciudad de los Condes á depositar á los pies de Isabel I y de Fernando V el señorío de un nuevo mundo.

«El mar alegre, la tierra fecunda, el aire claro, parecían que iban infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes.»

Pensando en aquellos recuerdos de pasadas grandezas, evocados por el grandioso monumento, gozando de la pureza y claridad del día, ví entrar en el puerto, coronado de denso penacho de humo, un largo y negro trasatlántico, el *Isla de Luzón*, si mal no recuerdo. Venía de Filipinas y traía, como todos los vapores de la Compañía Trasatlántica que en estos últimos tiempos regresaban del Archipiélago magallánico, muchedumbre de soldados enfermos, carne de cañón devuelta por inútil á la patria.

A poco de haber echado el ancla el barco, empezaron á desfilas desde el muelle á las hospederías y sanatorios grandes ómnibus cargados de soldados flacos y macilentos que, con vidriados ojos en los que brillaba el fuego de la fiebre, contemplaban el alegre cuadro que ofrecía Barcelona.

Otros, más enfermos aún que los que iban en los coches, eran llevados en negras camillas. Grupos de hombres y mujeres del

pueblo miraban pasar silenciosos y tristes aquella juventud podrida por los miasmas de los pantanos filipinos, que pocos meses antes habían salido del puerto de Barcelona á los sones de la marcha de *Cádiz* y dando gritos de «¡Viva España!»

La verdad es que aquel cuadro no era para despertar grandes entusiasmos por las glorias guerreras. Tiene razón el gran poeta Schiller: «Más que todos los laureles de la victoria, vale la violeta cogida en los primeros días de Marzo en el bosque frondoso que limita el horizonte de la aldea.»

*
* *

Dicen malas lenguas que en Barcelona los artículos de comer y beber están, por regla general, tan adulterados, que en su comparación los de Madrid son el colmo de la pureza y de la salubridad.

—Aquí—me decía un castellano, como si dijéramos un extranjero, que mucho tiempo há reside en Barcelona—la leche es almidón disuelto en agua, el vino *fuschina*, el café cacahuets..., los embutidos revelan á menudo secretos *espeluznantes*, y á lo mejor cree usted que está comiendo *beefsteack* y está usted masticando mulo.

Oyendo yo y hablando él de cosas tan

aperitivas como las anteriores, entramos en una chocolatería.

—¿Qué va á ser?—nos preguntó el mozo en un castellano que parecía catalán, ó en un catalán que parecía castellano.

—Chocolate—contesté yo.

—¿Con servilleta?

—(¡!)

—No se asombre usted—me dijo mi *cicerone*.—El chocolate con servilleta cuesta cinco céntimos más que sin ella.

Al pagar mi asombro fué aún mayor. Con bollo... y servilleta cada jícara de chocolate cuesta... ¡veinte céntimos!

—¿Cómo pueden dar esto por tan poco precio?

—Pues muy sencillo: porque el chocolate que aquí se sirve no se compone de azúcar, canela y cacao, sino de polvo de ladrillo.

*
* *
*

El resto del día lo dedicamos á visitar los monumentos de la ciudad condal. La catedral, cuya restauración es merecedora de todo elogio; la Audiencia nueva, cuya fachada decora un pueblo de estatuas; la Lonja, uno de los más bellos edificios antiguos

de la ciudad; la Casa Consistorial, el palacio de la Diputación y tantas otras construcciones antiguas y modernas. Al caer la tarde nos encaminamos al Parque. Sus *parterres*, instalaciones, lagos y cascadas forman un extenso lugar de recreo. Allí, en lo que hoy es recinto amenísimo, se alzó en otro tiempo la ciudadela, como si dijéramos la Bastilla de Barcelona, teatro de sangrientas escenas y de misteriosos y trágicos sucesos. Allí, en los *buenos* tiempos de Fernando VII, el conde de España perpetró aquellos crímenes políticos, cuyo relato horroriza. Tal ó cual mañana sonaba un cañonazo en los baluartes de la fortaleza, flotaba en las almenas una bandera negra, é inmediatamente aparecían colgados de altas horcas los cadáveres de infelices prisioneros. Allí también, según he oído de labios de un testigo presencial, una noche, en el luctuoso período de la guerra civil, penetró el populacho liberal en la fortaleza, que encerraba número crecido de prisioneros carlistas. Los asaltantes, provistos de antorchas y armados de fusiles, recorrieron todo el castillo, sin perdonar escondrijo ni rincón, y acabaron á bayonetazos con los infelices presos, que, locos de terror, ó huían por los patios y corredores, ó se escondían temblorosos bajo los lechós, ó pe-

dían piedad con desgarradoras pero inútiles súplicas.

Los muros tras de los cuales ocurrieron aquellas escenas de horror, han caído para no levantarse más; y donde en otro tiempo reinaban la desesperación y el espanto, colúmpianse hoy fragantes flores, pían los pájaros y gritan y juegan centenares de niños.

El lugar predilecto de los pequeños está en frente de la jaula del elefante. Le llaman familiarmente *el abuelo* y le agasajan con pedazos de pan y con terrones de azúcar, que el enorme paquídermo saborea con gran contentamiento, muy satisfecho de los agasajos con que le obsequia la gente menuda.

*
* * *

El tiempo destinado á nuestra excursión había terminado. Con harto sentimiento, pues, hubimos de emprender nuestro regreso á Madrid, y con tres horas de retraso, para que no se desmintiese la tradición de los ferrocarriles españoles, entramos en la estación del Mediodía.

De nuestro viaje por el Pirineo sólo quedan estas desaliñadas notas, que podrán ser deslavazadas, frías y poco interesantes, pero

que son sinceras y quizás puedan servir de alguna utilidad á los que hayan de visitar los valles y pueblos de la cordillera pirenaica.

NOTAS DE VIAJE

SALAMANCA

I

Aspecto de la población.—La Plaza Mayor.—Calles y callejuelas.—Los Caídos.—Contrastes.

No carece de belleza el campo de Castilla. Sus extensas llanuras, cubiertas de mieses esmaltadas de amapolas; sus aldeas, «poco más grandes que la palma de la mano;» sus praderas, cruzadas por humildes regatos asombrados á trechos por solitarias alamedas; sus amplios horizontes, que ninguna elevación considerable del suelo interrumpe... forman un conjunto del cual se desprende apacible y halagadora serenidad.

La comarca llamada de la Armuña, que situada al Norte y Noroeste de la provincia de Salamanca, resume, por decirlo así, los

caracteres distintivos del paisaje castellano, es una prolongación de la tierra de Campos, prolongación que termina en la orilla derecha del Tormes. El tren de Medina, pasando por Salamanca y bifurcándose después en las vías de Lisboa y Oporto, atraviesa la Armuña de Norte á Sur.

A poco más de setenta kilómetros de aquella antigua ciudad castellana, el viajero que se dirige á Salamanca puede ver, desde las ventanillas del tren, las torres de la *pequeña Atenas*. Entre estas torres, que todas tienen el color de cobre que el tiempo dá á la piedra, destácase la aguja, montera ó gorro cónico de la nueva iglesia de San Juan de Sahagún. El P. Cámara, Obispo de aquella diócesis, no contento con haber escrito la historia del Santo, que con su palabra logró pacificar los enconados bandos que ensangrentaron á Salamanca durante la mayor parte del siglo XV, ha levantado un templo á la memoria del bienaventurado, templo que acredita más el celo religioso que el buen gusto de su Ilustrísima.

Quizá hubiera sido preferible, al decir de personas doctas, que en vez de gastar las gruesas sumas empleadas en la nueva fábrica, las hubiera destinado el sabio prelado salmantino á restaurar, conservar y mejorar otros templos de la ciudad, en los cuales se

advierten no pocas señales de incuria y abandono.

Sea de esto lo que quiera, y volviendo á lo que antes decía, es lo cierto que el aspecto que ofrece la ciudad al destacarse á lo lejos, bañada por la luz de la mañana, es imponente y grandioso. Torres, cúpulas, espadañas de diversos gustos arquitectónicos, coronan grandes y severos edificios, los cuales muestran á la vista atónita del viajero, á medida que se va acercando á ellos, ya sus airosos botareles, ya sus plateadas cresterías, ya sus ojivos ventanales, ya, por último, sus arcos románicos ó sus portadas clásicas.

Algo se modifica la primera impresión cuando se entra en la ciudad: sus callejuelas tortuosas y no muy limpias, y el caserío, compuesto en su mayor parte de viviendas desvencijadas, ofrecen extraño contraste con la parte monumental, haciendo pensar en algo así como la capa de un mendigo que estuviera remendada aquí y allá con magníficos pedazos de brocado y de tisú soberbiamente recamados.

*
*
*

Dícese que los extranjeros, cuando ven la plaza Mayor de Salamanca, suelen exclamar:

«¿Dónde esta la ciudad de esta plaza?» Y en verdad que es grandiosa. Imagine el lector un cuadrilátero de unos 6.400 metros cuadrados, limitado por ochenta y ocho arcos de piedra, sobre los cuales descansan viviendas de dos pisos, cuyas fachadas, de huecos simétricos é iguales, parecen formar el patio colosal de un palacio de gigantes.

La plaza, que es relativamente moderna, puesto que empezó en 1720, no ha sido siempre lo que es hoy. En el primer año de este siglo fué testigo de una escena terrible: en el centro de ella fueron ejecutados en horca ó en garrote 18 ó 20 criminales, pertenecientes todos ellos á una cuadrilla de bandoleros dirigida por un tal Chafandín, terror de la ciudad y la comarca durante largos años. Aquel trágico suceso hizo que la población mirase con horror la hermosa plaza. La hierba crecía entre las losas de sus portales, nadie vivía en las casas que forman sus cuatro lados, y durante la noche era el punto de reunión de las gentes de mal vivir.

A medida que se fué olvidando la tremenda ejecución, fué recobrando la plaza el favor de los habitantes, y hoy es el lugar predilecto de los salmantinos, su orgullo y su recreo.

De la plaza arrancan las principales calles, en todas las cuales hay no poco que admirar, y de ellas multitud de callejuelas que trasladan la imaginación del menos soñador visante á los siglos en que la ciudad del Tormes estaba en el apogeo de su celebridad: calles solitarias, formadas por tapias de conventos, sobre cuyos caballetes asoman los cipreses sus puntiagudas copas; caserones destartalados, cuyas paredes ostentan señoriales escudos de piedra; iglesias de muy diversos órdenes arquitectónicos, el románico rudo, como las armaduras de los guerreros del siglo XII; el gótico, florido como el vestido de alegre desposada; el severo greco-romano y el delirante churrigueresco... todo ello alternando con grandes ruinas y con paredones cuarteados, que fueron muros de magníficas fábricas.

Al Mediodía de las dos catedrales, nueva y vieja, están lo que se llama las callejas de la Catedral. Nada hay en España semejante á aquellas encrucijadas, á las cuales dan sombra las paredes enormes y las torres colosales de ambos templos, dos montes de piedra que justifican la frase: *Salmantica fortis*. Parece petrificada ó momificada allí la Edad Media. Los torreones y bastiones de los dos edificios, ocupan grandísima extensión, formando rincones solitarios tapizados de

musgo, que se agarra á las junturas de los sillares; pasadizos oscuros, que repiten el eco de las pisadas; adornado todo ello por gárgolas que, desde lo alto de los muros, abren sus fauces amenazadoras; y por santos que, en expresión mística, juntan sus manos de piedra y miran al cielo con sus ojos inmóviles.

Por aquellos parajes sólo se ve de cuando en cuando algún cura, que se dirige al *patio chico*, y alguno que otro mendigo de los que piden limosna en las puertas principales de los dos templos. En los calados doseletes, en las capulillas y resaltos de la catedral nueva, anida un enjambre de golondrinas, cuyos chillidos son el único ruido que interrumpe el silencio de aquellos lugares.

*
* *

En la parte Sur y Sudoeste de la ciudad, entre la Peña Celestina y la plaza de Fray Luis de León, están los Caídos, ancha y larga explanada que hasta época no muy remota fué un conjunto de templos, colegios y conventos. De aquellas grandezas sólo queda el recuerdo: el tiempo va desmoronando las ruinas, última reliquia de los desaparecidos edificios.

Del Colegio del Rey, hoy convertido en

cuartel, sólo es habitable una pequeña parte; el *Trilingüe*, edificio que se construyó para que en él estudiara el malogrado Monarca D. Alfonso XII, es, según creo, cuartel de Caballería; del convento de San Vicente, cuyo medio claustro dícese que era una verdadera maravilla, sólo quedan montones de piedra... Igual suerte han sufrido los monasterios de Agustinos calzados, de Colonistas, el de San Miguel y tantos otros cuyos restos son designados hoy con el expresivo y exacto nombre de *Los Caídos*.

Desde la Peña Celestina descúbrese hermoso paisaje; deslízase el río por entre frondosas alamedas y abundantes sauces, que mojan sus ramas en la corriente tranquila. Lejos alcánzase á ver el Zurguen, tan ensalsado por Meléndez; río abajo el famoso Otea, también cantado por los poetas, y más allá, á la orilla del Tormes, humean las casas de Tejares, pueblecillo en una de cuyas aceñas nació, según nos cuenta Hurtado de Mendoza, el célebre *Lazarillo*.

En los alrededores de la ciudad, otros edificios: el Corpus, San Jerónimo, reducido á ruinas, y el convento de la Vega, en donde se conservan magníficas antigüedades, dan testimonio todavía de la exuberancia de vida religiosa y artística que alcanzó Salamanca en los siglos pasados. La ciudad era

pequeña para contener más monumentos, y varias comunidades tuvieron que edificar sus monasterios fuera de las murallas.

Un magnífico puente romano une las dos riberas del Tormes, y dos viaductos de hierro, uno desde las peñas llamadas de San Jerónimo y otro á cuatro kilómetros de la ciudad, dan paso, respectivamente, á los trenes de la Transversal y Portuguesa. Es de advertir que Salamanca forma hoy el núcleo de una verdadera estrella ferroviaria. Allí se cruzan las líneas de Medina, de Lisboa, de Oporto, de Cáceres á Astorga y de Avila por Peñaranda, esta última vía en construcción.

No deja de ser extraño el contraste que ofrecen lo vetusto y arcaico de la población y la actividad constante del vapor, que con los silbidos de sus máquinas y el estrépito de sus trenes, hace estremecer aquellos conventos fundados para servir de asilo contra el mundanal ruido, y aquellas iglesias, cuyas torres parecen mirar espantadas el incesante tragar de las locomotoras.

Otro *anacronismo* es la luz eléctrica. Salamanca ha pasado de un salto desde el petróleo al fluido eléctrico sin tropezar con el gas. Líbreme Dios de censurar el nuevo sistema de alumbrado; pero, á decir verdad, lo que ha ganado el vecindario en punto á

comodidad, lo ha perdido la parte monumental en lo que se refiere á *color histórico*. Las lámparas incandescentes y los focos de arco voltaico no *dicen bien* con la piedra ennegrecida por el tiempo, con las portadas románicas, con las fachadas platerescas, con todo aquello, en fin, que representa algo, así como un rincón del mundo; en que se han refugiado los restos de civilizaciones que fueron. Aquellas callejuelas están pidiendo todavía lámparas vacilantes colgadas delante de imágenes borrosas, antorchas llevadas por pajes, ó, por lo menos, el farolillo con que cualquier hermano Melitón solía alumbrar el camino del reverendo guardián que volvía á su convento...

II

El convento de Santo Domingo.—El templo.—El claustro.—Los frailes.—El monte Olivete.—La portada.

Entre los monumentos hermosísimos de Salamanca, es uno de los más notables el convento de San Esteban ó de Santo Domingo, en el cual convento se hallan actualmente instalados 70 frailes dominicos. Desde la exclaustración hasta hace poco tiempo, el Monasterio de San Esteban fué albergue de una porción de familias pobres. Cuando volvieron los religiosos, los antiguos inquilinos tuvieron que dejar el convento. Sabe Dios por qué rincones andarán rodando ahora aquellos infelices. Ha sido ésta una segunda exclaustración.

La historia del convento es por extremo gloriosa. Priors de él fueron Deza, Soto y otros varones ilustres; allí encontró valedores que le fortalecieron y ayudaron al des-

cubridor de América; allí los Canos y Vitorias enriquecieron con sus estudios la ciencia española, y allí dejaron sus obras más preciadas Ceroni, Palomino y Claudio Coello.

*
* *

Día de fiesta fué el día en que *giré* mi visita al célebre Monasterio. En el hermoso templo del convento celebrábase el oficio divino. Escaso número de fieles presenciaba la sagrada ceremonia. En el coro resonaban, acompañadas por el órgano, las voces de los religiosos, y por las ventanas ojivales penetraba esa tenue claridad que tan bien se hermana con la solemnidad misteriosa de las ceremonias del culto.

Terminada la Misa, los fieles fueron saliendo lentamente. Pronto me quedé sólo. ¡Qué augusta majestad se desprendía de aquellas sagradas bóvedas que repetían el eco de mis pisadas! ¡Qué emoción invadía el alma en presencia de aquellos altares en los cuales, Cristos acardenalados, Vírgenes en éxtasis, mártires en horribles suplicios, parecen contemplar algo divino que allá en regiones á donde no alcanzan ojos humanos debe de flotar entre torrentes de luz y en medio de coros celestiales!

En el altar mayor, entre un amontona-

miento de hojas y racimos de oro—obra de José Churriguera,—destácase el «Martirio de San Esteban», pintado al óleo por Claudio Coello. Fué la última obra del egregio pintor. En ella puso toda la energía de su alma. Por aquella época había sido llamado á España Lucas Giordano para que pintase los techos de la escalera de El Escorial. El pintor español comprendió que no podía luchar con el artista napolitano; sintióse vencido, y aunque su cuadro de San Esteban fué elogiado por el Rey, los cortesanos y el mismo Giordano, es lo cierto que Coello sobrevivió poco á este postrero triunfo. Frente por frente del cuadro del altar mayor, en el coro, está el fresco de Palomino. Representa la Iglesia militante y la Iglesia triunfante. Lo que más se destaca en la alegórica composición es un magnífico carro triunfal tirado por soberbia cuadriga. En el plinto del carro osténtase una soberbia matrona que simboliza la Iglesia militante.

En el presbiterio, en el muro correspondiente al lado del Evangelio, los actuales Duques de Alba han hecho construir un magnífico sepulcro, en el cual reposan las cenizas de D. Fernando de Toledo, tercer Duque de Alba, designado en la historia con el sobrenombre del Grande. El sepulcro, que está bajo un elegante arco gótico,

tiene la forma de un arcón. En la tapa descansan un manto de admirables pliegues, el bastón de mando, la espada y el sombrero del insigne caudillo. A uno y otro lado del retablo aparecen en letras góticas los nombres de las victorias alcanzadas por el héroe capitán.

*
* *

Mi buena suerte me deparó el encuentro de dos amabilísimos frailes, que, de buen grado, se brindaron á enseñarme el convento. Entre los dos religiosos, vestidos de blanco y con sus capuchas caladas, entré en un precioso claustro de estilo plateresco.

Forman este claustro elegantes arcos, sostenidos por cuadradas pilastras, coronados de elegantes capiteles, sobre los cuales descansa caprichosa reprise, engalanada con monstruos, cariátides, guirnaldas y flores. En el centro del patio álzase un templete, del mismo gusto y ornamentación que el claustro; el jardín está cubierto de altas y viciosas hierbas, y el musgo tapiza en parte el friso de las columnatas y trepa por los ángulos del cuadrilongo.

Siéntese allí una tan honda paz, un tan solemne silencio, que no parece sino que aquello está situado á miles de leguas de la vida, en no se qué isla de reposo y olvido.

En una de las paredes del claustro hay abiertos en la pared ciertos huecos, que se comunican con el templo por medio de una espesa reja. Según me dijo uno de mis acompañantes, uno de aquellos nichos era el sitio por donde Santa Teresa se confesaba con el Padre Báñez.

—Ya ve usted—añadió uno de *mis* frailes,—«entre Santa y Santo pared de cal y canto».

En el cuerpo superior del claustro está instalado el Museo Provincial, entre cuyos cuadros apenas si hay alguno que merezca fijar la atención. En cambio, la escalera que une las dos galerías es una de las maravillas del convento por lo atrevido y soberbio de su construcción. Ante el primer peldaño está la losa que cubre los restos de Domingo Soto. Aquel sabio, eminente gloria de la filosofía española, que, habiendo nacido hijo de un humilde jardinero, llegó á representar al emperador Carlos V en el Concilio de Trento, quiso al morir que, en prueba de humildad, pisasen encima de su cadáver cuantos subieran la magnífica escalera por él costeadada. En lo alto de esta escalera, en relieve policromo, hay una imagen de la Magdalena, obra hermosa y de inspirado escultor.

He de decir, con verdad, que antes de ahora tenía cierta ojeriza á los frailes dominicos. El papel que estos religiosos desempeñaron en la Inquisición me los presentaba ante mi fantasía no como monjes retirados del mundo y entregados á la oración y al estudio, sino como sectarios fanáticos, maquinando persecuciones, tremolando en los autos de fé su fatídico estandarte verde y conduciendo al garrote ó al brasero á los relapsos.

Si algo parecido á esto fueren en otros tiempos, hoy son unas buenas personas. Díganlo mis amables acompañantes, en cuya conversación advertíase un espíritu de tolerancia que ya lo quisieran para sí los que fuera de los claustros alardean de tolerantes.

—Vea usted—me dijo uno de los frailes, haciéndome entrar en un larguísimo salón abovedado, y cuyo suelo está empedrado de menudos guijarros, entre los cuales forman dibujos huesos clavados en la tierra.—Este es el famoso salón *De profundis*, donde, según es fama, se celebraron las conferencias de Colón.

—Aquí—añadió después en son de broma—está lo más importante del convento.—Empujó una puerta, y apareció el refectorio, con dos largas mesas ya servidas. De-

lante de cada asiento había un plato con ensalada, un cubierto, un vaso y unas vinagreras. Atravesamos después un patio de enormes columnas, y entramos en la huerta, conocida con el nombre de Monte Olivete. Es, en efecto, un verdadero monte inculto, de terreno desigual y cubierto en gran parte de mala hierba. En el centro hay una cruz de piedra, y en uno de los rincones una Virgen de Lourdes en el fondo de raquítica gruta, adornada con geráneos y rosales.

Un poco me asombró el estado de abandono en que se encuentra la huerta... Setenta hombres, casi todos fuertes y robustos, sin otras ocupaciones que las del rezo y el estudio, ¿cómo por recreo, más bien que por trabajo, no han convertido el Monte Olivete en hermoso jardín? Por aquellos desolados lugares paseábanse ociosos varios monjes. Desde el pie de la cruz, que es la parte más elevada del huerto, descúbrese una hermosa vista: de una parte la imponente masa del convento con sus gigantescos botareles; más lejos las catedrales vieja y nueva, sobre las cuales se alza como un gigante que á ambas las custodia la torre enorme del segundo de los dos templos; más allá torres, cúpulas, campanarios, murallones rojizos, arcos y portadas. De la

otra parte, primero el río, entre doble franja de verdura, y después extensos campos, manchas de bosques lejanos, aldeas diseminadas en la llanura y blancas carreteras que en diferentes direcciones cortan la campiña, verde á trechos, á trechos rojiza y amarillenta.

*
* *

—¿Quiere usted ver una de nuestras celdas?

Accedí con gusto, y después de cruzar varios pasillos y de subir unas cuantas escaleras, penetré en la *casa* de uno de mis acompañantes, compuesta de varias habitaciones. En la principal había una mesa, modesto estante cargado de libros y una alacena.

Eran ya más de las once de la mañana. Comprendí que estaba haciendo malísima obra á mis acompañantes, puesto que, según uno de ellos me había dicho, á las once comía la comunidad, y me despedí de mis dos amables *ciceroni*.

Cuando salí del convento por un elegante pórtico, detúveme en el atrio para contemplar la hermosísima fachada del templo. Pocas joyas posee en España el arte plateresco que puedan competir con la magnífica por-

tada de San Esteban. El cincel ha apurado allí todos sus primores con asombrosa profusión: efigies de santos, doseletes y pedestales maravillosamente calados, grecas, encajes, filigranas admirables, que más parecen obra de platero que de escultor, monstruos, ángeles, bustos, un derroche de ornamentación, un lujo inconcebible de pormenores que, no obstante su número, ni fatigan ni confunden; y, en medio de toda aquella riqueza, el relieve magnífico, esculpido por el milanés Ceroni, relieve que representa el martirio de San Esteban, descrito así por un cronista de Salamanca, don Fernando Araujo:

«San Esteban, extrañamente ataviado con vestiduras episcopales, recibe arrodillado las piedras que los gentiles le arrojan furiosos; en el fondo figura un paisaje con las murallas de una ciudad á la izquierda y un bosque á la derecha, y arriba, entre nubes, la Santísima Trinidad presenciando los sufrimientos del Proto mártir.»

III

Los templos de Salamanca.—Las catedrales.—La catedral vieja.—El edificio, el interior, el claustro.

Hay quien dice, y yo creo que no sin falta de razón, que cada vecino de Salamanca sale á iglesia por barba. En efecto, no se encuentra en la histórica ciudad plaza que no cuente entre sus edificios algún templo, ni calle por encima de cuyos aleros no asomen las ventanas de un campanario. En otro tiempo hubo en Salamanca 25 conventos de frailes, 25 de monjas, 25 parroquias (47 había en el siglo XVI) y 25 colegios con sus correspondientes capillas; total, cien iglesias. De esta profusión de templos queda hoy número suficiente para justificar el título de *Roma la Chica*, que todavía emplean los oradores y poetas locales cuando quieren ensalzar el celo religioso de la ciudad del Tormes.

Reinas de todos estos templos son las dos catedrales salmantinas: la *Vieja*, cuya antigüedad arranca de aquella centuria en que Rodrigo Díaz de Vivar andaba *ensanchando* con botes de lanza la tierra de Castilla, y la *Nueva*, que empezó á construirse el año 1513, poco antes de que imperiales y comuneros ensangrentasen con sus discordias las ciudades y campos castellanos.

*
* *

La construcción de la catedral vieja fué cosa de doña Urraca y de su primer esposo D. Ramón ó D. Raimundo de Borgoña. Hubo por entonces de repoblarse Salamanca con gentes de muy diversas tierras: gallegos, portugueses, franceses y castellanos, peleadores todos ellos y amigos de peligrosas aventuras. Fueron aquellos tiempos de los más rudos que España, tan curtida en desventuras, ha sufrido jamás.

Quebrantados los cristianos por la invasión de los almoravides, que en Zalaca y en Uclés nos maltrataron de lo lindo; desmembrado Portugal de Castilla; mal avenidos la Reina doña Urraca y su segundo esposo don Alfonso *el Batallador*; revoltosos y tiranos los nobles, é intrigante y nada evangélico el

clero, ofrecían los reinos de España cuadro parecido al del famoso campo de Agramante.

Esto no era parte á impedir que el celo religioso fuese grande y el fervor mucho, como lo prueba la construcción de tantas iglesias y monasterios que por entonces se fundaron, entre los cuales puede competir con los mejores la catedral vieja de Salamanca.

Parece que ha quedado petrificado allí un pedazo de nuestra historia patria. El edificio, aunque mutilado á causa de la construcción de la catedral nueva, conserva mucho de su majestad y de su guerrera traza. Díjérase que es un campeón de Castilla que, fatigado de su esfuerzo y sin quitarse aún las armas, se ha reclinado, herido, en la margen derecha del Tormes.

Templo y fortaleza á un mismo tiempo, su contemplación hace pensar en aquellos obispos que, como Gelmírez, manejaban indistintamente el báculo ó la lanza, ó, como el Bermudo del romance, cuando la ocasión se ofrecía, se calaban la celada y ponían espuelas al caballo.

Todo habla en el viejo edificio de lucha, de fuerza y de violencia, lo mismo sus redondos torreones, rasgados de trecho en trecho por angostas saeteras, que sus esca-

mosas torrecillas, que su cimborrio, coronado por un gallo á guisa de cimera.

Ya he dicho que los pobladores de la ciudad del Tormes eran de la gente más revoltosa y guerrera de la Península, y así se entraban á sangre y fuego por las tierras del moro Taxfin, como llevaban el espanto á los campos de Ciudad Rodrigo, como se revolvían contra sus mismos Monarcas.

¡Cuántas veces, en aquellos calamitosos tiempos de revueltas y algaradas, coronábanse las almenas de la catedral de armada muchedumbre, enarbolábase rebelde pendón en la torre del gallo, crugían detrás de las saeteras las nueces de las ballestas, arrimábanse escalas á los robustos muros y convertíase el templo en teatro sangriento de espantosos y feroces combates!...

Del antiguo edificio han desaparecido la torre de las campanas y la torre mocha del alcaide, la portada y una gran parte del ábside. El nuevo templo, la catedral nueva, se formó á expensas de la vieja. ¡Símbolo de piedra de la lucha por la existencia, que no respeta templos, ni siquiera religiones!

*
* *

El interior de la catedral vieja es, por decirlo así, una de las más hermosas páginas

de la historia de la arquitectura románico-bizantina en España. Al entrar bajo sus severas bóvedas se experimenta como en ningún otro templo la grave y honda emoción religiosa. Aquellos muros desnudos de adorno, aquel pavimento compuesto de lápidas de sepultura, aquellos robustos pilares coronados de monstruosos mascarones, el silencio que allí reina y la tenue y misteriosa claridad que penetra por las altas y estrechas ventanas de la elegante cúpula que corona el crucero, todo predispone el ánimo á la meditación y al recogimiento, todo ello es imagen fiel de la religión ruda, pero sincera, de la Edad Media, tan distinta en lo exterior de la religión de buen tono y *confortable* que reina en las iglesias consagradas al Corazón de Jesús, adornadas con bastidores de papel pintado y con estatuas de cartón-piedra.

El retablo del altar mayor es obra de Nicolás Florentino. Compónenlo 55 tablas que representan la vida de Jesús, y lo corona un cuadro en forma de medio punto, en el que se ve al Padre Eterno rodeado de su gloria, teniendo á la derecha á los justos y á la izquierda á los réprobos, á quienes espera, echando llamas, la boca del infierno.

Trece sepulcros, repartidos entre el ábside y los cruceros, guarda la vieja iglesia

de Santa María. Uno de ellos, y de los más ricos y artísticos, es el de una rica-hembra salmantina, llamada Doña Elena. Muy virtuosa y santa debió de ser Doña Elena, á juzgar por el bajorelieve que adorna su sepultura.

En la parte anterior de la urna mortuoria vese el cadáver de la dama tendido en unas andas; síguenle varias plañideras que, en señal de duelo, se mesan los cabellos, mientras en otro lado el alma de la rica-hembra sube al cielo en brazos de dos ángeles.

Otra sepultura que siempre que visito la catedral vieja atrae poderosamente mi atención, es la de Doña Manfalda, hija—según reza la lápida--del rey Alfonso VIII de Castilla y de la reina Doña Leonor, y hermana de la reina Doña Berenguela, mujer del rey D. Alfonso IX de León, «que finó por casar en Salamanca el año de 1204.» ¿Cuál fué la vida de esta infanta, cuyo cadáver duerme hace ochò siglos bajo las bóvedas de la vieja catedral? ¿La circunstancia que la lápida consigna, de que *finó por casar*, se refiere tal vez á una historia de amores? ¿Sería la malograda princesa, como su hermana, la madre de San Luis, blanca de corazón y de rostro? Al mirar aquella lápida, cuyos caracteres casi ha borrado el tiempo, parece que surge en la catedral la escena del en-

tierro. Los próceres de Castilla, lujosamente ataviados; los guardias del rey, con sus relucientes armas; los clérigos, con sus capas de duelo, y en medio del cortejo, entre flamear de cirios y rumor de cantos funerales, el cuerpo de la infortunada doncella, llevado en andas, cubierto de luengos paños, mientras en el fondo de la iglesia la multitud contemplaba en silencio la triste ceremonia.

Yacen allí también los restos de un hijo natural de Alfonso IX, y el famoso poeta Juan de la Encina. Junto á un altar borroso y de mal gusto hay colgado un cirio enorme. Dícese que el tal cirio, que no era otra cosa que un colosal cartucho de alquitrán revestido de cera, fué regalado por un hebreo con la intención de pegar fuego á la catedral. El proyecto de aquel anarquista primitivo no *resultó*. Descubrióse el engaño, y en vez de arder el cirio quien sin duda ardió en pública hoguera fué el taimado judío. Sea de esto lo que quiera, allí está, como testimonio de la conseja, cuento ó sucedido, la sacrílega ofrenda.

*
* *

Una puerta situada en el muro correspondiente al lado de la epístola da ingreso al claustro, obra del siglo pasado, construí-

do sobre lo que fué cementerio de la iglesia, y sin otro mérito que el de servir de comunicación entre el templo y varias capillas, algunas de gran valor artístico.

En el centro de la de Santa Bárbara, sombría y triste como un panteón, está el sepulcro en mármol del obispo Lucero, servidor complaciente de D. Pedro el Cruel. No fué muy buena persona el tal Lucero: él y el Obispo de Avila se prestaron á disolver el matrimonio del monarca con Doña Blanca de Borbón y á bendecir el enlace del rey con Doña Juana de Castro. Cubre el sepulcro del prelado una gran mesa con amplio tapete. En el testero de la mesa, correspondiente á la cabeza de la estatua sepulcral, hay un sillón de cuero. Frente al sepulcro y junto á la pared forman semicírculo varios sillones.

Hasta poco tiempo há, la capilla de Santa Bárbara era, por decirlo así, el salón de grados de la Universidad. Con gran aparato conducíase al graduando hasta el sombrío recinto, se le encerraba y se le dejaba allí durante veinticuatro horas. Si siempre es imponente un examen, hasta el punto de justificar aquello de «aquí yace quien no temió... porque no se examinó», júzguese lo que pasaría el pobre examinando, sobre todo á las altas horas de la noche, en tan

lúgubre panteón, sin más compañía que la de la estatua yacente, y luchando entre el pavor de aquel lugar y el natural temor al próximo y riguroso examen.

Al expirar las veinticuatro horas de la clausura entraban ceñudos y severos los examinadores, tomaban asiento en sus sillones... y allí empezaba Cristo á padecer. No lo cuenta la tradición, pero estoy seguro de que más de uno y más de dos graduandos saldrían de su encierro á punto de ir á hacer compañía al Obispo Lucero... Hicieron bien en ponerle á la capilla el nombre de Santa Bárbara, porque aquello era, en efecto, una barbaridad.

De las otras capillas sólo citaré la de Talavera, en donde ciertos días del año se dice misa según el rito muzárabe, y la de Anaya, en cuyo centro álzase magnífico túmulo de mármol blanco, con la estatua del fundador, rodeado de soberbia verja de hierro (todo ello de exquisito gusto plateresco), con la siguiente inscripción en caracteres góticos:

«Aquí yace el reverendísimo é ilustre é muy magnífico señor D. Diego de Anaya, Arzobispo de Sevilla, fundador del insigne Colegio de San Bartolomé: falleció anno del Señor de mil é quatrocientos treinta y siete annos.»

No es posible salir de esta capilla sin detenerse ante el enterramiento de D. Gutierre de Monroy y de doña Constanza de Anaya, su mujer. Allí yacen ambos esposos tendidos en su lecho de piedra, que parece doblarse bajo el peso de los cuerpos, dando envidia á los verdaderos amantes que no quieren separarse ni en la vida ni en la muerte.

IV

Los templos de Salamanca.—La catedral nueva.—La torre.—Exterior de la iglesia.—Su interior.—La misa mayor.

Nada menos que *catacresis marmórea de la gloria* llamó Gerardo Lobo en una disparatada oda á la torre de la catedral de Salamanca. La tal *catacresis* mide la friolera de cuatrocientos piés de altura; consta de dos cuerpos asentados sobre ancho zócalo de piedra berroqueña, y desde sus galerías superiores se alcanza á ver un círculo de cuatro leguas de radio.

Encima del campanario, en la parte correspondiente á la base de la media naranja, hay una grandísima campana llamada María la O; de la media naranja arranca la linterna; sobre ésta hay una bola de hierro, que desde abajo parece poco mayor que una bola de billar, pero en cuyo interior cabe

un hombre. Corona la torre una cruz con un pararrayos.

Hasta la galería que corre por el arranque de la media naranja, y que está flanqueada por cuatro torrecillas con sendas veletas, se sube por escalera interior. Desde allí la ascensión es algo más difícil, como que es menester trepar por una de las tres escalas de hierro adheridas á la parte exterior de la torre. Una de estas escalas se ha construído de tal modo que, al poner el pie en el primer peldaño, se encuentra quien quiere subir por ella con la sorpresa, que no necesito decir si será agradable, de que, merced á un ingenioso mecanismo, toda la escalera se desprende cosa de media vara de la torre, como si se hubiera arrancado repentinamente de ella. Como el tal aparato hállase á la altura de trescientos piés del suelo, júzguese lo que sentirá el incauto que, sin conocer tan divertido resorte, intenta subir hasta la linterna.

El día de Todos los Santos, á las ocho de la mañana, y la víspera, al mediar el día, un hombre, á quien el pueblo designa, no sé por qué, con el nombre de *mariquelo*, trepa á la linterna; sube, agarrándose á los salientes y adornos de la piedra, hasta la bola; asciende luego á la cruz, y se encarama, por último, al pararrayo... Un poco más... ¡y las nubes!...

¡Imagen de la vida cristiana: penosa ascensión, la cruz y el cielo!...

*
*
*

Al pie de la torre, que, aunque de mal gusto, tiene el mérito, no escaso, de ser grande, destácase la masa, enorme también, de la catedral. Como en todos los edificios cuya construcción dura siglos, en el templo mayor de Salamanca adviértese gran diversidad de estilos: el gótico florido con todos sus primores y delicadezas; el clásico con sus severas y monótonas líneas; el churrigueresco con sus pesados y profusos adornos.

Inútil es decir que el más bello de todos estos estilos es el primero, que puede considerarse como la primavera de la arquitectura moderna. La cúpula, que es de gusto pseudo-clásico, y la torre, desentonan del carácter general del edificio. Sin embargo, el conjunto encanta y emociona: su misma variedad refleja mejor que un libro las diferentes fisonomías de los siglos XVI, XVII y XVIII. Desde 1513 que comenzaron las obras, según los planos de Antón Egas y Antonio Rodríguez, y bajo la dirección del maestro Juan de Hontañón y del aparejador Juan Campero, hasta la instalación del cul-

to en 1733, transcurrieron ¡doscientos treinta años! ¡Calcúlese el número de artistas que dejaron allí las huellas de su talento y las generaciones de obreros que empaparon con su sudor aquellas piedras venerandas!

Aunque algo afeada por la torre, la fachada del Poniente, que es la principal, puede calificarse, sin exageración, de prodigio del arte plateresco. Obra, en efecto, de platero, más que de escultor, parecen aquellos delicadísimos encajes que, ya festoneando los arcos gigantes de la portada, ya complicándose en calados doseletes y aéreas hornacinas, ya extendiéndose en graciosas grecas y guirnaldas, forman maravilloso retablo, en el cual se destaca un magnífico cuadro de piedra que representa la Adoración de los Reyes Magos. Sobre este cuadro se ostenta un colosal Cristo con la Virgen y San Juan á los pies, y á uno y otro lado de estas figuras las estatuas de San Pedro y San Pablo.

Del mismo estilo, y también de afluigranada labor, son las otras dos fachadas de la catedral: la puerta de Ramos y la portada del Patio Chico. El aspecto total del templo con sus calados, galerías, sus botareles, sus agujas, su cúpula y su torre, admira y sobrecoge... Es una verdadera epopeya de piedra, obra de un pueblo y no de un artis-

ta, producto del genio de una raza; no se ve allí el plan de un cerebro, sino el instinto de una innumerable muchedumbre.

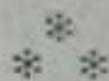


Al penetrar en la catedral por la puerta del Poniente, protegida en la parte interior por enorme cancela, cuya puerta, al cerrarse, da un golpe semejante á un cañonazo, siéntese honda emoción religiosa. Las cinco altísimas bóvedas ojivales descansan sobre filas de pilares, de los cuales simula cada uno un haz de columnillas que luego, en lo alto, se esparcen en delicadas ramificaciones. A uno y otro lado de los muros dan paso á la claridad del día, atenuándola, grandes ventanas ojivales, con vidrios de colores. ¡Lástima que el coro, obra de Churriguera, y la pseudo-clásica cúpula quebranten la pureza del estilo gótico que domina en el interior del templo!

Diez y nueve capillas comprenden las naves laterales y el ábside de la iglesia. Entre estas capillas es una de las más notables la del Cristo de las Batallas. Según se asegura, el Crucifijo que en aquella capilla se venera es el mismo que el héroe llevaba á los combates. La rudeza de la tosca imagen, su antigüedad y su historia, evocan en la

fantasía las hazañas cantadas por el autor anónimo del poema de *Mío Cid*. Al pie del Crucifijo siempre hay gente que ora de rodillas con fervoroso recogimiento.

No es el objeto de estas notas describir al por menor las obras de arte que contiene la catedral. Solamente citaré la fastuosa *capilla dorada*, la de San José, un notable relieve de la Dolorosa, obra de Carmona, la capilla del *Ecce Homo* y la de Nuestra Señora de la Verdad, cuya imagen es objeto de una leyenda milagrosa. Dícese que la Virgen movió la cabeza para testificar á favor de un cristiano, contra las afirmaciones mentirosas de un judío.



Nada tan solemne como la Misa Mayor de la catedral. Á uno y otro lado del altar hay dos urnas de plata, que contienen las cenizas de San Juan de Sahagún y de Santo Tomás de Villanueva; la capilla mayor, unida al coro por doble verja de hierro, está tapizada de terciopelo carmesí con anchas franjas de oro; sobre el Tabernáculo osténtase, entre nubes, la figura de la Virgen, pintada por Juan de Juanes. Cuanto se emplea en el culto es artístico y magnífico: ternos de extraordinario valor, misales pri-

morosamente encuadernados, candelabros, incensarios, ciriales y vasos sagrados, todo de plata y oro ricamente labrados.

La débil voz de un sacerdote anciano dice con voz temblorosa el *Prefacio*, que es contestado desde el coro con graves y sonoras voces. Llega el momento de alzar á Dios: el magnífico órgano del coro lanza sus notas tristes y solemnes; la multitud se arrodilla, y cuando el sacerdote eleva la Sagrada Forma, suenan las argentinas campanillas del altar mayor, responde en el coro un címbalo de penetrante timbre, y á poco resuena en lo alto de la torre el son grave de María la O, cuyos ecos hacen que en cuatro leguas á la redonda el vaquero que guarda su ganado, y el gañán que ara su campo, y la moza que llena su cántaro en la fuente, y el caminante que dormita en su cabalgadura, suspendan un punto su faena ó su camino para orar al Dios de amor y paz que en aquel momento un sacerdote de blancos cabellos levanta entre nubes de incienso en sus manos temblorosas, bajo las bóvedas gigantes de la hermosísima catedral.

V

Recuerdos históricos. — Doña María la Brava. — San Juan de Sahagún. — La Universidad. — La Historia de Salamanca. — Su último historiador.

Ya he dicho más arriba que en Salamanca apenas se encuentra plaza ni calle sin su correspondiente iglesia. De éstas, además de las dos famosas catedrales, las hay muy notables: la de San Martín, cuya antigüedad se remonta al siglo XII; la de Sancti Spiritus, de excelente gusto plateresco; la de las Agustinas, magnífico templo de la época del Renacimiento, y en cuyo retablo se admira una hermosísima Virgen de Ribera; la de San Juan de Sahagún, construída recientemente por el actual Obispo de la diócesis, Padre Cámara, y otras muchas menos notables que las anteriores.

La de la Clerecía pertenece al edificio en que la Compañía de Jesús tiene instalado

su Colegio. La extensión que ocupa el tal edificio es inmensa, y su arquitectura, aunque de mal gusto, es majestuosa. La forma es la de un ave colosal, cuyas alas de piedra ocupan espacio mayor que el de algunos pueblos.

Más que por su valor artístico, merecen citarse, por los recuerdos históricos que evocan, las iglesias de Santo Tomé y San Benito, cabezas de las dos parcialidades que durante largos años ensangrentaron las calles de Salamanca. Entre los trágicos episodios de esta secular contienda, es uno de los más famosos la espantosa hazaña de doña María de Monroy, conocida por el significativo epíteto de *La Brava*.

*
* *

Fué el caso que dos hijos de esta señora riñeron con motivo de no sé qué lance del juego de pelota, con dos hermanos de la poderosa familia de los Manzanos. Quedaron éstos vencedores, y muertos los otros en el campo mismo de la refriega. Los Manzanos huyeron, y doña María de Monroy—dice sobre poco más ó menos un historiador—al saber la infausta nueva, sin dar ninguna muestra de dolor, sin derramar una sola lágrima sobre los restos en-

sangrentados de sus hijos, y sin disponer nada acerca de su sepultura, sólo pensó en tomar pronta y sangrienta venganza.

«Silenciosa y sombría—sigue diciendo el citado historiador,—fingiéndose temer por sí, salió acompañada de criados y escuderos para su lugar de Villalba; pero á la mitad del camino anunció resueltamente á sus servidores que no era fuga, sino venganza, lo que meditaba, y asociándolos con terrible juramento á su plan, los condujo á Portugal, donde se habían refugiado los homicidas.

Dónde y cómo los sorprendió, si fué en Viseo, de noche, derribando las puertas de su posada ó en otra cualquiera villa del reino vecino, no está bien averiguado; lo cierto es que á los pocos días entraba doña María animosa y terrible en la ciudad del Tormes al frente de su comitiva, enarbolando en los hierros de dos picas las cabezas de los Manzanos.

Como se ve, el calificativo de *Brava* cuadra perfectamente á la vengativa señora.

Recrudecidos los bandos con este suceso, el encono de las dos parcialidades llegó en ocasiones hasta el delirio. Degollábanse sin compasión los de una y otra parcialidad; perseguíanse con todo género de asechanzas, y por más esforzado era tenido el

que, aunque fuese con traición y dolo, daba muerte á alguno de sus contrarios. La ciudad ofrecía el aspecto de dos campamentos enemigos. El poeta Armendáriz escribió en su poema *El patrón salmantino* los siguientes versos, que dan idea de aquellas tremendas revueltas:

«Cada cual con su divisa
el sitio amigo conserva,
y en la plaza nace yerba
porque ninguno la pisa.

Nadie se atreve á pisalla
sino en pública refriega,
que quien á pisarla llega
con sangre suele regalla.

Todo es armas, todo espantos,
afrentas, voces, injurias,
venganzas, asombros, furias,
heridas, muertes y llantos.»

*
* *

En medio de tanto estrago, destácase la severa figura de un fraile agustino, Juan de Sahagún, á quien hoy se venera en los altares. Su palabra, llena de unción, arrastraba á las multitudes; su austera virtud era ejemplo de santidad; su ciencia guía de cuantos le escuchaban... ¡Cuántas veces— escribe el P. Cámara en su libro titulado *Vida de San Juan de Sahagún*—le colocaron el púlpito ante las casas de los caudillos de facción, y allí, ante sus puertas y ventanas, les increpaba reciamente por sus atentados

y acometidas, ó predicaba en la plaza á las tumultuosas turbas, ó se mezclaba entre los amenazadores grupos, adelantando sus brazos y su pecho á los golpes!»

A veces, su celo por la religión y las virtudes cristianas estuvo á punto de costarle la vida. Parece que por aquel tiempo eran muy aficionadas las doncellas á presentarse en público luciendo atrevidos escotes. Esto, como es de suponer, no era del agrado de las personas castas y modestas. Deseoso de *extirpar tan livianos trajes*—así lo dice el P. Cámara—empezó el Santo á predicar contra la pecaminosa costumbre; pero las señoras de aquel tiempo, que eran sin duda más atrevidas y desenvueltas que las de nuestro anatematizado fin de siglo, se revolviéron *como víboras*—frase también del Obispo de Salamanca—y no se contentaron con injuriar al predicador, sino que hasta tuvieron el propósito de apedrearle. Lo hubiera pasado mal el Santo á no defenderle contra las belicosas hembras varias personas de buena voluntad.

De otros relatos que he leído de la vida de San Juan de Sahagún, se desprende claramente que no era blando con los pecadores, cualesquiera que fuesen su condición y su rango. Por sus valerosas demasías de lenguaje hubo el duque de Alba de amena-

zarle de muerte, y se vió expulsado de la villa de Ledesma.

Su severidad y dureza con los pecadores y pecadoras, no eran obstáculo para que hiciera en obsequio de sus conciudadanos multitud de milagros. Si hemos de dar crédito á las leyendas piadosas que corren de boca en boca en Salamanca, San Juan de Sahagún resucitó muertos, salvó, con sólo alargarle la correa, á un niño que se estaba ahogando en lo hondo de un profundo pozo, y detuvo en el aire á un albañil que se caía de un andamio.

Y ya que hablo de los milagros del Santo, no pasaré por alto uno que ha dado nombre á cierta estrecha y pendiente callejuela que baja desde la catedral Nueva á la Puerta del Río.

Una vez encontróse Fr. Juan en dicha calle con un toro bravo; el Santo, lejos de huir del cornúpeto, como hubiera hecho cualquier mortal, se fué á la fiera, la cual se quedó inmóvil al verle, y poniéndole la mano entre los cuernos, le dijo: «Tente, necio.» El toro se detuvo como manso cordero, y la calle que antes se llamaba de Santa Catalina, lleva hoy aquella frase que recuerda el milagro que pudiéramos llamar taurómaco.

Milagros no menos estupendos que los

que el Santo hizo en vida, se obraron después de muerto él en torno de su sepulcro: durante mucho tiempo acudieron á la maravillosa sepultura cuantos tenían necesidad de curación y de consuelo, y al decir de escritores piadosos, todos se volvían consolados y remediados.

*
* *

Parece demostrado que puso el Santo fin, con sus predicaciones, á los bandos de Salamanca; así se desprende de documentos de la época.

Su muerte ha dado lugar á una leyenda, no sé hasta qué punto verdadera.

Dícese que á consecuencia de un vehemente sermón que San Juan predicó contra la lujuria en la iglesia de San Benito, cierto joven que tenía amores con una mujer casada, tocado en el corazón por las palabras del predicador, determinó romper aquellas relaciones adúlteras. Herida quedó en el corazón la dama cuando el arrepentido amante la expuso su decisión, y mucho más cuando vió que ni con lágrimas, ni súplicas, ni amenazas podía vencer el desvío del galán.

Al verse, pues, abandonada, concibió un plan de diabólica venganza contra el religioso causa del fin de sus reprobados amo-

res. Consistió aquélla en no sé qué brebaje venenoso ó, como he leído no sé en dónde, en ciertas yerbas que, exparcidas en el aradonde oficiaba el Santo, le intoxicaron por las plantas de los pies.

*
* *

Más notable que por sus iglesias, por sus instituciones religiosas y aun por sus milagros, es notable Salamanca por su Universidad. Esto es tan evidente, que no ha menester de demostración.

En los organismos sociales, lo mismo que acontece en los organismos físicos, todas las etapas de su existencia coadyuvan y conspiran á un fin determinado. Así como en el grano de trigo está la espiga, y en la niña adivínase la madre, así en cada nación y en cada ciudad, desde el primer día de su existencia, empieza á dibujarse el destino que Dios les ha señalado.

Los hechos parciales trabajan para el hecho capital; acontecimientos que parecen ajenos y hasta contrarios á la finalidad preestablecida, tienen con ella solidaridad tan íntima, que ante su presencia no hay espíritu de buena voluntad que se atreva á negar la intervención constante de la Providencia en la marcha lógica y acompasada de la histo-

ria. La de Salamanca constituye una labor continua, cuya resultante es la Universidad.

Maravilla ver cómo, á través del tiempo, se va formando el seno fecundo en donde había de ser depositada la semilla generadora de la Escuela Salmantina, cómo después aparece el embrión confuso de sus primitivos estudios, y cómo, por último, estos estudios se transforman en institución exuberante y vigorosa.

Hasta la etimología del nombre de Salamanca, que es, según los eruditos, *sede ó cátedra de adivinación*, indica cuál había de ser la misión providencial de la Atenas española. Todo ha sido aquí por la Universidad ó para la Universidad. Su posición geográfica en el centro de los Estados leonés y castellano; sus condiciones de *buen aire y fermosas salidas*, porque los maestros que muestran los saberes y los escolares que los aprenden *vivan sanos*; las fundaciones hechas por don Ramón de Borgoña y su esposa Doña Urraca; la construcción de su primera Catedral; las gentes que con este motivo acudieron de lejanas tierras; el numeroso clero que á ella pertenecía; los conventos é iglesias que á la sombra de aquel templo se levantaron; las obras arquitectónicas edificadas por las comunidades religiosas; la cultura que por

fuerza había de brillar en una ciudad donde tenían albergue los hombres más instruidos de aquel tiempo, todo ello fué grande parte para que primero Alfonso IX, y después los Monarcas sucesivos, disputasen á la antigua Helmántica por lugar excelente para el *establecimiento del estudio*.

Asombra imaginar lo que debió ser Salamanca en el siglo XVI durante el apogeo de su gloria, cuando hoy, después que los estragos del tiempo han convertido en reliquias lastimosas tantos prodigios, nos sentimos absortos y como deslumbrados en presencia de lo que aún permanece en pie.

Es esta ciudad todavía el índice de la historia patria. Todas las razas que pasaron por la Península han dejado allí marcadas sus huellas, todas las edades sus recuerdos, todos los siglos sus ofrendas. Unas cuantas horas pasadas en la contemplación de estos monumentos nos hacen olvidar por completo lo presente, y sumergen nuestro pensamiento en lo pasado. Ante nuestros ojos, desvanécese lo poco nuevo que contiene la ciudad, y nuestra fantasía reconstruye los edificios derruidos, levanta del polvo las instituciones muertas, y saca de los sepulcros las olvidadas muchedumbres. Asístese mentalmente á las luchas de Manzanos y Monroyes, óyese el gritar furioso de las

dos opuestas parcialidades y créese escuchar la voz elocuente del monje de Sahagún, calmando con su persuasiva elocuencia el encono de los bandos enemigos. Ante nosotros desfilan en fantástica procesión cien viejas y gloriosas tradiciones: el pueblo alborotado gritando en pos del caudillo comunero: *¡Comunidad! ¡Comunidad!*; la alegre turba estudiantil, zumbona y maleante; la hueste de los caballeros de Alcántara con la cruz al pecho y llevando en solemne cortejo, para depositarlos á los pies del Cristo de los Milagros, los estandartes cogidos á los moros...

Pero la ilusión es mayor y el olvido de lo presente más grande á la vista de la Universidad. Nada tan solemnemente melancólico como el aspecto que ofrece en época de vacaciones el edificio universitario. El famoso patio de escuelas, situado enfrente de la fachada principal de la Universidad, parece la plaza de una ciudad deshabitada. En el centro, la estatua de Fr. Luis de León dirige la palabra á no sé qué grupo de imaginarios discípulos, mientras que la plateresca portada de la Escuela, semejante á rico tapiz bordado de recamos primorosos, lanza, al ser herida por el sol, destellos parecidos á los que despide el cobre repujado. Una vez dentro del edificio, la soledad

es aún más imponente. El silencio de los claustros es sólo interrumpido por los pasos del conserje ó por el piar de las golondrinas que revolotean como locas en torno de los nidos formados en los huecos de las elevadas cornisas. Un jardín musgoso y sombrío, verdadero jardín de cementerio, esmaltado de flores amarillentas, pobres, anémicas, que en vano se yerguen buscando las caricias de un rayo de sol, ocupa el centro del patio.

Colgados de los muros del claustro, y alternando con inscripciones latinas, griegas y hebreas, están los retratos de los Reyes que protegieron la Escuela. Una escalera de piedra, flanqueada de ancha y artística balaustrada, conduce al piso superior, aumentado recientemente con nuevas galerías y algunas aulas. Ocupa la parte antigua de este piso la biblioteca, salón enorme atestado de volúmenes.

En la planta baja están las viejas cátedras, aquellas en que explicaron ó *leyeron* Nebrija, Arias Montano, Antonio Agustín, Pinciano, Fernando Nuño, Hernán Pérez de Oliva, el Brocense, Fray Luis de León, el Maestro Soto y tantos otros cuya sola enumeración llenaría libros enteros.

Al ruido que producen nuestros pasos al entrar en las aulas, diríase que huyen pre-

surosas cien sombras augustas. En los altos techos está refugiado el eco de elocuentes palabras, y los bancos, carcomidos y llenos de cifras, parece que esperan aún á la multitud escolar, dispersada largo tiempo ha de aquellos lugares, mudos y oscuros como las naves de los templos.

Por estas cátedras han pasado todas las grandezas científicas de España. Difícil es citar un nombre ilustre perteneciente á los siglos fenecidos que no figure inscrito en los libros de matrícula de la Universidad. Poetas y filósofos, teólogos y oradores, gramáticos y jurisconsultos salieron de aquí, como legión sagrada, para difundir por España y por Europa la ciencia atesorada en estos claustros. La Universidad de Salamanca fué durante mucho tiempo un faro, en cuya luz encendieron los genios sus antorchas.

La ciudad toda, con sus monumentos, con sus iglesias, con sus colegios, con sus hospederías, con sus tradiciones antiguas, con sus modernas costumbres, dependió, en cierto modo, de la Universidad. Ella es el núcleo de toda la historia salmantina. Por la Universidad florecieron el comercio y la industria; el menestral y el logrero medraban con el dinero de los escolares; las costumbres estudiantiles, las fiestas de la Universidad, eran también las fiestas del pue-

blo. La monumental plaza para los festejos universitarios fué construída; los 25 colegios allí existentes eran como *sucursales* de la Escuela. Los hospitales, los templos, los conventos, las fábricas, las casas... pueden considerarse como las ramas de un árbol gigante, cuyo tronco fué la Universidad.

Hoy mismo, la vida universitaria absorbe la vida del pueblo. Lo que pasa en las aulas, el orden de los estudios, los grados académicos, la severidad ó tolerancia de los profesores, las notas obtenidas por los alumnos, son el pasto cotidiano de todas las conversaciones. Hasta las muchachas casaderas se saben de memoria el reglamento universitario.

En esta relación íntima, en la que ciudad y Escuela se compenetran y funden, tiene su origen el cariño entrañable que los hijos de esta tierra clásica consagran á su Universidad, *alma mater* de la cultura nacional.

*
* *

Elocuente prueba de este acendrado amor, dióla el que fué cronista de la ciudad, D. Manuel Villar y Macías. El señor Villar había consagrado su vida al estudio de Salamanca, su patria. Cuando joven, ha-

bía cantado en versos más correctos que inspirados, sus monumentos, llorado sobre sus ruínas y festejado los sotos y alamedas que bordean las riberas del Tormes. A Salamanca consagró él sus vigiliass y sus afanes. Durante veinte años, día por día, recopiló datos, buscó documentos, compulsó fechas, descifró olvidados pergaminos y tradujo borrosas inscripciones, todo con el objeto de ilustrar la historia de su ciudad natal. Cuando acometió la empresa de escribir la historia de Salamanca, tenía en su poder un verdadero tesoro de riquezas arqueológicas. Tras largos afanes logró dar cima á su libro, que fué la obra de su vida.

Mirábase en él el historiador como se mira el padre en las pupilas de su hijo. Sin esposa ni otros amores que el amor hacia su obra, en ella vinieron á concentrarse todas las fuerzas del alma del escritor. Nunca se ha rendido en un libro mayor culto á la verdad histórica; nadie tampoco ha tenido idea más alta del sacerdocio de la historia que Villar y Macías. Puede decirse que su amor á la verdad era un verdadero fanatismo. Este amor constante, robustecido por una labor de veinte años, no desviada por ninguno de los estímulos que hacen amable la vida, acabó por convertirse en preocupación morbosa. La preocupación se

trocó en obsesión, y la obsesión en perturbación mental.

A decir verdad, la historia del Sr. Villar, más que un cuadro omnímodo y vivo de la ciudad de Salamanca, es una compilación de datos y documentos que representa una labor asombrosa, un verdadero trabajo de benedictino: más bien que una verdadera historia, es *acopio de materiales* que podrán y deberán utilizar los historiadores futuros de la ciudad del Tormes.

Algunos años después de haber dado cima el Sr. Macías á su fatigoso trabajo hubieron de notar en él sus amigos profundo abafimiento. Créese que aquel estado de espíritu reconocía por origen cierta polémica de escasa importancia, en la cual se le había demostrado un error de fecha, error insignificante, que no quitaba al libro del señor Macías ni la más leve parte de su reconocido mérito. Claro es que semejante nonada no hubiera hecho mella en una razón completamente sana. ¿Qué historia no tiene algún error? Mas, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el Sr. Macías, en frecuentes conversaciones, manifestó pocos días antes de su fatal resolución el profundo desaliento que sentía ante el temor, á todas luces infundado, de que una vez conocido un error de su historia, se llegara á dudar de



la veracidad de los datos que él con tanto trabajo había computado y con tanta escrupulosidad admitido.

Estas dolorosas preocupaciones llegaron de tal modo á posesionarse del espíritu del historiador, que una noche, después de vagar por las calles de Salamanca, desolado el corazón y angustiado el pensamiento, encaminóse á la ribera del río, aquella ribera cantada por él en plácidas anacreonticas.

A poco más de medio kilómetro de la ciudad hay en el Tormes un paraje llamado «La hondura del Cabildo». Peñas enormes forman por aquella parte el cauce del río. A lo más alto de ellas trepó el suicida. ¿Qué ideas combatieron su alma en aquellos tremendos instantes? Acaso, al ver temblar en los cristales de la corriente las cúpulas y torres de la ciudad amada, vinieron á la memoria del historiador los esfuerzos realizados para enaltecerla y sus prolijos trabajos para dotarla de un monumento impercedero; y al considerar equivocado, pero para él de una manera cierta, que aquel monumento se venía al suelo y que todo su trabajo se había perdido y su gloria deshecho, sintió sin duda la agonía infinita que experimentamos cuando vemos caer entre la chacota de la multitud el ideal largamen-

te perseguido y con halagos inefables acariciado...

Nadie le vió precipitarse en la hondura siniestra. Cuando, al día siguiente, fué hallado su cadáver en una de las isletas del río, Salamanca entera lloró la muerte de su historiador. Para algunos esta muerte tiene mucho de significativo; ella — dicen — ha venido á sellar la historia, ya definitivamente terminada, de la Atenas española.

FIN





